

[DEL ESPÍRITU SANTO.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS DEL ESPÍRITU SANTO.

Graciano Augusto, al solicitar a Ambrosio los dos primeros libros sobre la Fe por medio de cartas, también le había pedido, como observamos en la Advertencia a esa Obra (Sup. pág. 439), que no se negara a escribir un comentario sobre la divinidad del Espíritu Santo. El santo Prelado no podía desobedecer tan piadosa voluntad del César; solo había solicitado un aplazamiento (Epist. ad Gratian.) para meditar más seriamente la discusión destinada. Así que, dividida en tres libros y con la obra finalizada, la envió lo antes posible al emperador.

En el primer libro, comienza con un prólogo (Prolog. n. 1 y sig.) en el que demuestra bellamente que Gedeón no solo prefiguró a Cristo al liberar a su pueblo, sino que también, con el gran prodigio del rocío que caía a veces sobre el vellón y a veces sobre la era, expresó la transferencia de la efusión del Espíritu Santo de los judíos a los cristianos, por cuya obra recientemente miles de personas habían sido devueltas al seno de la Iglesia (Ibid., num. 5, 17). A partir de ahí, aborda su argumento, probando que el Espíritu Santo es verdaderamente Dios, más allá del orden de las cosas creadas (Cap. 1, 3), principalmente porque en el Evangelio se niega que el pecado contra el Espíritu sea perdonado en este siglo o en el venidero. Añade que en los textos sagrados se le llama Espíritu de Dios, que habló por los profetas y apóstoles, y que su infinita bondad se manifiesta tanto en la santificación de las criaturas como en su efusión, difundida por todos los lugares y personas, mostrando su inmensidad, inmutabilidad y eternidad (Cap. 4, 10). Y, confirmado esto con la exposición del místico unguento del que habla la Escritura, revela su unidad sustancial con las otras dos personas (Cap. 11); a esta unidad niega que se oponga la misión (Cap. 12), ya que entre todas las personas divinas existe una unidad de paz, gracia, caridad y otras dotes y cualidades (Cap. 13 y sig.).

En el inicio del segundo libro, tras proponer brevemente la historia de Sansón, enseña (Prolog.) que siempre actuó con éxito mientras el Espíritu Santo estuvo con él, pero sin éxito cuando se vio privado de esa ayuda. Luego, al declarar que esta misma virtud del Espíritu Santo es la misma que la del Padre y del Hijo, y que su consejo no es diferente al de ellos, afirma que nuestra vida no depende más de conocerlos a ellos que de conocerlo a él, por cuya operación somos vivificados al igual que por ambos (Cap. 1, 4). Después de haber afirmado que es el creador de las cosas y que debe ser adorado (Cap. 5), y tras resolver algunas objeciones, demuestra que en la constitución de la Iglesia hubo una sola voluntad, vocación y precepto del Espíritu con el Padre y el Hijo (Cap. 6, 10). Luego, una vez establecido que no es inferior al Padre ni al Hijo en conocimiento (Cap. 11), y resueltas algunas dificultades al respecto (Cap. 12), reivindica para él la institución del profetismo y el apostolado como común a él con las otras dos personas (Cap. 13), de donde deduce hábilmente la operación de las tres.

En el tercer libro se continúa el argumento iniciado en el anterior, y se establece que no solo la misión de los profetas y apóstoles, sino también la del mismo Señor, debe referirse al Espíritu (Cap. 1, 2); de donde, sin embargo, no debe pensarse que esto implique alguna sujeción al Hijo, ya que el mismo Espíritu también es enviado por el Padre y el Hijo. En esto, por tanto, no debe entenderse nada más que la unidad de la divinidad, al igual que en estas expresiones en las que se le llama dedo, mano derecha y mano, no diferente de cuando se dice que acusa, juzga, vindica, se entristece o es tentado (Cap. 3, 9). Surge una discusión más extensa (Cap. 10, 11) sobre las palabras de Juan, "Dios es Espíritu", que habían sido borradas con sacrílega temeridad de los dípticos del Evangelio: en este lugar, al igual que en otros

proporcionados por las epístolas paulinas, se comprueba muy poderosamente la divinidad del Espíritu (Cap. 12, 14). Se muestra, además (Cap. 13, 15), que no hay peligro en que se les llame tres Dioses o Señores por esto: ya que las tres personas divinas consisten en la misma santidad y naturaleza (Cap. 16, 17). Finalmente, tras recapitular los principales capítulos de toda la discusión, y tratar y afirmar nuevamente algunos de ellos, la obra se corona (Cap. 18 y sig.).

Está claro que esta obra no debería titularse de otra manera que "del Espíritu Santo", a partir de lo que se ha explicado hasta ahora; aunque confesamos que en algunos escritores (Ivo. Decret. parte II, cap. 7; Grat., etc.) se encuentra citada bajo el título "de la Trinidad", y en no pocos códices se le asigna el mismo título a estos tres libros, al igual que a los cinco anteriores. En ambas obras se lucha contra los mismos adversarios, a saber, los arrianos, que afirmaban que el Espíritu era inferior al Hijo, aunque en ciertos lugares se enfrenta a los puros Pneumatomacos (Lib. III, cap. 15 y al.). Estos libros no fueron escritos sino después de los mencionados cinco sobre la Fe; por lo tanto, solo añadimos que, aunque el rey de los godos Atanarico, que murió en Constantinopla el 25 de enero del año 381, ya había fallecido cuando el santo Doctor publicó esta obra, él aún no había sabido de la muerte de Pedro de Alejandría, ni de la abdicación de Gregorio, quien renunció al patriarcado de la nueva Roma en el segundo sínodo general celebrado allí: dado que no hay mención de este sínodo en estos libros, está claro que fueron completados a mediados del año 381.

Sin embargo, la crítica jeronimiana de los libros sobre el Espíritu Santo, que sin mencionar al autor, los ataca con un obelo algo severo, nos causa no pocos problemas. Muchos creen que no se refiere a otro que a Ambrosio, sobre lo cual, para que cualquiera pueda emitir un juicio más seguro, y para que no parezca que eludimos el nudo de la dificultad, aquí presentamos el pasaje completo: «Preferí ser el intérprete de la obra ajena, que (como algunos hacen) adornarme como una corneja desaliñada con colores ajenos. Hace tiempo leí unos libritos de alguien sobre el Espíritu Santo, y según la sentencia del cómico, vi que de los buenos griegos no salieron buenos latinos. No hay allí nada dialéctico, nada viril, nada riguroso que arrastre al lector al asentimiento incluso a su pesar: sino todo flácido, blando, brillante y hermoso, y adornado con perfumes exquisitos aquí y allá. Mi Dídimo, en cambio, tiene el ojo de la esposa... Ciertamente, quien lea esto, reconocerá los robos de los latinos, y despreciará los arroyos cuando comience a beber de las fuentes (Epist. ad Paulinian. prefijada a esta Obra).» ¿Quién ha criticado alguna vez una obra con palabras más duras?

Rufino, cuando surgió una disputa entre él y Jerónimo, se levantó con gran indignación contra él por esa misma sentencia: «Pero como prometimos, dice, probaremos cómo laceró al hombre digno de admiración de todos, el obispo Ambrosio, quien no solo fue una columna de la Iglesia de Milán, sino también de todas las Iglesias, y una torre inexpugnable (Lib. II Invectiv. in Hieronym.).» Y tras intercalar muchas cosas, prosigue de esta manera: «Habéis oído cómo a quien antes llamaba cuervo y todo oscuro, ahora nuevamente lo llama corneja adornándose con plumas o colores ajenos: y cómo lo laceró de manera tan vergonzosa, y dice que no tiene nada viril el hombre que fue elegido por Dios para la gloria de las Iglesias de Cristo; quien habló en los testimonios del Señor ante los reyes perseguidores, y no se avergonzó. El santo Ambrosio escribió sobre el Espíritu Santo no solo con palabras sino también con su sangre. Ofreció su sangre a los perseguidores, que derramó en sí mismo, pero Dios lo reservó para otros trabajos. Que incluso si siguió a los escritores católicos griegos y tomó algo de sus escritos, no debió ser tu principal preocupación, tu trabajo, tu estudio, interpretar el libro de Dídimo sobre el Espíritu Santo para que se conocieran sus robos... Si, por tanto, no perdonaste ni siquiera a un hombre tan grande y tal como Ambrosio, etc.»

Baronio, convencido de que Ambrosio había tomado una parte no insignificante de su obra de Basilio, acusó a Rufino (Ad ann. 381) de calumnia contra Jerónimo; ya que este último había comenzado su traducción del libro de Dídimo antes de que se escribieran estos tres libros. Sin embargo, dejando de lado que la versión de Jerónimo no se completó sino después de la muerte de Dámaso, y por lo tanto después de que la obra de Ambrosio ya había sido publicada por varios años, ¿quién podría creer que Rufino, a menos que tuviera la certeza más absoluta y comprobada del asunto, habría lanzado una acusación tan grave contra Jerónimo con tanta confianza? ¿O que Jerónimo, con su vehemencia y su carácter poco dispuesto a disimular una injuria, se habría contenido de infligir a su acusador la merecida marca de calumnia, cuando sin embargo nunca refuta este crimen que se le imputa?

Pero no hay necesidad de estas conjeturas; pues cualquiera que compare el tratado de Dídimo con el de Ambrosio encontrará que no pocas cosas han sido trasladadas de aquel a este, como por ejemplo lo que se discute sobre la efusión del Espíritu Santo (Lib. I, cap. 5, 7), la santificación (Lib. II, cap. 11, 12), el conocimiento y los dones (Lib. I, cap. 13 y sig.), a los que también se puede añadir el pasaje de la profecía de Amós (Lib. II). Sin embargo, nuestro Ambrosio no estaba tan apegado a Dídimo que despreciara tomar de otros escritos lo que consideraba que concordaba con su argumento e incorporarlo a su obra. Así, cuando los Padres Florentinos (Sess. 22, cap. 6) notaron que debía mucho a Basilio (Lib. II, cap. 8 y sig.), no sin razón afirmaron que había expuesto los tres libros de Basilio sobre el Espíritu Santo: cuya opinión vemos que siguió el gran Baronio. Además, se encuentran pruebas tomadas de Atanasio, Gregorio de Nisa y algunos otros; de modo que no sería absurdo que cualquiera juzgara que nuestro Doctor, mientras trabajaba en su escritura, tenía ante sus ojos las más destacadas disertaciones que se habían publicado sobre el mismo tema.

Aunque toma de aquí y de allá lo que considera útil para su propósito, no arranca las plumas de otros pájaros al estilo de la corneja de Esopo, como narra Jerónimo, de manera temeraria y sin distinción; sino más bien, al modo de la diligente abeja, que distingue los jugos de las flores y plantas de las que recoge su miel, toma unas cosas, rechaza otras, modifica algunas, reordena otras, y finalmente presenta no pocas de su propia cosecha, que no se encuentran en ningún otro autor. Sin embargo, incluso si no hubiera nada en estos libros que no se leyera en otros, no por ello parecería consecuente que todo se hubiera tomado de escritos ajenos. Pues, ¿quién no sabe que a menudo sucede que quienes trabajan en el mismo argumento, aunque nunca hayan compartido sus pensamientos, expresan muchas cosas muy similares; especialmente si cada uno extrae y bebe sus pruebas de las mismas fuentes, como los oráculos de la divina Escritura?

Por lo tanto, confesamos sinceramente que Rufino fue llevado más allá de lo debido por su indignación cuando acusó a Jerónimo de haber traducido los libros de Dídimo al latín con el único propósito de que se conocieran los robos de Ambrosio (Loc. cit.). Pero tampoco disimularemos que la mencionada crítica de Jerónimo, si realmente se refería a Ambrosio, excedió en gran medida el límite de la exageración. Y ciertamente no creemos que el mismo Baronio hubiera estado en desacuerdo con nosotros en esto; ya que (Ad ann. 385) no dudó en reconocer una hipérbole evidente en la acusación que el mismo Jerónimo lanza contra la Iglesia romana en ese mismo lugar. En verdad, tampoco se puede conceder que el santo Prelado haya expoliado el comentario de Dídimo de la manera que parece indicar el citado Doctor. Y ciertamente, aunque Dídimo se muestre más dialéctico que Ambrosio, la dicción de este último es más noble, su discurso más copioso, su orden más armonioso; y quien examine con atención las argumentaciones de ambos, reconocerá fácilmente que este no menos eficazmente logra y completa su propósito que Dídimo. Por lo tanto, no sería absurdo decir que Jerónimo sufrió aquí lo que suelen sufrir aquellos que, habiendo puesto algo de

estudio y esfuerzo en ciertos autores, no contentos con colmarlos de excesivos elogios, también rebajan las obras publicadas por otros sobre el mismo tema más allá de lo que permite la verdad y la equidad.

Dado lo anterior, quien desee emitir un juicio verdadero y legítimo sobre este comentario de Ambrosio, elija como guías a evaluadores más justos en esto, a saber, los concilios sagrados (Florent., sess. 22, y otros), y muchos hombres muy doctos (Casiod. en Instit. div. litt. cap. 16 y otros), quienes al proponer su testimonio y autoridad, mostraron cuánto los valoraban. Pero sobre todo, tenemos a nuestra disposición, para oponer al presbítero de Estridón, al prelado de Hipona, cuya sentencia, ciertamente muy ejercitada en obras polémicas, es esta sobre esta Obra: «El santo Ambrosio, al tratar un gran tema sobre el Espíritu Santo, para demostrar que es igual al Padre y al Hijo; sin embargo, utiliza un estilo de dicción modesto; ya que el asunto emprendido no requiere adornos de palabras, ni para persuadir a los ánimos, sino pruebas de hechos (Lib. IV de Doctr. Christ., c. 21, n. 46).» Este juicio, que difícilmente podría estar más en desacuerdo con el de Jerónimo, nadie dirá que fue emitido por el discípulo para agradar al maestro: ya que es por sí mismo sumamente moderado, y Agustín tenía a mano otros tratados de Ambrosio que podría haber propuesto como ejemplo de dicción modesta, si hubiera considerado este «flácido, blando, brillante y hermoso».

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE EL ESPÍRITU SANTO, TRES LIBROS,
A GRACIANO AUGUSTO. (S)

LIBRO PRIMERO.

599 PRÓLOGO.

En la elección de Gedeón se prefiguró la encarnación del Señor: en el sacrificio del cabrito, la expiación de los pecados por el cuerpo de Cristo: en el del becerro, la abolición de los sacrificios profanos: y en los trescientos soldados, la futura redención por la cruz. Que Gedeón pidiera más señales fue un misterio; pues por la sequedad y humedecimiento del vellón, se significaron la infidelidad de los judíos y la vocación de los gentiles: y por el rocío recogido en el recipiente, la ablución de los pies de los apóstoles. Ambrosio ora para que esta agua le limpie las impurezas de sus pies, y alaba la benignidad de Cristo. ¡Cuán útil es imitarla! Esa misma agua enviada por el Hijo de Dios opera maravillosas conversiones en el mundo: pero no puede ser enviada por otro, ya que es la efusión del Espíritu Santo, que no está sujeto a poder ajeno.

1. Cuando Hierobaal, como leemos (Jueces VI, 11), estaba bajo un árbol, una encina, golpeando con una vara la cosecha de trigo, recibió un oráculo para liberar al pueblo de Dios del poder de los extranjeros. No es de extrañar que fuera elegido para la gracia, ya que, bajo la sombra de la sagrada cruz y la venerable sabiduría, predestinado al misterio de la futura encarnación, producía los granos sensibles de la fértil cosecha desde sus escondites, y separaba la elección de los santos de las impurezas de la paja vana: quienes, ejercitados como vara de verdad, dejando atrás las superfluidades del hombre viejo con sus actos, se congregan en la Iglesia como en un lagar; pues la Iglesia es el lagar de la fuente eterna, en la que abunda el fruto de la vid celestial.

2. Movido por este oráculo, Gedeón, al escuchar que aunque faltaran miles de pueblos, el Señor liberaría a su pueblo de los enemigos a través de un solo hombre (Ibid., 14); ofreció un cabrito, cuya carne, según el mandato del ángel, y los panes sin levadura colocó sobre la roca y los rocío con caldo: y tan pronto como el ángel tocó con la punta de la vara que llevaba,

salió fuego de la roca; y así el sacrificio que se ofrecía fue consumido (Ibid., 19 y sig.). Este indicio parece declarar que aquella roca tenía el tipo del cuerpo de Cristo; porque está escrito: Bebían de la roca que los seguía, y la roca era Cristo (I Cor. X, 4). Esto, por supuesto, no se refiere a su divinidad, sino a su carne, que inundó los corazones sedientos de los pueblos con el río perenne de su sangre.

3. Ya entonces se declaró en misterio que el Señor Jesús en su carne aboliría los pecados de todo el mundo crucificado: no solo las faltas de los hechos, sino también los deseos de las almas. Pues la carne del cabrito se refiere a la culpa del hecho; el caldo a las seducciones de los deseos, como está escrito: Porque el pueblo codició un deseo perverso, y dijeron: ¿Quién nos alimentará con carne? (Num. XI, 4). Por lo tanto, el ángel extendió la vara y tocó la roca, de la cual salió fuego (Jueces VI, 21); mostró que la carne del Señor, llena del Espíritu divino, consumiría todos los pecados de la condición humana. Por eso el Señor también dijo: He venido a traer fuego a la tierra (Luc. XII, 49).

4. El hombre sabio y previsor de lo futuro advirtió los misterios celestiales; y por eso, según los oráculos, mató al becerro destinado a los ídolos por su padre, y él mismo inmoló otro becerro de siete años a Dios (Jueces VI, 25). Con este hecho reveló manifiestamente que después de la venida del Señor, todos los sacrificios de la gentilidad serían abolidos, y solo el sacrificio de la pasión del Señor sería ofrecido a Dios por la redención del pueblo. Pues aquel becerro era en tipo Cristo, en quien habitaba la plenitud de las siete virtudes espirituales, como dijo Isaías (Isaías I, 2). Este becerro también lo ofreció Abraham, cuando vio el día del Señor y se alegró (Juan VIII, 56). Este es el que ahora se ofrecía en tipo de cabrito, ahora de oveja, ahora de becerro. De cabrito, porque es sacrificio por los delitos; de oveja, porque es ofrenda voluntaria: de becerro, porque es víctima inmaculada.

5. Por lo tanto, el santo Gedeón previó el misterio. De hecho, eligió a trescientos para la batalla (Jueces VII, 6); para mostrar que el mundo sería liberado del ataque de enemigos más graves no por el número de la multitud, sino por el sacramento de la cruz. Y sin embargo, aunque fuerte y fiel, aún buscaba pruebas más plenas del Señor sobre la futura victoria, diciendo: Si salvas en mi mano a Israel, como has dicho, Señor; he aquí que pongo un vellón de lana en la era: y si el rocío cae sobre el vellón, y sobre toda la tierra hay sequedad, conoceré que en mi mano, según tus promesas, liberarás al pueblo. Y así fue hecho (Jueces VI, 36 y sig.). Pero luego añadió que nuevamente el rocío fluyera sobre toda la tierra, y hubiera sequedad en el vellón.

6. Quizás alguien se pregunte si parece ser incrédulo aquel que, informado por frecuentes indicios, aún pedía más pruebas. Pero, ¿cómo puede parecer ambiguo e incierto aquel que hablaba de misterios? No era, por tanto, ambiguo, sino previsor, para que nosotros no dudáramos. Pues, ¿cómo podría ser ambiguo aquel cuya oración tenía efecto? ¿Y cómo podría haber enfrentado la batalla con seguridad, si no hubiera entendido el oráculo? Porque el rocío en el vellón era la fe en Judea; ya que, como el rocío, las palabras de Dios descenden (Deut. XXXII, 2).

7. Así, cuando todo el mundo se secaba con el estéril ardor de la superstición pagana, entonces era aquel rocío de la visita celestial en el vellón. Pero después de que las ovejas que se perdieron de la casa de Israel (Matth. XV, 24) —de donde creo que se adumbraba la figura del vellón judío—, esas ovejas, digo, negaron la fuente de agua viva (Jerem. II, 13), el rocío de la fe se secó en los corazones de los judíos, y aquella fuente divina derivó sus corrientes

hacia los corazones de los gentiles (Esai. III, 2). De ahí que ahora todo el mundo se humedece con el rocío de la fe: pero los judíos han perdido a sus profetas y consejeros.

8. No es de extrañar que sufran la sequedad de la perfidia, a quienes el Señor Dios privó de la abundancia de la lluvia profética, diciendo: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre esta viña (Esai. V, 6). Porque la lluvia de la nube profética es saludable, como también dijo David: Desciende como la lluvia sobre el vellón, y como las gotas que destilan sobre la tierra (Psal. LXXI, 6). Esta lluvia de todo el mundo nos prometían las Escrituras divinas, que regaría el orbe bajo la venida del Señor Salvador con el rocío del Espíritu divino. Vino, pues, ya el Señor, vino la lluvia, vino el Señor trayendo consigo las gotas celestiales; y por eso ya bebemos nosotros, que antes teníamos sed, y bebemos aquel Espíritu divino con un sorbo interior.

9. Esto, pues, previó el santo Gedeón, que las naciones de los gentiles también beberían el verdadero y espiritual rocío por la percepción de la fe, y por eso investigó con más diligencia; porque es necesaria la cautela de los santos. Pues también Josué, cuando vio al jefe del ejército celestial, preguntó: ¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios? (Jos. V, 13), no fuera que se dejara engañar por alguna artimaña de los adversarios.

10. Sin embargo, no fue en vano que no puso el vellón en el campo o en el prado, sino en la era, donde está la cosecha de trigo: Porque la mies es mucha, pero los obreros pocos (Luc. X, 12); ya que por la fe del Señor habría una cosecha fecunda de virtudes.

11. Tampoco fue en vano que secó el vellón judío y envió su rocío a un recipiente, para que se llenara de agua, pero él mismo no lavó sus pies con ese rocío (Judic. VI, 39, 40). A otro se debía la prerrogativa de tan gran misterio. Se esperaba a aquel que solo pudiera lavar las inmundicias de todos. No era tan grande Gedeón como para reclamar este misterio para sí. No fue Gedeón, sino el Hijo del Hombre quien vino no para ser servido, sino para servir (Matth. XX, 28). Así que reconozcamos en quién parecen haberse completado estos misterios. No en el santo Hierobaal; pues aún eran aquellos los comienzos. Por eso las naciones fueron vencidas, porque aún había sequedad en las naciones: por eso Israel venció, porque entonces el rocío permanecía en el vellón.

12. Vayamos al Evangelio de Dios. Encuentro al Señor despojándose de sus vestiduras, ciñéndose con una toalla, echando agua en un recipiente, lavando los pies de los discípulos (Joan. XIII, 4 y ss.). Esta era el agua, aquel rocío celestial, esto se profetizaba que con aquel rocío celestial el Señor Jesús lavaría los pies de sus discípulos. Y ahora extendamos los pies de nuestras almas. El Señor Jesús quiere lavar también nuestros pies; pues no solo a Pedro, sino a cada fiel dice: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo (Ibid., 8).

13. Ven, pues, Señor Jesús, despoja tus vestiduras, que por mí te has puesto: sé desnudo, para que nos vistas con tu misericordia. Ciñete por nosotros con la toalla, para que nos ciñas con la inmortalidad de tu don. Echa agua en el recipiente: lava no solo los pies, sino también la cabeza: no solo de nuestro cuerpo, sino también las huellas de la mente. Quiero despojarme de todas las inmundicias de nuestra fragilidad; para que yo también diga: De noche me despojé de mi túnica, ¿cómo me la pondré? Lavé mis pies, ¿cómo los ensuciaré? (Cant. V, 3).

14. ¡Cuánta es esta majestad! Como un siervo lavas los pies de tus servidores, como Dios envías el rocío desde el cielo. No solo lavas los pies, sino que también nos invitas a recostarnos contigo, y con el ejemplo de tu dignación nos exhortas diciendo: Me llamáis

Señor y Maestro, y bien decís; porque lo soy. Si, pues, yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros (Joan. XIII, 13, 14).

15. Quiero, pues, también yo lavar los pies de mis hermanos, quiero cumplir el mandato del Señor, quiero no avergonzarme en mí, no desdeñar lo que él mismo hizo primero. Buen misterio de humildad; porque mientras lavo las inmundicias ajenas, lavo las mías. Pero no todos podían captar este misterio. Abraham quiso lavar los pies, pero con afecto de hospitalidad (Gen. XVIII, 4). Gedeón también quiso lavar los pies del ángel del Señor que se le apareció: pero quería hacerlo a uno, quería como quien ofrece un servicio, no como quien otorga compañía. Este misterio es grande, que nadie conoció. Finalmente, a Pedro le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después (Joan. XIII, 7). Este, digo, es un misterio divino, que incluso quienes lo han lavado, lo buscarán. No es, pues, agua simple del misterio celestial, por la cual conseguimos merecer tener parte con Cristo.

16. Hay también cierta agua que enviamos al recipiente de nuestra alma, agua del vellón y del libro de los Jueces, agua del libro de los Salmos (Psal. XXII, 2). El agua es el rocío del oráculo celestial. Venga, pues, Señor Jesús, esta agua a mi alma, a mi carne; para que con la humedad de esta lluvia reverdezcan los valles de nuestras mentes y los campos íntimos del corazón (Psal. LXXI, 6). Vengan a mí tus gotas, que destilan gracia e inmortalidad. Lava los pasos de mi mente, para que no vuelva a pecar. Lava el talón de mi alma, para que pueda abolir la maldición (Gen. III, 15); para que no sienta la mordedura de la serpiente con el pie interior, sino que, como tú mismo ordenaste a los que te siguen, pueda pisar serpientes y escorpiones con paso ileso (Luc. X, 19). Redimiste al mundo, redime el alma de un pecador.

17. Esta es la prerrogativa especial de tu piedad, con la que redimiste a todo el mundo en cada uno. Elías fue enviado a una viuda (III Reg. XVII, 9), Eliseo limpió a uno (IV Reg. V, 14): tú, Señor Jesús, hoy nos has limpiado a mil. ¡Cuántos en la ciudad de Roma, cuántos en Alejandría, cuántos en Antioquía, cuántos incluso en Constantinopla! Pues incluso Constantinopla ya ha recibido la palabra de Dios, y ha merecido la evidencia de tu juicio. Porque mientras albergaba los venenos de los arrianos en sus entrañas, inquieta por las guerras vecinas, resonaban armas hostiles alrededor de sus muros. Pero después de que rechazó a los exiliados de la fe, vio al mismo enemigo, juez de los reyes, a quien siempre había temido, rendido, lo recibió suplicante, lo sepultó muerto, lo posee enterrado. ¡Cuántos, pues, también en Constantinopla, cuántos finalmente en todo el mundo hoy has limpiado!

18. No limpió Damaso, no limpió Pedro, no limpió Ambrosio, no limpió Gregorio; pues nuestros servicios, pero tus sacramentos. Porque no es obra del poder humano conferir lo divino; sino tu don, Señor, y del Padre, quien habló por los profetas, diciendo: Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán sus hijos e hijas (Joel. II, 21). Este es en tipo aquel rocío celestial: esta es la lluvia voluntaria, como leemos: Lluvia voluntaria segregando Dios a su heredad (Psal. LXVII, 18). (Alias cap. I.) Porque el Espíritu Santo no está sujeto a poder ajeno ni a derecho; sino que es árbitro de su propia libertad, distribuyendo todo según la autoridad de su propia voluntad, como leemos (I Cor. XII, 10), a cada uno como quiere.

CAPUT PRIMUM.

Comenzando su argumento, Ambrosio alaba al emperador tanto por su fe como por la restitución de la basílica de la Iglesia: de aquí, al mencionar a los adversarios, si niegan que el Espíritu Santo sirve, no pueden negar que está sobre todo; añade que el mismo Espíritu, al decir: Todo te sirve, insinúa suficientemente que se separa de las criaturas: lo cual se demuestra también con otros testimonios.

19. No está, pues, entre todo, sino sobre todo el Espíritu Santo. Ya que sobre él (pues tan plenamente sobre el Hijo de Dios, clementísimo emperador, estás instruido, que ya tú mismo enseñas) deseando y exigiendo escuchar algo más explícito, no me demoraré; especialmente cuando así has testificado que te deleitaste con esta afirmación, que ordenaste sin ningún monitor que se reformara la basílica de la Iglesia.

20. Así que ya tenemos la gracia de tu fe, y el premio de la nuestra; pues no podemos decir otra cosa, sino que fue gracia del Espíritu Santo que, ignorándolo todos, de repente devolviste la basílica. Esto, digo, es don del Espíritu Santo, que entonces era predicado por nosotros, pero obraba en ti.

21. No lamento las pérdidas del tiempo pasado; ya que aquella separación de la basílica trajo consigo ciertos intereses. Pues separaste la basílica para probar la fe. Así que tu piedad cumplió su propósito, que así la separó para probar; así probó para devolver. No perdí el fruto, y tengo el juicio, y quedó claro para todos que en cierta discreción del hecho nunca tuviste una sentencia dividida. Quedó claro, digo, para todos que no fue tuyo cuando separaste: y que fue tuyo cuando devolviste.

22. Comencemos, pues, primero desde lo inferior, para que nuestro tratado ascienda como por ciertos grados, para que más fácilmente aquellos que no tienen fe, al menos se inclinen por la razón. Pues pueden decir al principio: Tampoco nosotros decimos que el Espíritu sirve. Pero cuando dicen que Cristo sirve, ¿cómo pueden negar sobre el Espíritu? Que si según la carne en forma de siervo consienten que Cristo fue, está claro y conviene. Así que si según su divinidad Cristo no sirve, tampoco sirve el Espíritu. Que si el Espíritu no sirve, pero todo sirve: sobre todo, pues, está el Espíritu, que no sirve como todo.

23. Ahora demos con testimonios lo que hemos dicho. El principio de la disputa es que todo sirve. Pero está claro que todo sirve, ya que está escrito: Todo te sirve (Psal. CXVIII, 91). Esto lo dijo el Espíritu por el Profeta. No dijo: servimos; sino, te sirve; para que creyeras que él mismo está exceptuado del servicio. Así que cuando todo sirve, si el Espíritu no sirve, ciertamente no está entre todo el Espíritu Santo.

24. Pues si decimos que el Espíritu Santo está entre todo, ciertamente cuando leamos que el Espíritu escudriña las cosas profundas de Dios (I Cor. II, 10), negamos que Dios Padre esté sobre todo. Pues siendo el Espíritu de Dios, y el Espíritu de su boca, ¿cómo podemos decir que el Espíritu Santo está entre todo; cuando sobre todo está Dios, de quien es el Espíritu, de plena perfección, y de perfecta virtud?

25. Y para que no piensen que el Apóstol erró, tomen al autor de esta confianza que siguió. Pues el Señor en el Evangelio dijo: Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre; él dará testimonio de mí (Joan. XV, 26). Así que el Espíritu Santo procede del Padre, y testifica del Hijo. Testifica también del Padre como testigo fiel y verdadero: que nada hay más pleno para la expresión de la majestad divina; nada más evidente para la unidad del poder divino; cuando el Espíritu conoce lo mismo que el Hijo, que es testigo y consorte indiviso de los secretos paternos.

26. Así que excluyó de la cognición de Dios la sociedad y multitud de la criatura: pero al no excluir al Espíritu Santo, mostró que no es socio de la criatura. De donde también aquello que está en el Evangelio: Porque a Dios nadie le ha visto jamás, sino el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha declarado (Joan. I, 18); pertenece a la excepción del Espíritu Santo.

Pues, ¿cómo no ha visto a Dios, quien escudriña incluso las cosas profundas de Dios? ¿cómo no ha visto a Dios, quien conoció las cosas de Dios (I Cor. II, 10)? ¿cómo no ha visto a Dios, quien es de Dios? Así que cuando está puesto que a Dios nadie le ha visto jamás, pero el Espíritu lo ha visto; ciertamente el Espíritu está exceptuado. Sobre todo, pues, está, quien está exceptuado de todo.

CAPUT II.

Que el Espíritu Santo esté entre todo no se prueba de aquellas palabras: Todo fue hecho por él; ya que no fue hecho. Pues de otro modo se probaría que el Hijo, e incluso el Padre, deben ser contados entre todo. Lo cual es de la misma impiedad.

27. Parece, santo emperador, que hay una razón plena de piedad, pero a los impíos no les parece. Así que advierte lo que tramán. Pues los herejes suelen decir que por eso el Espíritu Santo debe ser contado entre todo, porque está escrito del Hijo de Dios: Todo fue hecho por él (Joan. I, 3).

28. ¡Qué mal se confunde la acción, que no sostiene la verdad, y se envuelve en un orden preposteroso de afirmación! Pues esto valdría entonces, para que dijeran que el Espíritu Santo está entre todo, si probaran que fue hecho. Pues la Escritura dice que todo fue hecho por el Hijo: pero como no se enseña que el Espíritu Santo fue hecho; ciertamente no puede probarse que está entre todo, quien ni fue hecho como todo, ni creado. Así que este testimonio me sirve para ambos, para que se pruebe que está sobre todo, porque no fue hecho; y porque está sobre todo, no parezca que fue hecho: ni debe ser contado entre las cosas que fueron hechas.

29. Pero si alguien, porque el Evangelista dijo que todo fue hecho por el Verbo, no exceptúa al Espíritu Santo (aunque en Juan habló el Espíritu de Dios, Todo fue hecho por él, dijo, no todos fuimos hechos; pues ciertamente el Señor mostró que el Espíritu de Dios hablaba en los Evangelistas, diciendo (Matth. XVI, 20): No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros); sin embargo, si alguien, como dije, no exceptúa al Espíritu Santo en este lugar, sino que lo cuenta entre todo; tampoco allí, pues, exceptúa al Hijo de Dios, donde el Apóstol dijo: Para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios Padre de quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor. VIII, 6). Pero para que sepa que el Hijo de Dios no está entre todo, lea lo que sigue; pues cuando dice: Y un solo Señor Jesús, por quien son todas las cosas (Ibid.); ciertamente exceptúa al Hijo de Dios de todo, quien exceptuó también al Padre.

30. Pero es de la misma impiedad tanto al Padre, como al Hijo, como al Espíritu Santo, denigrar. Pues no cree en el Padre, quien no cree en el Hijo: ni cree en el Hijo de Dios, quien no cree en el Espíritu: ni puede sostenerse la fe sin la regla de la verdad. Pues quien comience a negar la unidad del poder en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, ciertamente no puede probar la fe dividida donde no hay división. Así que porque la unidad de la piedad es creer bien, también la unidad de la impiedad es creer mal.

31. Así que quienes piensan que el Espíritu Santo debe ser contado entre todo, porque leen que todo fue hecho por el Hijo, también piensan que el Hijo debe ser contado entre todo, porque leen: De Dios todo (II Cor. V, 18). Consecuentemente, pues, tampoco separan al Padre de todo, quienes no separan al Hijo de todas las criaturas; pues así como de Padre todo, así también por el Hijo todo. Esto mismo previendo el Apóstol en el Espíritu, dijo: para que no pareciera haber puesto al Hijo entre todo ni siquiera a los impíos, quienes oyeron decir al Hijo: Lo que el Padre me ha dado, es mayor que todo (Joan. X, 29).

CAPUT III.

Que el Apóstol dijera que todo es del Padre por el Hijo, no excluye al Espíritu de su compañía; ya que lo que se refiere a una persona, también se atribuye a las otras. Así, los bautizados en el nombre de Cristo se consideran bautizados en el nombre del Padre y del Espíritu, si han creído en las tres personas: de otro modo, no habrá bautismo. Esto también se aplica al bautismo en la invocación del Espíritu Santo. Pero si por el mismo lugar el Espíritu se separara de las otras personas, ciertamente por otros lugares se diría que el Padre es postpuesto al Hijo. Que el Hijo es adorado por los ángeles, no por el Espíritu; pues este es su testigo, no su ministro. Cuando el Hijo es antepuesto a todos, se entiende de las criaturas. La dignidad del Espíritu Santo se prueba por la irremisibilidad del pecado cometido contra él. De dónde proviene esa irremisibilidad; y cómo es un solo Espíritu.

32. Pero quizás alguien diga, ¿por qué razón, cuando dijo aquí que todo es del Padre, y todo por el Hijo (I Cor. VIII, 6), guardó silencio sobre el Espíritu Santo; y de aquí quiera sacar un prejuicio. Pero si persiste en interpretar maliciosamente, ¿cuántos lugares encontrará donde se predica el poder del Espíritu Santo, en los que la Escritura no expresa ni al Padre ni al Hijo, sino que deja para que se entienda!

40. ¿Acaso cuando se predica la gracia del Espíritu, se niega la del Padre o la del Hijo unigénito? No es así, porque así como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, así también está difundido, dice, el amor de Dios en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Y así como quien es bendecido en Cristo, es bendecido en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; porque un solo nombre, un solo poder, así también donde se designa alguna operación divina, ya sea del Padre, del Hijo o del Espíritu, no solo se refiere al Espíritu Santo, sino también al Padre y al Hijo, ni solo al Padre, sino también al Hijo y al Espíritu.

41. Finalmente, el eunuco etíope de la reina Candace, bautizado en Cristo (Hechos VIII, 27), alcanzó el pleno misterio. Y aquellos que negaron conocer al Espíritu Santo, aunque decían estar bautizados en el bautismo de Juan, fueron bautizados después (Hechos XIX, 2 y ss.); porque Juan bautizaba en remisión de pecados, en el nombre de Jesús que había de venir, no en su propio nombre. Y por eso no conocían al Espíritu, porque no habían recibido el bautismo en el nombre de Cristo, como Juan solía bautizar. Pues Juan, aunque no bautizaba en el Espíritu, predicaba tanto a Cristo como al Espíritu. Finalmente, cuando se le preguntó si acaso él era el Cristo, respondió: "Yo os bautizo con agua, pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de llevar el calzado: él os bautizará con el Espíritu Santo y fuego" (Juan I, 26, 27). Por lo tanto, estos, porque no habían sido bautizados en el nombre de Cristo ni con fe en el Espíritu Santo, no pudieron recibir el sacramento del bautismo.

42. Fueron bautizados, pues, en el nombre de Jesucristo: y no se repitió en ellos el bautismo, sino que se renovó; porque hay un solo bautismo (Efesios IV, 5). Donde no hay pleno sacramento del bautismo, ni siquiera se considera el principio o alguna forma de bautismo. Es pleno, sin embargo, si confiesas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Si niegas uno, destruyes todo. Y así como si mencionas uno en el discurso, ya sea el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo; pero en la fe no niegas ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, es pleno el sacramento de la fe: así también, aunque menciones al Padre, al Hijo y al Espíritu, y disminuyas el poder del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo, todo el misterio queda vacío. Finalmente, aquellos mismos que dijeron: "Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo" (Hechos XIX, 5), fueron

bautizados después en el nombre del Señor Jesucristo. Y esto abundó en gracia; porque ya conocían al Espíritu Santo, al predicar Pablo.

43. No debe parecer contrario, porque aunque después se omite mencionar al Espíritu, sin embargo, se cree: y lo que se omitió en palabras, se expresó en fe. Pues cuando se dice: "En el nombre de nuestro Señor Jesucristo", por la unidad del nombre se cumplió el misterio: y el Espíritu no se separa del bautismo de Cristo; porque Juan bautizaba en penitencia, Cristo en el Espíritu (Hechos XIX, 4).

44. Ahora consideremos si, así como leemos que en el nombre de Cristo es pleno el sacramento del bautismo; también, al mencionar solo al Espíritu Santo, no falta nada para la plenitud del misterio. Sigamos la razón; porque quien menciona uno, señala la Trinidad. Si dices Cristo, has designado al Dios Padre de quien fue ungido el Hijo, y al mismo Hijo que fue ungido, y al Espíritu Santo con el cual fue ungido. Pues está escrito: "A este Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con el Espíritu Santo" (Hechos X, 38). Y si dices Padre, también has indicado a su Hijo y al Espíritu de su boca; si, sin embargo, también lo comprendes con el corazón. Y si dices Espíritu, has mencionado al Dios Padre, de quien procede el Espíritu: y al Hijo, porque también es el Espíritu del Hijo.

45. Por lo tanto, unamos la razón con la autoridad, la Escritura indica que también podemos ser bautizados correctamente en el Espíritu, diciendo el Señor: "Vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo" (Hechos I, 5). Y en otro lugar el Apóstol dice: "Porque todos en un mismo Espíritu hemos sido bautizados en un solo cuerpo" (I Corintios XII, 13). Una obra, porque un misterio: un bautismo, porque una muerte por el mundo: unidad de predicación que no puede separarse.

46. Pero si en este lugar se separa el Espíritu de la operación del Padre y del Hijo, porque se ha dicho: "De Dios son todas las cosas, y por el Hijo todas las cosas" (I Corintios VIII, 6); entonces también donde el Apóstol dice de Cristo: "El cual es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos" (Romanos IX, 5), no solo lo prefirió a todas las criaturas, sino también al Padre (lo cual es impío decir). Pero lejos de ello; porque el Padre no está entre todas las cosas, ni entre alguna multitud de sus criaturas. Toda criatura está debajo, sobre ella está la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Aquella sirve, esta reina; aquella está sujeta, esta domina: aquella es obra, esta es autor de la obra: aquella adora a todos, esta es adorada por todos.

47. Finalmente, está escrito del Hijo: "Y adórenle todos los ángeles de Dios" (Hebreos I, 6). No tienes: "Adore el Espíritu Santo". Y más adelante: "¿A cuál de los ángeles dijo alguna vez: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos, dice, espíritus ministradores enviados para servicio?" (Hebreos I, 13). Cuando dice "todos", ¿acaso incluye también al Espíritu Santo? No, ciertamente, porque los ángeles y las demás potestades son destinados al servicio y obediencia del Hijo de Dios, para servirle.

48. Pero en verdad el Espíritu Santo no es ministro, sino testigo del Hijo, como el mismo Hijo dijo de él: "Él dará testimonio de mí" (Juan XV, 26). El Espíritu, por tanto, es testigo del Hijo. Quien es testigo, conoce todas las cosas, así como Dios Padre es testigo. Pues así tienes en los posteriores, que nuestra salvación fue confirmada, testificando Dios, con señales y prodigios, y diversas virtudes, y distribuciones del Espíritu Santo (Hebreos II, 4, 5). Quien distribuye lo que quiere, ciertamente está sobre todas las cosas, no entre todas las cosas; porque distribuir es gracia del operador, no materia de la obra (I Corintios XII, 11).

49. Si el Hijo está sobre todas las cosas, por quien nuestra salvación comenzó a ser predicada, ciertamente también el Padre Dios, que testifica y asegura con señales y prodigios sobre nuestra salvación, está exento de todas las cosas. De manera similar, el Espíritu que con sus distribuciones da testimonio de nuestra salvación, no debe ser contado entre la multitud de las criaturas, sino estimado con el Padre y el Hijo, quien no se divide a sí mismo al dividir; pues siendo indivisible, no pierde nada al dar a todos: así como el Hijo, al recibir el reino del Padre, no pierde nada: ni el Padre al entregar lo suyo al Hijo, pierde. Por lo tanto, hemos conocido que no hay pérdida en la división de la gracia espiritual, atestiguando el Señor (I Corintios XV, 6), porque el que sopla donde quiere (Juan III, 8), está en todas partes sin pérdida. De esto hablaremos más plenamente más adelante.

50. Mientras tanto, ahora que se ha propuesto afirmar en su orden, que el Espíritu no debe ser contado entre todas las cosas, traigamos al mismo Apóstol, de cuyas palabras hacen cuestión, como autor de esta afirmación. Pues él mismo señaló cuáles eran todas esas cosas, ya sean visibles o invisibles, diciendo: "Porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra" (Colosenses I, 16). Ves que todas las cosas se dijeron de aquellas que están en los cielos o en la tierra; pues también hay en los cielos cosas invisibles que fueron hechas.

51. Sin embargo, para que no quedara desconocido a nadie, añadió de qué hablaba: "Ya sean tronos, ya sean dominios, ya sean principados, ya sean potestades, todas las cosas fueron creadas por él y para él, y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten" (Colosenses I, 16, 17). ¿Acaso aquí incluyó al Espíritu Santo entre las criaturas? O cuando dice que el Hijo de Dios es antes de todas las cosas, ¿acaso se debe pensar que lo dijo antes que el Padre? No, ciertamente; pues así como aquí dice que todas las cosas fueron creadas por el Hijo, y en él subsisten todas las cosas celestiales: así también no se puede dudar que en el Espíritu Santo todas las fuerzas celestiales tienen poder, cuando se ha leído: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el Espíritu de su boca toda su fuerza" (Salmo XXXII, 6). Por lo tanto, está sobre todas las cosas, de quien es toda la fuerza de los celestiales y terrenales. Quien está sobre todas las cosas, ciertamente no sirve: quien no sirve, es libre: quien es libre, tiene derechos de dominio.

52. Si hubiera dicho esto desde el principio, se habría negado. Pero así como ellos niegan las cosas menores para que no se crean las mayores: así también nosotros presentemos las menores, para que o bien muestren su perfidia incluso en las menores; o si al menos consienten en las menores, deduzcamos las mayores de las menores.

53. Creo, clementísimo emperador, que han sido plenamente refutados aquellos que se atreven a contar al Espíritu Santo entre todas las cosas. Pero, sin embargo, para que sepan que no solo son urgidos por testimonios apostólicos, sino también por los del Señor; ¿cómo se atreven a contar al Espíritu Santo entre todas las cosas, cuando el mismo Señor dijo: "Quien blasfeme contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el venidero" (Lucas XII, 10)? ¿Cómo, pues, se atreve alguien a contar al Espíritu entre las criaturas? ¿O quién se obliga así, que si denigra a una criatura, no piense que esto se le perdonará de alguna manera? Pues si los judíos, porque adoraron el ejército del cielo (IV Reyes XVII, 16), fueron despojados de la protección divina: quien adora y confiesa al Espíritu Santo, es acepto a Dios; quien no lo confiesa, es condenado sin perdón por sacrilegio: ciertamente de aquí se puede estimar que el Espíritu Santo no está entre todas las cosas, sino sobre todas las cosas, cuya injuria se expía con castigos eternos.

54. Pero, ¿por qué dijo el Señor: "Quien blasfeme contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el

venidero" (Lucas XII, 10)? Considera cuidadosamente. ¿Acaso es diferente la ofensa al Hijo que al Espíritu Santo? Pues así como una es la dignidad, así una es la injuria. Pero si alguien, engañado por la apariencia del cuerpo humano, siente algo menos digno de la carne de Cristo de lo que es debido (pues no debe parecerse vil, que es aula de virtud, fruto de la Virgen), tiene culpa; sin embargo, no está excluido del perdón, que puede obtener por la fe. Pero si alguien niega la dignidad, majestad y poder eterno del Espíritu Santo, y piensa que no se expulsan los demonios en el Espíritu de Dios, sino en Beelzebub: no puede haber súplica de perdón donde hay plenitud de sacrilegio; porque quien negó al Espíritu, también negó a Dios Padre y al Hijo; ya que el mismo es el Espíritu de Dios, que es el Espíritu de Cristo.

CAPÍTULO IV.

El Espíritu Santo es el mismo que habló en los profetas y en los apóstoles, que es el Espíritu de Dios y de Cristo, a quien además la Escritura designa como Espíritu Paráclito, Espíritu de vida y de verdad.

55. Nadie debe dudar que hay un solo Espíritu, aunque muchos han dudado de un solo Dios. Pues muchos herejes dijeron que era un Dios diferente el del Antiguo Testamento y otro el del Nuevo. Pero así como hay un solo Padre, que también habló antiguamente, como leemos, a los padres en los profetas: y en los últimos días nos habló en el Hijo (Hebreos I, 1, 2): y así como hay un solo Hijo, que según la serie del Antiguo Testamento fue ofendido por Adán, visto por Abraham, adorado por Jacob: así también hay un solo Espíritu Santo, que ardió en los profetas, fue insuflado a los apóstoles, fue unido al Padre y al Hijo en los sacramentos del bautismo (II Pedro I, 21; Juan XX, 22; Mateo XXVIII, 19). Pues de él dice David: "Y no quites de mí tu Espíritu Santo" (Salmo L, 13). De él también dijo en otro lugar: "¿A dónde iré de tu Espíritu?" (Salmo CXXXVIII, 7).

56. Para que sepas que el mismo Espíritu de Dios es el que es Espíritu Santo, como también leemos en el Apóstol: "Nadie que hable en el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús; y nadie puede decir Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo" (I Corintios XII, 3), el mismo Apóstol lo llamó Espíritu de Dios. También lo llamó Espíritu de Cristo, como tienes: "Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu; si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Romanos VIII, 9). Y más adelante: "Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros" (Romanos VIII, 11). Por lo tanto, es el mismo Espíritu de Dios, que es Espíritu de Cristo.

57. También es el Espíritu de vida, como dice el Apóstol: "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos VIII, 2).

58. El Espíritu de vida que el Apóstol mencionó, el mismo Señor en el Evangelio lo llamó Paráclito, el mismo Espíritu de verdad, como tienes: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce" (Juan XIV, 16, 17). Tienes, por tanto, al Espíritu Paráclito, el mismo Espíritu de verdad y designado como Espíritu invisible. ¿Cómo, pues, algunos consideran visible al Hijo según la divinidad, cuando el mundo no puede ver ni siquiera al Espíritu?

59. Ahora escucha la voz del mismo Señor, que él es el Espíritu Santo, que es el Espíritu de verdad; pues tienes al final de este libro: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan XX, 22). Pedro enseña que el mismo es el Espíritu Santo, que es el Espíritu del Señor, diciendo: "Ananías, ¿por qué has consentido en mentir al Espíritu Santo?" (Hechos V, 3). E inmediatamente a la

esposa de Ananías le dice: "¿Por qué habéis acordado tentar al Espíritu del Señor?" (Hechos V, 9). Cuando dice "vosotros", muestra que se dijo del mismo Espíritu del que había hablado a Ananías. Por lo tanto, es el mismo Espíritu del Señor, que es Espíritu Santo.

60. El mismo Espíritu Santo, que es el Espíritu del Padre, lo declaró el Señor, diciendo según Mateo que en la persecución no se debe pensar qué hablar: "Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo X, 20). Pero según Lucas dice: "No os preocupéis de cómo habréis de responder o qué habréis de decir; porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debéis decir" (Lucas XII, 11, 12). Por lo tanto, aunque se mencionen muchos espíritus, porque se ha leído: "El que hace a sus ángeles espíritus" (Salmo CIII, 4); sin embargo, hay un solo Espíritu de Dios.

61. Por lo tanto, el mismo único Espíritu es el que los apóstoles y los profetas han recibido. Como también el vaso de elección, el doctor de los gentiles dice: "Porque todos hemos bebido de un mismo Espíritu" (I Corintios XII, 13); como aquel que no puede ser dividido, sino que se infunde en las almas, y se acerca a los sentidos, para apagar el ardor de la sed secular.

CAPÍTULO V.

El Espíritu Santo, al santificar a las criaturas, no es una criatura, ni es mutable: siempre es bueno, dado por el Padre y el Hijo; no debe ser contado entre las cosas que se dice que declinan; fuente de bondad, Espíritu de la boca de Dios, corrector de males, necesariamente confesado como bueno: finalmente, al ser afirmado como bueno en las Escrituras, y unido al Padre y al Hijo en el bautismo, no puede ser negado como bueno; sin embargo, no se dice que progrese en el bien, sino que perfecciona: lo que lo distingue de todas las criaturas.

62. Por lo tanto, el Espíritu Santo no es de la sustancia de las cosas corporales; pues a estas infunde gracia incorpórea: pero tampoco es de la sustancia de las criaturas invisibles; pues también estas reciben su santificación, y por él superan a las demás obras del mundo. Ya sea que hables de ángeles, de dominaciones, de potestades, toda criatura espera la gracia del Espíritu Santo. Así como nosotros somos libres por el Espíritu, porque Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones clamando: Abba Padre. Así que ya no es siervo, sino hijo (Gálatas IV, 6, 7): así también toda criatura espera la revelación de los hijos de Dios, a quienes ciertamente la gracia del Espíritu Santo hizo hijos de Dios (Romanos VIII, 19). Por lo tanto, también toda criatura será cambiada por la revelación de la gracia espiritual, y será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Romanos VIII, 21).

63. Toda criatura, por lo tanto, es mutable, no solo aquella que ya ha sido cambiada por algún pecado o por la condición de los elementos; sino también aquella que puede estar sujeta a la corrupción por el vicio de la naturaleza, aunque aún no lo esté por el estudio de la disciplina; pues como enseñamos en los libros anteriores (Libro III, de fide, cap. 2), es evidente que la naturaleza de los ángeles pudo cambiar. Ciertamente se debe considerar que así como es la naturaleza de uno, así es la de los demás. Por lo tanto, la naturaleza de los demás es mutable, pero mejor es la disciplina.

64. Por lo tanto, toda criatura es mutable, pero el Espíritu Santo es bueno y no mutable; pues no puede ser cambiado por ningún vicio, quien abole los vicios de todos, perdona los pecados. ¿Cómo, pues, puede ser mutable quien santificando a otros los cambia a la gracia, y él mismo no es cambiado?

65. ¿Cómo puede ser mutable quien siempre es bueno? Pues nunca es malo el Espíritu Santo, por quien se nos ministran las cosas buenas. Por eso, dos evangelistas en un mismo lugar, con palabras diferentes entre sí, pero designaron lo mismo; pues tienes en Mateo: "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan?" (Mateo VII, 11). Pero según Lucas encontrarás escrito así: "¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que le pidan?" (Lucas XI, 13). Advertimos, por tanto, que el Espíritu Santo es bueno por el juicio del Señor, por el testimonio de los evangelistas: cuando uno nombró cosas buenas por el Espíritu Santo, y otro nombró al Espíritu Santo por las cosas buenas. Si, por lo tanto, lo que es bueno es el Espíritu Santo, ¿cómo no es bueno?

66. No se nos escapa que algunos códices también tienen según Lucas: ¡Cuánto más vuestro Padre celestial dará un buen don a los que le piden! Este buen don es la gracia espiritual, que el Señor Jesús derramó desde el cielo, después de haber sido clavado en el madero de la cruz, llevando consigo los despojos triunfales de la muerte vencida, resucitando victorioso de entre los muertos, como está escrito: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad: dio dones a los hombres (Sal. 67, 19). Y bien dice, dones; pues así como el Hijo fue dado, de quien está escrito: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado (Isaías 9, 6), también la gracia espiritual fue dada. ¿Y por qué dudar en decir que también el Espíritu Santo fue dado, cuando está escrito: El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (Rom. 5, 5)? Porque ciertamente, como los corazones cautivos no podían recibirlo, primero el Señor Jesús llevó cautiva la cautividad; para que, con afectos libres, derramara el don de la gracia divina.

67. Hermosamente dijo: Cautiva la cautividad. La victoria de Cristo es una victoria de libertad, que reivindicó todas las gracias, no ató a nadie a la injusticia. Por lo tanto, en la absolución de todos, nadie es cautivo. Y porque en el tiempo de la pasión del Señor solo se suspendía la injusticia, que había perdido a todos los cautivos que tenía; al volverse sobre sí misma, la cautividad misma se hizo cautiva, ya no entregada a Belial, sino a Cristo, a quien servir es libertad. Porque el que fue llamado en el Señor siendo esclavo, es liberto del Señor (1 Cor. 7, 22).

68. Pero para volver a lo propuesto: Todos, dice, se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Sal. 13, 3). Si exceptúan al Espíritu Santo, también ellos confiesan que no está entre todos: si no lo exceptúan, entonces admitan que también él se desvió entre todos.

69. Pero veamos si tiene bondad, siendo la fuente y principio de la bondad. Pues así como el Padre tiene bondad y el Hijo, así también el Espíritu Santo tiene bondad. Lo que también enseñó el Apóstol diciendo: El fruto del Espíritu es paz, amor, gozo, paciencia, bondad (Gál. 5, 22). ¿Quién duda que es bueno aquel cuyo fruto es la bondad? Porque el árbol bueno da frutos buenos (Mat. 7, 17).

70. Así que si Dios es bueno, ¿cómo no va a ser bueno aquel que es el Espíritu de su boca (Sal. 32, 6), que escudriña incluso las profundidades de Dios (1 Cor. 2, 10)? ¿O acaso puede entrar la contaminación del mal en las profundidades de Dios? De ahí se entiende cuán insensatos son aquellos que niegan al buen Hijo de Dios, cuando no pueden negar al buen Espíritu de Cristo; de quien el Hijo de Dios dice: Por eso dije, tomará de lo mío (Juan 16, 15).

71. ¿Acaso no es bueno el Espíritu, que hace buenos a los malos, abole el pecado, borra el mal, excluye el crimen, infunde el buen don, hace apóstoles de los perseguidores, sacerdotes de los pecadores? Eran, dice, en otro tiempo tinieblas, pero ahora son luz en el Señor (Efes. 5, 8).

72. Pero, ¿por qué los diferenciamos? Pues si las palabras lo exigen, aunque los hechos no lo nieguen, acepten que está escrito buen Espíritu; porque David dijo: Tu buen Espíritu me guiará por el camino recto (Sal. 142, 10). ¿Qué es el Espíritu, sino lleno de bondad? Que aunque por naturaleza es inaccesible, es sin embargo accesible a nosotros por su bondad, llenando todo con su poder, pero que solo participa con los justos, sustancia simple, rico en virtudes, presente a cada uno, dividiendo de lo suyo a cada uno, y en todas partes entero.

73. Y con razón el Hijo de Dios dijo: Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mat. 28, 19), no desdeñando la sociedad del Espíritu Santo. ¿Por qué, entonces, algunos se molestan ahora en unir al Espíritu con el Padre o el Hijo en nuestra devoción, cuando el Señor no lo desdeñó en el sacramento del bautismo?

74. Por lo tanto, el Espíritu es bueno: pero bueno, no como adquiriendo, sino como impartiendo bondad. Pues no recibe de las criaturas, sino que el Espíritu Santo es recibido: así como no es santificado, sino que él santifica; porque la criatura es santificada, pero el Espíritu Santo santifica. En lo cual, aunque hay comunión de palabra, sin embargo, hay distinción de naturaleza. Pues se dice santo tanto al hombre que recibe, como a Dios que otorga la santidad; porque leemos: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. 19, 2). Por lo tanto, la santificación y la corrupción no pueden ser de una misma naturaleza; y por eso la gracia del Espíritu Santo y la criatura no pueden ser de una misma sustancia.

75. Así que, siendo toda naturaleza invisible, excepto la Trinidad, la cual algunos con razón consideran sustancia racional e incorpórea, no imparte la gracia espiritual, sino que la adquiere: ni participa, sino que asume; ciertamente debe separarse de la comunidad de la criatura la sociedad del Espíritu Santo. Crean, pues, que el Espíritu Santo no es criatura: o si lo consideran criatura, ¿por qué lo asocian con el Padre? Si lo consideran criatura, ¿por qué lo unen al Hijo de Dios? Pero si no creen que debe separarse del Padre y del Hijo, no lo consideren criatura; porque donde hay una santificación, hay una naturaleza.

CAPÍTULO VI.

Aunque somos bautizados en agua y Espíritu, este último es mucho más excelente; y por tanto, no debe separarse del Padre y del Hijo.

76. Sin embargo, hay muchos que, porque somos bautizados en agua y Espíritu, no creen que los dones del agua y del Espíritu difieran; y por eso no creen que difiera la naturaleza. No advierten que en ese elemento de las aguas somos sepultados, para que renovados por el Espíritu resucitemos. Porque en el agua está la imagen de la muerte, en el Espíritu está la prenda de la vida; para que por el agua muera el cuerpo del pecado, que como en una tumba encierra el cuerpo: y por la virtud del Espíritu seamos renovados de la muerte del pecado, renacidos en Dios.

77. Y por eso estos tres testigos son uno, como dijo Juan: Agua, sangre y Espíritu (1 Juan 5, 8). Uno en misterio, no en naturaleza. El agua, por tanto, es testigo de la sepultura, la sangre es testigo de la muerte, el Espíritu es testigo de la vida. Si hay alguna gracia en el agua, no es por la naturaleza del agua, sino por la presencia del Espíritu Santo.

78. ¿Acaso vivimos en el agua, como en el Espíritu? ¿Acaso somos sellados en el agua, como en el Espíritu? Porque en él vivimos, y él es la prenda de nuestra herencia, como también el Apóstol escribiendo a los Efesios, dice: En quien habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es la prenda de nuestra herencia (Efes. 1, 13-14). Por lo tanto, hemos sido sellados con el Espíritu Santo, no por naturaleza, sino por Dios, porque está escrito: Dios nos ungió, y nos selló, y nos dio la prenda del Espíritu en nuestros corazones (2 Cor. 1, 21-22).

79. Por lo tanto, hemos sido sellados por Dios con el Espíritu. Porque así como en Cristo morimos, para renacer; así también somos sellados por el Espíritu, para que podamos mantener su esplendor e imagen y gracia: lo cual es ciertamente un sello espiritual. Pues aunque seamos sellados en el cuerpo en apariencia, sin embargo, en verdad somos sellados en el corazón; para que el Espíritu Santo exprese en nosotros la imagen celestial.

80. ¿Quién, pues, se atreverá a decir que el Espíritu Santo está separado de Dios Padre y de Cristo; cuando por él merecemos ser a imagen y semejanza de Dios; y por él se hace, como dijo el apóstol Pedro (2 Pedro 1, 4), que seamos partícipes de la naturaleza divina? En lo cual ciertamente no hay herencia de sucesión carnal, sino un comercio espiritual de la gracia de la adopción. Y para que sepamos que esto es más un sello de nuestro corazón que de nuestro cuerpo, el Profeta enseña diciendo: Se ha sellado en nosotros la luz de tu rostro, Señor; has dado alegría en mi corazón (Sal. 4, 7).

CAPÍTULO VII.

El Espíritu Santo no es criatura, siendo incircunscrito, e infundido a los apóstoles dispersos por todas las regiones, y además santifica a los mismos ángeles, a quienes nos iguala. María también fue llena de él, así como el mismo Cristo Señor, y por tanto todo lo superior e inferior: de cuya operación, que se designaba por la agitación de la piscina, surge toda bendición.

81. Pues siendo toda criatura circunscrita por los límites de su naturaleza; aunque también aquellas obras invisibles, que no pueden ser comprendidas por lugares y límites, están encerradas por la propiedad de su sustancia: ¿cómo se atrevería alguien a llamar criatura al Espíritu Santo, que no tiene virtud circunscrita y determinada; porque está en todos y en todas partes siempre, lo cual es propio de la divinidad y del dominio: del Señor es la tierra y su plenitud (Sal. 23, 1)?

81*. Y por eso, cuando el Señor enviaba a sus siervos los apóstoles, para que reconociéramos que una cosa es la criatura y otra la gracia espiritual, enviaba a unos a un lugar y a otros a otro; porque todos juntos no podían estar en todas partes. Pero dio a todos el Espíritu Santo, que aunque los apóstoles estuvieran separados, infundía el don inseparable de la gracia. Eran, por tanto, personas diversas, pero un solo efecto de operación en todos; porque uno es el Espíritu Santo, de quien dice: Recibiréis poder, el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros; y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria hasta los confines de la tierra (Hechos 1, 8).

82. Por lo tanto, el Espíritu Santo es incircunscrito e infinito, que se infundió en los sentidos de los discípulos a través de las divisiones separadas de las regiones y los confines remotos de todo el mundo, a quien nada puede pasar por alto o engañar. Y por eso el santo David dice: ¿A dónde iré de tu Espíritu, o a dónde huiré de tu presencia? (Sal. 138, 7). ¿De qué ángel dice esto la Escritura? ¿De qué Dominación? ¿De qué Potestad? ¿De qué ángel

encontraremos la virtud difundida por muchos? Porque los ángeles eran enviados a pocos, pero el Espíritu Santo era infundido a los pueblos. ¿Quién, pues, duda de que es divino lo que se infunde a muchos a la vez, y no se ve: pero es corporal lo que se ve por cada uno, y se toca?

83. Pero así como el Espíritu que santifica a los apóstoles, no es consorte de la naturaleza humana; así también el que santifica a los ángeles, Dominaciones y Potestades, no tiene consorcio con la criatura. Pero si algunos piensan que no hay santidad espiritual en los ángeles, sino otra gracia de la propiedad de su naturaleza, ciertamente juzgarán que los ángeles son inferiores a los hombres. Pues aunque ellos mismos confiesen que no se atreven a comparar a los ángeles con el Espíritu Santo, y no pueden negar que el Espíritu Santo se infunde en los hombres: y siendo la santificación del Espíritu un don y regalo divino; ciertamente se encontrarán hombres que, teniendo una mejor santificación, deben ser preferidos a los ángeles. Pero como los ángeles descienden en ayuda de los hombres (Heb. 1, 14), se debe entender que la criatura de los ángeles es ciertamente superior, que recibe más gracia espiritual; pero el don es del mismo autor tanto para nosotros como para ellos.

84. ¿Cuánta es la gracia que iguala incluso a la inferior criatura de la condición humana con las recompensas de los ángeles, como el mismo Señor prometió diciendo: Seréis como ángeles en el cielo (Mat. 22, 30)? No es difícil; porque el que hizo a aquellos ángeles en el Espíritu, también hará a los hombres semejantes a los ángeles por la misma gracia (Sal. 104, 4).

85. ¿De qué criatura se puede decir que ha llenado todo, lo que está escrito del Espíritu Santo: Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne (Joel 2, 28)? Esto no se puede decir de un ángel. De hecho, el mismo Gabriel fue enviado a María: Salve, dijo, llena de gracia; declarando ciertamente la gracia espiritual en ella, porque el Espíritu Santo había venido sobre ella, y tendría en su vientre lleno de gracia al Verbo celestial.

86. Porque del Señor es llenar todo, quien dice: Yo lleno el cielo y la tierra (Jerem. 23, 24). Si, por lo tanto, es del Señor quien llena el cielo y la tierra; ¿quién puede juzgar al Espíritu Santo como ajeno al dominio y poder divino, que llenó el mundo, y lo que está más allá de todo el mundo, llenó a Jesús, el redentor de todo el mundo? Porque está escrito: Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán (Luc. 4, 1). ¿Quién, pues, sino aquel que es de la misma plenitud, podría llenar al que llena todo?

87. Pero para que no objeten que esto se dijo según la carne; aunque más uno solo, que todos: de cuya carne salía virtud que sanaba a todos: sin embargo, así como el Señor llena todo, también se ha leído del Espíritu: Porque el Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra (Sab. 1, 7). También tienes sobre todos los que se reunieron con los apóstoles que, llenos del Espíritu Santo, hablaban la palabra de Dios con confianza (Hechos 4, 31). Ves que el Espíritu Santo da tanto plenitud como confianza; cuya operación el arcángel anuncia a María, diciendo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti (Luc. 1, 35).

88. También tienes en el Evangelio que un ángel descendía según el tiempo a la piscina, y el agua se movía: y el que primero descendía a la piscina, era sanado (Juan 5, 4). ¿Qué anunciaba el ángel en este tipo, sino la venida del Espíritu Santo, que en nuestros tiempos futuros, invocado por las oraciones sacerdotales, consagrará las aguas? Aquel ángel, por tanto, era mensajero del Espíritu Santo, porque por la gracia espiritual se debía traer medicina para las enfermedades de nuestra alma y mente. Por lo tanto, el Espíritu tiene los mismos

ministros que Dios Padre y Cristo. Así llena todo, así posee todo, así obra todo y en todos, como también Dios Padre obra y el Hijo.

89. ¿Qué hay, pues, más divino que la operación del Espíritu Santo, cuando incluso Dios mismo testimonia que es el dispensador de sus bendiciones diciendo: Pondré mi Espíritu sobre tu descendencia, y mis bendiciones sobre tus hijos (Isaías 44, 3)? Porque ninguna bendición puede ser plena, sino por la infusión del Espíritu Santo. Por eso el apóstol no encontró nada mejor que desear para nosotros, como él mismo dijo: No cesamos de orar y suplicar por vosotros, para que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, andando dignamente de Dios (Col. 1, 9). Por lo tanto, enseñó que esta es la voluntad de Dios, que andando más en buenas obras y palabras y pensamientos, seamos llenos de la voluntad de Dios, quien pone en nuestros corazones el Espíritu Santo. Por lo tanto, si el que tiene el Espíritu Santo, está lleno de la voluntad de Dios; ciertamente entre el Padre y el Espíritu no hay distancia de voluntad.

CAPÍTULO VIII.

El Espíritu solo es dado por Dios; sin embargo, no todo a cada uno, ya que nadie, excepto Cristo, podría recibirlo todo. Por el Espíritu se derrama la caridad, que figurada por el unguento místico, se muestra que no tiene nada en común con las criaturas: pero siendo dicho que procede de la boca de Dios, no debe ser contado entre lo creado; ni entre lo divisible, siendo eterno.

90. Observa al mismo tiempo, porque Dios da el Espíritu Santo (Rom. 5, 5). Pues no es obra humana, ni es dado por el hombre: sino que el que es invocado por el sacerdote, es dado por Dios, en lo cual es don de Dios, ministerio del sacerdote. Porque si el apóstol Pablo juzgó (Efes. 5, 18) que él mismo no podía dar el Espíritu Santo por su propia autoridad, y se creyó tan incapaz para este oficio, que deseó que fuéramos llenos del Espíritu por Dios; ¿quién es tan grande, que se atreva a arrogarse la entrega de este don? Por lo tanto, el Apóstol presentó su deseo con oración, no reclamó el derecho con alguna autoridad: deseó obtener, no presumió mandar. También Pedro dijo que no era idóneo para poder forzar o impedir al Espíritu Santo. Pues así dijo: Si Dios les concedió la misma gracia que a nosotros, ¿quién era yo para poder impedir a Dios? (Hechos 11, 17).

91. Pero tal vez no se conmuevan con los ejemplos apostólicos, y por eso usemos oráculos divinos; porque está escrito: Jacob mi siervo, lo sostendré: Israel mi elegido, mi alma lo ha sostenido, he puesto mi Espíritu sobre él (Isaías 42, 1). También el Señor dijo por Isaías: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido (Isaías 61, 1).

92. ¿Quién, pues, se atreverá a decir que la sustancia del Espíritu Santo es creada, cuando al iluminar nuestros corazones, vemos la belleza divina de la verdad, y conocemos la diferencia entre la criatura y la divinidad, para que la obra se separe del autor? ¿O de qué criatura ha hablado Dios así, que o las Dominaciones o las Potestades derramen o los Ángeles? Pero de mi Espíritu, dice, derramaré (Joel 2, 28). No dijo Espíritu, sino de mi Espíritu; porque no podemos recibir la plenitud del Espíritu Santo, sino que solo recibimos, cuanto el árbitro de nosotros divide de lo suyo según su voluntad. Pues así como el Hijo de Dios no consideró como usurpación ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo (Filip. 2, 6), para que pudiéramos percibirlo en nuestras almas: se despojó, no porque él mismo estuviera vacío de su plenitud; sino para que a mí, que no podía soportar su plenitud, se me infundiera según lo que pudiera recibir: así también el Padre dice que derrama de su Espíritu sobre toda carne; porque no derramó todo, pero lo que derramó, fue suficiente para todos.

93. Sobre nosotros, pues, se derramó del Espíritu: pero sobre el Señor Jesús, cuando estaba en forma de hombre, el Espíritu permanecía, como está escrito: Sobre quien veas al Espíritu descender del cielo, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo (Juan 1, 33). En cuanto a nosotros, de la abundancia de su generosidad es la liberalidad del que da, en él permanece la plenitud del Espíritu en toda su totalidad para siempre. Lo que, por tanto, juzgó que nos era suficiente, lo derramó: y lo que fue derramado, no fue separado, ni cortado: sino que tiene la unidad de la plenitud, para iluminar la vista de nuestro corazón según la posibilidad de nuestra virtud. Por lo tanto, recibimos tanto, cuanto el progreso de nuestra mente adquiere; porque la plenitud de la gracia espiritual es inseparable, pero se nos participa según la capacidad de nuestra naturaleza.

94. Por lo tanto, Dios derrama de su Espíritu, y también se derrama la caridad de Dios por el Espíritu: en este lugar debemos reconocer la unidad de la operación y la gracia. Pues así como Dios derramó de su Espíritu Santo, también, la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rom. V, 5); para que entendamos que el Espíritu Santo no es una obra, sino el árbitro divino y la fuente abundante de caridad.

95. De manera similar, para que creas que lo que se derrama no puede ser común con las criaturas, sino especial de la divinidad; también se derrama el nombre del Hijo, como tienes: Tu nombre es un unguento derramado (Cant. I, 2). Cuya virtud del discurso nada puede ser más excelente. Pues así como el unguento encerrado en algún vaso retiene su aroma, que mientras está contenido en las estrecheces de ese vaso, aunque no pueda llegar a muchos, sin embargo, conserva su fuerza; pero cuando el unguento ha sido derramado de ese vaso en el que estaba encerrado, se difunde ampliamente: así también el nombre de Cristo antes de su advenimiento en el pueblo de Israel, estaba como encerrado en algún vaso en las mentes de los judíos: Porque Dios es conocido en Judea, su nombre es grande en Israel (Salmo LXXV, 1): este nombre, ciertamente, que las estrecheces de los vasos de los judíos contenían.

96. Un nombre grande incluso entonces, cuando se mantenía en las estrecheces de los más débiles y pocos: pero aún no había derramado su grandeza a través de los corazones de las naciones, y hasta los confines de toda la tierra. Pero después de que iluminó con su advenimiento a todo el mundo, extendió su divino nombre a toda criatura, no lleno por alguna adición (pues la plenitud no conoce aumento) sino llenando los vacíos, para que su nombre fuera admirable en toda la tierra. Por lo tanto, esta efusión del nombre significa una cierta abundancia exuberante de gracias y la generosidad de los bienes celestiales; pues de la abundancia se desborda todo lo que se derrama.

97. Así como no se puede decir que la sabiduría creada, que procede de la boca de Dios, ni el Verbo, que es eructado del corazón, ni la virtud, en la que está la plenitud de la majestad eterna: así tampoco se puede considerar creado al Espíritu, que es derramado de la boca de Dios; ya que Dios mismo ha mostrado tal unidad, que dice que derrama de su Espíritu. Por lo cual entendemos que la misma gracia del Padre es la que es del Espíritu Santo, y que se divide en las mentes de cada uno sin incisión ni detrimento alguno. Lo que se derrama del Espíritu de Dios, ni se corta, ni se comprende en partes corporales, ni se divide.

98. [Alias cap. VIII]. ¿Cómo es creíble que el Espíritu se divida en partes seccionadas? Juan dice de Dios: En esto conocemos que permanece en nosotros por el Espíritu que nos ha dado (I Juan III, 24). Pero lo que permanece siempre, ciertamente no se cambia: por lo tanto, si no tiene cambio, tiene eternidad. Y por eso el Espíritu Santo es eterno; pero la criatura está

sujeta al vicio, y por eso es mutable. Pero lo que es mutable, no puede ser eterno (Rom. VIII, 20): y por eso no puede haber consorcio entre el Espíritu Santo y la criatura; porque el Espíritu es eterno, pero toda criatura está en el tiempo.

99. El apóstol también muestra que el Espíritu Santo es eterno: Porque si la sangre de toros y machos cabríos, y la ceniza de una becerra rociada santifica a los contaminados para la purificación de la carne; cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios (Hebr. IX, 13, 14)! Por lo tanto, el Espíritu es eterno.

CAPÍTULO IX.

El Espíritu Santo se dice correctamente que es el unguento de Cristo, y el aceite de alegría, ¿y por qué razones? Cristo mismo no es el unguento; ya que fue ungido con el Espíritu Santo: sin embargo, no parece extraño que el Espíritu sea llamado unguento, cuando el Padre y el Hijo también son llamados Espíritu. Sin embargo, no hay confusión en ellos; ya que solo Cristo en el cuerpo sufrió la muerte, cuya cruz salvífica se proclama.

100. Muchos han pensado que el unguento de Cristo es el Espíritu Santo. Y bien unguento, porque se le llama aceite de alegría, con el vínculo fragante de muchas gracias: pero Dios omnipotente Padre ungió al príncipe de los sacerdotes, que no fue ungido en tipo según la ley, sino que fue ungido en el cuerpo según la ley, y en verdad sobre la ley con la virtud del Espíritu Santo del Padre.

101. Este es el aceite de alegría, del cual el profeta dice: Te ungió Dios, tu Dios, con el aceite de alegría sobre tus compañeros (Salmo XLIV, 8). Finalmente, Pedro dice que Jesús fue ungido con el Espíritu, como tienes: Vosotros sabéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando desde Galilea después del bautismo que predicó Juan, a Jesús de Nazaret, cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo (Hechos X, 37, 38). Por lo tanto, el aceite de alegría es el Espíritu Santo.

102. Y dijo bien aceite de alegría, para que no pensaras que es una criatura; pues la naturaleza de este tipo de aceite es que de ninguna manera se mezcla con la humedad de otra naturaleza. La alegría tampoco unge el cuerpo, sino que ilumina lo íntimo del corazón, como dijo el profeta: Diste alegría en mi corazón (Salmo IV, 7). Por lo tanto, cuando alguien intenta mezclar el aceite con una criatura más húmeda, no tiene éxito: porque como la naturaleza del aceite es más ligera que las demás, mientras las otras residen, el aceite elevado se separa: ¿cómo piensan estos pésimos comerciantes que el aceite de alegría puede ser confundido con otras criaturas por su engaño; cuando ciertamente no pueden mezclarse las cosas corporales con las incorpóreas, ni las creadas con las increadas?

102*. Y bien se dice aceite de alegría, con el que fue ungido Cristo; pues no fue necesario buscar para él un aceite común y ordinario, con el que se curan las heridas o se alivia el calor: ya que la salvación del mundo no buscaba un remedio para sus heridas, ni la virtud eterna requería la restauración de un cuerpo fatigado.

103. No es de extrañar que tenga el aceite de alegría, quien hizo exultar a los que iban a morir, despojó al mundo de la tristeza, abolió el hedor de la muerte triste. Y por eso el apóstol dice: Porque somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15); significando ciertamente que hablaba de cosas espirituales. Pero incluso cuando el mismo Hijo de Dios dice: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido (Luc. IV, 18), señala un unguento espiritual. Por lo tanto, el unguento de Cristo es el Espíritu.

104. O porque el nombre de Jesús es un unguento derramado, si quieren entender allí a Cristo mismo expresado con el nombre de unguento, no al Espíritu de Cristo; ciertamente, cuando el apóstol Pedro dijo que el Señor Jesús fue ungido con el Espíritu Santo, está claro sin duda que el unguento se llama también Espíritu.

105. Pero, ¿qué maravilla, cuando tanto el Padre como el Hijo son llamados espíritu? De lo cual hablaremos más plenamente cuando comencemos a hablar de la unidad del nombre (Infra, cap. 14). Sin embargo, porque aquí también se presenta un lugar muy hermoso, para que no parezca que lo pasamos sin un corolario, acepten que también el Padre es llamado espíritu, como el Señor habló en el Evangelio, porque Dios es Espíritu (Juan IV, 24); y Cristo es llamado espíritu; porque Jeremías dijo: El espíritu ante nuestro rostro es Cristo el Señor (Lamentaciones IV, 20).

106. Y por lo tanto, el Padre es espíritu, y el Hijo es espíritu; porque lo que no es cuerpo de criatura, eso es espíritu: pero el Espíritu Santo no está confundido con el Padre y el Hijo, sino que está distinto del Padre y del Hijo. Pues el Espíritu Santo no murió, quien no pudo morir; porque no tomó carne, ni la divinidad eterna pudo ser capaz de muerte: pero Cristo murió según la carne.

107. En eso ciertamente murió, lo que tomó de la Virgen: no en lo que tenía del Padre; pues en eso murió, en lo que Cristo fue crucificado. Pero el Espíritu Santo no pudo ser crucificado, quien no tenía carne ni huesos: sino que fue crucificado el Hijo de Dios, quien tomó carne y huesos; para que en esa cruz murieran las tentaciones de nuestra carne. Pues tomó lo que no era, para ocultar lo que era: ocultó lo que era, para ser tentado en eso, y redimido lo que no era; para que nos llamara a lo que era, por medio de lo que no era.

108. ¡Oh divino sacramento de esa cruz, en la que la debilidad se aferra, la virtud es libre, los vicios son fijados, los trofeos son levantados! De donde un santo dijo: Clava con tus clavos de temor mi carne (Salmo CXVIII, 120); no con clavos de hierro, dice, sino con clavos de temor y fe: pues la atadura de la virtud es más fuerte que la del castigo. Finalmente, Pedro, cuando seguía al Señor hasta el atrio del sumo sacerdote (Mat. XXVI, 58), a quien nadie había atado, la fe lo había atado: y a quien la fe ató, el castigo no lo desató. Nuevamente, cuando fue atado por los judíos, la devoción lo desató, el castigo no lo retuvo; porque no se apartó de Cristo.

109. Por lo tanto, también tú crucifica el pecado, para que mueras al pecado; porque quien muere al pecado, vive para Dios: vive para aquel que no escatimó a su propio Hijo; para que en su cuerpo crucificara nuestras pasiones. Porque Cristo murió por nosotros, para que vivamos en su cuerpo resucitado. Por lo tanto, en él no murió nuestra vida, sino nuestra culpa: Quien llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero; para que, separados de nuestros pecados, vivamos con justicia, por cuya herida de llagas hemos sido sanados (I Pedro II, 24).

110. Por lo tanto, ese madero de la cruz es como una especie de nave de nuestra salvación, nuestro transporte, no nuestro castigo; pues no hay otra salvación, sino el transporte de la salvación eterna. Mientras busco la muerte, no la siento: mientras desprecio el castigo, no lo sufro: mientras no conozco el miedo, lo ignoro.

111. ¿Quién es, entonces, por cuya herida de llagas hemos sido sanados, sino Cristo el Señor: de quien el mismo Isaías profetizó que su herida es nuestra medicina (Isaías LIII, 5): de quien el apóstol Pablo escribió en sus Epístolas: Quien no conoció pecado, pero por nosotros fue

hecho pecado (II Cor. V, 21)? Esto es divino en él, porque la carne no cometió pecado, ni la criatura del cuerpo asumido pecó en él. Pues, ¿qué maravilla, si solo la divinidad no pecó, cuando no tiene incentivos para pecar? Pero si solo Dios está exento de pecado, toda criatura, por su naturaleza, como hemos dicho, puede estar sujeta al pecado.

CAPÍTULO X.

Que el Espíritu perdona los pecados, esto le es común con el Padre y el Hijo, pero no con los ángeles.

112. [Alias cap. IX.] Di, pues, quienquiera que niegues la divinidad del Espíritu Santo: Pero el Espíritu no pudo estar sujeto al pecado, quien más bien perdona los pecados. ¿Acaso un ángel perdona? ¿Acaso un arcángel? No, ciertamente, sino que perdona solo el Padre, solo el Hijo, solo el Espíritu Santo (Luc. V, 21). Pero nadie puede evitar lo que puede perdonar.

113. Pero tal vez alguien dijo que también el Serafín dijo a Isaías: He aquí, esto ha tocado tus labios, y quitará tus iniquidades, y tus pecados serán purificados (Isaías VI, 7). Quitaré, dice, y purificaré: no yo quitaré, sino ese fuego del altar de Dios, es decir, la gracia espiritual. Pues, ¿qué otra cosa podemos entender piadosamente que está en el altar de Dios, sino la gracia del Espíritu? No ciertamente madera de los bosques, ni hollín y carbón. O, ¿qué es tan piadoso, como entender según el misterio que se revelaba en la boca de Isaías que todos los hombres serían purificados por la pasión de Cristo, quien como un carbón según la carne consumió nuestros pecados, como tienes en Zacarías: ¿No es este un tizón arrancado del fuego? Y él era Jesús vestido con vestiduras sucias (Zacarías III, 2, 3).

114. Finalmente, para que sepamos que este misterio común de la redención fue revelado muy claramente por los profetas, también en este lugar tienes dicho: He aquí, he quitado tus pecados (Ibid., 4): no que Cristo quitara sus propios pecados, quien no cometió pecado; sino que en la carne de Cristo toda la humanidad sería absuelta de sus pecados.

115. Pero incluso si el Serafín hubiera quitado el pecado, ciertamente sería como uno de los ministros de Dios destinado a este misterio. Pues así dijo Isaías: Porque fue enviado a mí uno de los Serafines (Isaías VI, 6).

CAPÍTULO XI.

El Espíritu es enviado a todos, y no pasa de un lugar a otro: ya que no está limitado por lugar ni tiempo. Así, por lo tanto, procede del Hijo, como el mismo Hijo del Padre, en quien siempre permanece: pero viene a nosotros cuando lo recibimos. Viene de la misma manera que el mismo Padre, de quien no puede separarse.

116. [Alias cap. X.] Y el Espíritu ciertamente es enviado: pero el Serafín a uno, el Espíritu a todos (Juan XVI, 7): el Serafín es enviado en ministerio, el Espíritu opera el misterio: el Serafín ejecuta lo que se le ordena, el Espíritu distribuye lo que quiere (Cor. XII, 11): el Serafín pasa de un lugar a otro; pues no llena todo, sino que él mismo es llenado por el Espíritu: el Serafín desciende con algún tránsito según su naturaleza; pero de hecho no podemos estimar esto del Espíritu Santo, de quien dice el Hijo de Dios: Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de verdad, que yo os enviaré, que procede del Padre (Juan XV, 26).

117. Pues si el Espíritu procede de un lugar, y pasa a un lugar; también el Padre se encontrará en un lugar, y el Hijo. Si el Espíritu sale de un lugar, que el Padre envía, o el Hijo,

ciertamente pasando de un lugar el Espíritu y avanzando, parece dejar al Padre como un cuerpo según interpretaciones impías y al Hijo.

118. Esto lo digo según aquellos que dicen que el Espíritu tiene un movimiento descendente. Pero ni el Padre está circunscrito en algún lugar, quien está sobre todo, no solo de la naturaleza corporal, sino también de la criatura invisible: ni el Hijo está limitado por lugares y tiempos de sus obras, quien está sobre toda criatura, el creador de toda la creación: ni el Espíritu de verdad, como el Espíritu de Dios, está circunscrito por límites corporales (Sab. VII, 23): quien siendo incorpóreo, supera toda la criatura de sustancia inteligible con la plenitud inenarrable de la divinidad, soplando donde quiere (Juan III, 8), e inspirando como quiere, teniendo poder sobre todo.

119. Por lo tanto, no es enviado el Espíritu como si fuera de un lugar, ni procede como si fuera de un lugar, cuando procede del Hijo, así como el mismo Hijo cuando dice: Salí del Padre y vine al mundo (Juan XVI, 18), destruye todas las opiniones que pueden ser estimadas como de un lugar a otro, como en algunas cosas corporales. De manera similar, cuando leemos que Dios está dentro o fuera, ciertamente no incluimos a Dios dentro de algún cuerpo, ni lo separamos de algún cuerpo: sino que considerando esto con una alta e inenarrable estimación, entendemos el misterio de la naturaleza divina.

120. Finalmente, así la sabiduría dice que salió de la boca del Altísimo (Eclo. XXIV, 5), no para estar fuera del Padre; sino con el Padre; porque el Verbo estaba con Dios (Juan I, 1): y no solo con el Padre, sino también en el Padre. Dice: Yo en el Padre, y el Padre en mí está (Juan XIV, 10). Pero ni cuando sale del Padre, se aleja de un lugar, ni se separa como un cuerpo de un cuerpo: ni cuando está en el Padre, está incluido como un cuerpo en un cuerpo. El Espíritu Santo también, cuando procede del Padre y del Hijo, no se separa del Padre, no se separa del Hijo. Pues, ¿cómo puede separarse del Padre, quien es el Espíritu de su boca (Salmo XXXII, 6)? Lo cual ciertamente es un indicio de eternidad, y expresa la unidad de la divinidad.

121. Por lo tanto, es y permanece siempre, quien es el Espíritu de la boca: pero parece descender cuando lo recibimos, para que habite en nosotros; para que no estemos ajenos a su gracia. Nos parece que descende, no porque él descienda, sino porque nuestra alma asciende a él. De lo cual hablaríamos más plenamente, si no recordáramos que ya se ha puesto en libros anteriores (Lib. V de Fide, cap. 7) que el Padre dijo: Descendamos y confundamos sus lenguas (Gén. XI, 7); y el Hijo dijo: El que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará: y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV, 23).

122. Así, por lo tanto, viene el Espíritu, como viene el Padre; porque donde está el Padre, allí está el Hijo: y donde está el Hijo, allí está el Espíritu Santo. Por lo tanto, no debe considerarse que el Espíritu Santo venga de manera separada. Pero viene no de un lugar a otro, sino de la disposición de la constitución a la salvación de la redención, de la gracia de la vivificación a la gracia de la santificación; para que nos transfiera de la tierra al cielo, de la injuria a la gloria, del servicio al reino.

123. Así, por lo tanto, viene el Espíritu, como viene el Padre. Pues el Hijo dijo: Yo y el Padre vendremos, y haremos morada con él. ¿Acaso el Padre viene corporalmente? Así, por lo tanto, viene el Espíritu, en quien cuando viene, está la plena presencia del Padre y del Hijo.

124. Pero, ¿quién puede separar al Espíritu Santo del Padre y del Hijo, cuando ni siquiera podemos llamar al Padre y al Hijo sin el Espíritu? Nadie puede decir Señor Jesús, sino en el

Espíritu Santo (I Cor. XII, 3). Por lo tanto, si no podemos llamar al Señor Jesús sin el Espíritu, ciertamente no podemos predicar sin el Espíritu. Pero si incluso los ángeles predicar al Señor Jesús, a quien nadie puede predicar sin el Espíritu; también en ellos, por lo tanto, opera el don del Espíritu Santo.

125. Hemos probado, por lo tanto, que hay una presencia, una gracia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: que es tan celestial y divina, que por ella el Hijo da gracias al Padre, diciendo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25).

CAPÍTULO XII.

Que hay una paz y gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: de igual manera, una caridad, que apareció especialmente en la redención de los hombres: finalmente, una comunicación de los tres.

126. [Alias cap. XI.] Por lo tanto, así como hay una sola vocación, también hay una sola gracia. De hecho, está escrito: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo (Rom. I, 7). He aquí que tenemos que la gracia del Padre y del Hijo es una, y la paz del Padre y del Hijo es una: pero esta gracia y paz es fruto del Espíritu, como el mismo Apóstol enseñó diciendo: El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia (Gál. V, 22). Y buena paz y necesaria, para que nadie se turbe por las incertidumbres de las disputas, ni sea sacudido por la tempestad de las pasiones corporales: sino que, con la simplicidad de la fe y la tranquilidad de la mente, el afecto permanezca quieto en torno al culto de Dios.

127. Hemos probado sobre la paz: pero sobre la gracia, el profeta Zacarías dice que Dios prometió derramar en Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia (Zac. XII, 10); y el apóstol Pedro dice: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo, para el perdón de los pecados; y recibiréis la gracia del Espíritu Santo (Hech. II, 38). Por lo tanto, así como la gracia del Padre y del Hijo, también es la gracia del Espíritu Santo. Pues, ¿cómo puede haber gracia sin el Espíritu, cuando toda gracia divina está en el Espíritu Santo?

128. [Alias cap. XII.] No solo leemos sobre la paz y la gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; sino también sobre el amor y la comunión, fiel Augusto. Sobre el amor se ha dicho: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios (II Cor. XIII, 13). Hemos recibido el amor del Padre. El mismo amor que es del Padre, también es del Hijo. Él mismo dijo: El que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré (Juan XIV, 21). Pues, ¿cuál es el amor del Hijo, sino que se ofreció por nosotros, y nos redimió con su sangre (Efes. V, 2)? Pero el mismo amor también está en el Padre, porque está escrito: Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito (Juan III, 16).

129. Por lo tanto, el Padre entregó al Hijo, y el Hijo mismo se entregó. Se mantiene el amor, y no se hiere la piedad; pues no hay injuria de piedad, donde no hay sufrimiento de entrega. El Padre entregó al que quería, entregó al que ofrecía, no ciertamente para castigo, sino para gracia. Si examinas el mérito del hecho, interroga el término de piedad. El vaso de elección muestra claramente esta unidad del amor divino; porque tanto el Padre entregó al Hijo, como el Hijo mismo se entregó. El Padre entregó, quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32). También dice del Hijo: Quien se entregó por mí (Gál. II, 20). Entregó, dice. Si es por gracia, ¿por qué lo acuso? Si es por injuria, más debo.

130. Pero así como el Padre entregó al Hijo, y el Hijo mismo se entregó, entiende que también el Espíritu lo entregó. Pues está escrito: Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo (Mat. IV, 1). Por lo tanto, también el Espíritu, amando, entregó al Hijo de Dios. Pues así como el amor del Padre y del Hijo es uno, así hemos declarado que este amor de Dios se derrama por el Espíritu Santo (Rom. V, 5), y que es fruto del Espíritu Santo; porque el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia (Gál. V, 22).

131. [Alias cap. XIII.] Es manifiesto que la comunión es tanto del Padre como del Hijo, porque está escrito: Y nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo (I Juan I, 3); y en otro lugar: La comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros (II Cor. XIII, 13). Si, por lo tanto, hay una paz, una gracia, un amor, una comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; ciertamente hay una operación: y donde hay una operación, ciertamente no puede haber una virtud dividida, ni una sustancia discreta. Pues, ¿cómo podría convenir la gracia de la misma operación?

CAPÍTULO XIII.

Ambrosio demuestra a partir de las Escrituras que el nombre de las tres personas divinas es uno: pero en primer lugar, la unidad del nombre del Hijo y del Espíritu Santo; ya que ambos son llamados Paráclito y Verdad.

132. [Alias cap. XIV.] ¿Quién, pues, se atrevería a negar la unidad del nombre, cuando ve la unidad de la operación? Pero, ¿por qué argumento la unidad del nombre; cuando el testimonio evidente de la voz divina es que hay un solo nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Pues está escrito: Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19). Dijo en el nombre, no en los nombres. Por lo tanto, no hay un nombre del Padre, otro nombre del Hijo, otro nombre del Espíritu Santo; porque hay un solo Dios: no hay varios nombres; porque no hay dos dioses, ni tres dioses (I Cor. VIII, 4).

133. Y para mostrar que hay una sola divinidad, una sola majestad, porque hay un solo nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y que el Hijo no vino en otro nombre, ni el Espíritu Santo en otro nombre, el mismo Señor dice: Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me habéis recibido: si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis (Juan V, 43).

133*. Pero lo que es el nombre del Padre, la Escritura declara que es el mismo del Hijo; porque en Éxodo el Señor dijo: Yo pasaré delante de ti en mi nombre y proclamaré en mi nombre al Señor delante de ti (Éxod. XXXIII, 19). Por lo tanto, el Señor dijo que en su nombre proclamará al Señor: por lo tanto, el nombre del Señor es tanto del Padre como del Hijo.

134. Pero como hay un solo nombre del Padre y del Hijo, entiende que también es el mismo nombre del Espíritu Santo, ya que el Espíritu Santo viene en el nombre del Hijo, como está escrito: Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas (Juan XIV, 26). Y quien viene en el nombre del Hijo, ciertamente también viene en el nombre del Padre; porque el nombre del Padre y del Hijo es uno. Así, el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es uno. Pues no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual debamos ser salvos (Hech. IV, 12).

135. Al mismo tiempo, enseñó que debe creerse en la unidad del nombre divino, no en la disparidad; ya que Cristo vino en la unidad del nombre: pero en su propio nombre vendrá el

Anticristo, como está escrito: Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me habéis recibido: si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis (Juan V, 43).

136. Por lo tanto, se ha enseñado a partir de esto que no hay diversidad de nombre en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo Paráclito: y que el nombre que es del Padre, es también el nombre del Hijo: de igual manera, el nombre que es del Hijo, es también el del Espíritu Santo; ya que también el Hijo es llamado Paráclito, así como el Espíritu Santo. Y por eso dice en el Evangelio el Señor Jesús: Rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad (Juan XIV, 16). Y bien dijo otro, para que no entendieras que el Hijo es el mismo Espíritu; pues la unidad es del nombre, no la confusión sabelliana del Hijo y del Espíritu.

137. Edit. Ben. [Alias cap. XV.] Por lo tanto, el Hijo es un Paráclito, y el Espíritu Santo es otro Paráclito; pues Juan también llamó al Hijo Paráclito, como tienes: Si alguno peca, tenemos un Paráclito ante el Padre, a Jesucristo (I Juan II, 1). Así como hay unidad de nombre, también hay unidad de poder; pues donde está el Espíritu Paráclito, allí también está el Hijo.

138. Pues así como aquí el Señor dice que el Espíritu estará con los fieles para siempre, así también en otro lugar muestra que él mismo estará con los apóstoles para siempre, diciendo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). Por lo tanto, el Hijo y el Espíritu son uno: el nombre de la Trinidad es uno, y una presencia inseparable.

139. Así como hemos mostrado que el Hijo es llamado Paráclito, también hemos mostrado que el Espíritu es llamado Verdad. Cristo es la Verdad; el Espíritu es la Verdad; pues tienes en la epístola de Juan: Porque el Espíritu es la Verdad (I Juan V, 6). Por lo tanto, no solo se dice Espíritu de Verdad, sino también se dice que el Espíritu es Verdad, así como el Hijo es proclamado Verdad, quien dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6).

629 CAPÍTULO XIV.

Cada una de las personas de la Trinidad es luz según las Sagradas Escrituras; pero el Espíritu también es significado como fuego en Isaías, cuyo fuego se manifestó en la zarza de Moisés, en las lenguas de fuego, y en las vasijas de Gedeón. No se puede negar la divinidad del mismo Espíritu, ya que su operación es la misma que la del Padre y del Hijo, y también se proclama como luz y fuego del rostro del Señor.

140. [Alias cap. XVI.] Pero, ¿qué argumento que así como el Padre es luz, también el Hijo es luz, y el Espíritu Santo es luz? Lo cual ciertamente es de la potencia divina. Pues Dios es luz, como dijo Juan: Porque Dios es luz, y en él no hay tinieblas (I Juan I, 5).

141. Pero también el Hijo es luz, porque la vida era la luz de los hombres. Y para mostrar que el Evangelista hablaba del Hijo de Dios, dice de Juan el Bautista: No era él la luz, sino para que diera testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 8, 9). Por lo tanto, porque Dios es luz, y el Hijo de Dios es la luz verdadera: sin duda, el Hijo de Dios es Dios verdadero.

142. También tienes en otro lugar que el Hijo de Dios es luz: El pueblo que andaba en tinieblas y en sombra de muerte, vio una gran luz (Isa. IX, 2). Pero, ¿qué más evidente que esto, que dice: Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz (Sal. XXXV, 10)? Esto es, que contigo, Dios omnipotente Padre, que eres el manantial de la vida,

en tu luz, el Hijo, veremos la luz del Espíritu Santo. Como el mismo Señor mostró diciendo: Recibid el Espíritu Santo (Juan XX, 22); y en otro lugar: Y salía de él virtud (Luc. VI, 19).

143. Pero, ¿quién duda que el Padre es luz, cuando se ha leído del Hijo que es el resplandor de la luz eterna (Heb. I, 3)? Pues, ¿de quién sino del Padre eterno es el resplandor el Hijo, quien siempre está con el Padre, y no con una claridad disímil, sino con la misma claridad siempre resplandece?

144. E Isaías significa que el Espíritu Santo no solo es luz, sino también fuego, diciendo: Y será la luz de Israel en fuego (Isa. X, 17). Por lo tanto, los profetas lo llamaron fuego ardiente; porque en estos tres géneros percibimos más claramente la majestad de la divinidad: ya que santificar es propio de la divinidad; e iluminar es propio del fuego y de la luz: y expresarse o verse en forma de fuego es costumbre de la divinidad: Pues Dios es fuego consumidor, como dijo Moisés (Deut. IV, 24).

145. Pues él mismo vio en la zarza el fuego, y oyó a Dios, cuando la voz salió de la llama de fuego hacia él diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxod. III, 15). Por lo tanto, la voz de la llama, y en la zarza la llama, y la llama no dañina. Pues la zarza ardía, y no se consumía; porque con ese misterio el Señor figuraba que vendría a iluminar las espinas de nuestro cuerpo: no a consumir a los afligidos, sino a mitigar las aflicciones: quien bautizaría en el Espíritu Santo y fuego (Mat. III, 11); para otorgar gracia, consumir pecados. Por lo tanto, en forma de fuego, Dios mantiene su propósito.

146. También en los Hechos de los Apóstoles, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los fieles, se veía la forma de fuego; pues así tienes: Y de repente vino del cielo un sonido, como de un viento recio que soplabá; y llenó toda la casa donde estaban sentados: y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego (Hech. II, 2, 3).

147. De donde también aquello cuando Gedeón, para vencer a Madián, ordenó a trescientos hombres tomar cántaros, y en los cántaros tener antorchas encendidas, y en las manos derechas llevar trompetas (Juec. VII, 16); así nuestros mayores, habiéndolo recibido de los apóstoles, lo conservaron, que los cántaros son nuestros cuerpos, formados del barro, que no conocen el temor, si se encienden con el fervor de la gracia espiritual, y testifican la pasión del Señor Jesús con la confesión sonora de la voz.

148. ¿Quién, pues, duda de la divinidad del Espíritu Santo, cuando donde está la gracia del Espíritu, allí aparece la forma de la divinidad? Con este testimonio no inferimos diversidad, sino unidad del poder divino. Pues, ¿cómo puede haber discreción de poder, donde hay un solo efecto de operación en todos? Ni puede haber gracia de los sacramentos, sino donde hay perdón de los pecados.

149. ¿Qué es, pues, este fuego? No ciertamente el fuego compuesto de arbustos viles, o el fuego fragoso de las estepas: sino aquel fuego, que mejora las buenas obras como el oro, y consume los pecados como la paja. Este es ciertamente el Espíritu Santo, que se llama fuego y luz del rostro del Señor: luz, como dijimos antes: Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV, 7). ¿Qué es, pues, la luz sellada, sino aquel sello espiritual, en el cual creyendo habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa (Efes. I, 13)?

150. [Alias cap. XVII.] Y así como la luz es del rostro divino, también el fuego emana del rostro de Dios; porque está escrito: Fuego arderá delante de él (Sal. XLIX, 3). Pues resplandece la gracia del día del juicio, para que siga la absolución, que recompense el

servicio de los santos. ¡Oh gran abundancia de las Escrituras, que nadie puede comprender con ingenio humano! ¡Oh gran indicio de la unidad divina! Pues en estos dos versículos, ¡cuántas cosas se señalan!

CAPÍTULO XV.

El Espíritu Santo es tanto vida como el Padre y el Hijo; más aún, ya sea que se entienda al Padre, en quien está el manantial de la vida, o al Hijo, ese manantial no es otra cosa que el Espíritu.

151. [Alias cap. XVIII.] Hemos dicho que el Padre es luz, el Hijo es luz, el Espíritu Santo es luz: también aceptemos que el Padre es vida, el Hijo es vida, el Espíritu Santo es vida. Pues Juan dijo: Lo que era desde el principio, lo que hemos oído y lo que hemos visto, y lo que nuestros ojos han contemplado, y nuestras manos han palpado del Verbo de vida: y la vida se manifestó, y hemos visto y testificamos y os anunciamos de la vida, que estaba con el Padre (I Juan I, 1, 2). Y dijo Verbo de vida y vida; para significar tanto al Padre como vida y al Hijo. Pues, ¿qué es el Verbo de vida, sino el Verbo de Dios? Y por lo tanto, tanto Dios como el Verbo de Dios es vida. Y así como se dice Verbo de vida, también se dice Espíritu de vida. Pues está escrito: Y el Espíritu de vida estaba en las ruedas (Ezeq. I, 20). Por lo tanto, así como el Verbo de vida es vida, también el Espíritu de vida es vida.

152. [Alias cap. XIX.] Ahora acepta que así como el Padre es el manantial de la vida, también muchos han recordado que el Hijo es significado como el manantial de la vida; porque contigo, dice, Dios omnipotente, tu Hijo es el manantial de la vida, es decir, el manantial del Espíritu Santo; porque el Espíritu es vida, como el Señor dice: Las palabras que yo os he hablado, son espíritu y son vida (Juan VI, 64) porque donde está el Espíritu, también está la vida: y donde está la vida, también está el Espíritu Santo.

153. Sin embargo, muchos quieren que en este lugar solo se signifique al Padre por el manantial, aunque vean lo que la Escritura ha recordado: Contigo, dice, está el manantial de la vida (Sal. XXXV, 10), es decir, con el Padre el Hijo; porque el Verbo estaba con Dios, que era en el principio, y estaba con Dios.

154. Pero ya sea que alguien entienda al Padre en este lugar, o al Hijo como el manantial; ciertamente entendemos el manantial no de esta agua, que es criatura: sino de aquella gracia divina, es decir, del Espíritu Santo; pues él es el agua viva. Por eso el Señor dice: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le habrías pedido, y él te habría dado agua viva (Juan IV, 10).

155. Esta agua anheló el alma de David (Sal. XLI, 3). De este manantial de aguas desea el ciervo, no sediento de los venenos de las serpientes. Pues el agua de la gracia espiritual es viva, porque purifica el interior de la mente, y lava todo pecado del alma, y limpia el error de los ocultos.

CAPÍTULO XVI.

El Espíritu Santo es un gran río, por cuyo don se riega la Jerusalén mística. Es igual a su manantial, es decir, al Padre y al Hijo, y se significa en la Escritura. El Doctor santo anhela su agua: pero para que se conserve en nosotros, advierte que debemos evitar al diablo, la codicia y la herejía; ya que nuestros vasos son frágiles: también deben ser abandonadas las cisternas rotas, para que encontremos el agua del Señor, siguiendo el ejemplo de la samaritana y de los patriarcas.

156. [Alias cap. XX.] Pero no sea que alguien, tal vez, reprenda la pequeñez del Espíritu, y quiera hacer de esto una cierta distinción de magnitud, porque el agua parece ser una pequeña porción del manantial: aunque los ejemplos de las criaturas no parecen en absoluto aptos para la divinidad; sin embargo, para que no se prejuzgue nada de esta comparación de la criatura, aprendan que no solo se dice agua, sino también río al Espíritu Santo, según lo que se ha leído: Ríos de agua viva fluirán de su interior. Esto decía del Espíritu, que iban a recibir los que creyeran en él (Juan VII, 38, 39).

157. Por lo tanto, el Espíritu Santo es un río, y un río grande, que según los hebreos fluyó de Jesús en la tierra, como hemos recibido profetizado por boca de Isaías (Isa. LXVI, 12). Este gran río, que siempre fluye, y nunca se agota. No solo es un río, sino también de ímpetu profuso, y de magnitud desbordante, como también dijo David: Porque el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 5).

158. Pues aquella ciudad, la Jerusalén celestial, no es lavada por el curso de algún río terrenal, sino que el Espíritu Santo, que procede de la fuente de la vida y del cual nos saciamos con un breve sorbo, parece fluir más abundantemente en aquellos Tronos celestiales, Dominaciones y Potestades, Ángeles y Arcángeles, con un flujo pleno de las siete virtudes espirituales. Porque si un río desbordado sobrepasa sus riberas, ¡cuánto más el Espíritu, que supera toda criatura, al tocar los campos inferiores de nuestra mente, alegra con una abundancia más generosa de santificación aquella naturaleza celestial de las criaturas!

159. No te perturbe que aquí se hable de ríos (Juan VII, 38) o en otro lugar de siete espíritus (Apoc. V, 6); pues con estas santificaciones de las siete virtudes espirituales, como dijo Isaías (Isaías XI, 2), se significa la plenitud de las virtudes: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y piedad, espíritu de temor de Dios. Por tanto, un solo río, pero muchos flujos de dones espirituales. Este río, pues, sale de la fuente de la vida.

160. Tampoco aquí desvíes tu entendimiento hacia lo inferior, porque parece haber alguna diferencia entre la fuente y el río; y sin embargo, la Escritura divina ha previsto todo, para que la debilidad del ingenio humano no se vea atrapada por la vulgaridad de las palabras. Aunque propongamos cualquier río, es de una fuente; sin embargo, de una sola naturaleza, de un solo esplendor y gracia. Di, pues, que el Espíritu Santo es de la misma sustancia que el Hijo de Dios y Dios Padre, de la misma claridad y gloria. Aceptaré un resumen fiel de la unidad de la virtud, y no temeré ninguna cuestión sobre la diversidad de magnitud. Pues también en esto la Escritura nos ha previsto; dice el Hijo de Dios: "Quien beba del agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna" (Juan IV, 14). Esta fuente, sin duda, es el río de gracia espiritual que procede de la fuente viva. Por tanto, la fuente de la vida es también el Espíritu Santo.

161. Observas, pues, que de las palabras mismas se significa la unidad de la grandeza divina, y que Cristo no puede ser negado como fuente incluso por los infieles; ya que se dice fuente y también Espíritu. Y así como se dice que el Espíritu es un río, también el Padre dijo: "He aquí que yo fluiré sobre vosotros como un río de paz, y como un torrente que inunda la gloria de las naciones" (Isaías LXVI, 12). ¿Y quién podría dudar que el río de la vida es el Hijo de Dios, de quien fluyen los ríos de vida eterna?

162. Buena es, pues, el agua, la gracia espiritual: ¿quién dará esta fuente a mi pecho? Que brote en mí; que fluya en mí el dador de la vida eterna. Que esta fuente sobreabunde en nosotros, no se derrame. Pues la sabiduría dice: "Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos, y en tus plazas sobreabunden tus aguas" (Prov. V, 15, 16). ¿Cómo retendré esta agua para que no se derrame, para que no se deslice? ¿Cómo conservaré mi vasija, para que ninguna grieta del pecado destile la humedad de la vida eterna? Enséñanos, Señor Jesús, enséñanos como enseñaste a tus apóstoles, diciendo: "No acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones cavan y roban" (Mat. VI, 19).

163. Evidentemente, significa que el ladrón es el espíritu inmundo, que no puede infiltrarse en aquellos que caminan en la luz de las buenas obras: pero en las tinieblas de las pasiones mundanas, y entre los placeres terrenales, si atrapa a alguien, lo despoja de toda flor de virtud eterna. Y por eso el Señor dice: "Acumulad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido destruyen; y donde los ladrones no cavan ni roban. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón."

164. Nuestra polilla es la lujuria, nuestra polilla es el deseo, nuestra polilla es la lascivia, que con la suciedad de los vicios cubren la agudeza de la mente. Nuestra polilla es también Arrio, nuestra polilla es Fotino, quienes con su impiedad desgarran la vestidura santa de la Iglesia; y deseando separar la unidad indivisible del poder divino, con mordedura sacrílega desgarran el precioso velo de la fe. El agua se derrama si Arrio clava su diente; se derrama si Fotino clava su aguijón en alguna vasija. Somos una frágil creación, rápidamente sentimos los vicios. Pero nadie dice al alfarero: "¿Por qué me has hecho así?" (Rom. IX, 20). Pues aunque nuestra vasija sea vil, sin embargo, una es para honor, otra para deshonra. No abras, pues, tu pozo, no lo caves con vicios y crímenes, para que nadie diga: "Abrió un pozo, y lo cavó: y cayó en el hoyo que hizo" (Sal. VII, 16).

165. Si buscáis a Jesús, abandonad los pozos rotos; pues Cristo no solía sentarse junto al pozo, sino junto al manantial. Allí lo encontró aquella samaritana que creyó, aquella que deseaba sacar agua (Juan IV, 6). Aunque debiste venir por la mañana, sin embargo, aunque vengas más tarde, incluso a la sexta hora encontrarás a Jesús fatigado del camino. Se fatigó, pero en ti; porque te buscó durante mucho tiempo, tu incredulidad lo fatigó tanto tiempo. Sin embargo, no se ofende si ahora vienes: pide de beber, para dar. Pero no bebe agua de un arroyo pasajero, sino tu salvación: bebe tu afecto, bebe el cáliz, es decir, aquella pasión redentora de tus crímenes; para que apagues la sed de este mundo con la sangre del sagrado brebaje.

166. Así Abraham, después de cavar un pozo, mereció ver a Dios (Gen. XXI, 30). Así Isaac, mientras paseaba junto al pozo (Gen. XXIV, 62), recibió a aquella que venía en figura de la Iglesia como esposa (Ibid., 67). El fiel junto al pozo, el infiel junto al pozo roto. Finalmente, como leemos, Rebeca encontró al pretendiente junto a la fuente, y las prostitutas se lavaron en el pozo de Jezabel con sangre (III Reg. XXII).

LIBRO SEGUNDO.

PRÓLOGO.

Que las tres personas divinas no eran desconocidas para los antiguos jueces ni para Moisés: también se declara en otros lugares y en él la igualdad del Hijo con el Padre, así como la igualdad entre los tres. El Espíritu Santo asistió a Sansón, cuya maravillosa historia se recorre

y se adapta a varios misterios de la Iglesia. Sin embargo, cuando el Espíritu se retiró, él cayó en múltiples calamidades, lo que, al cortarse el cabello, no se atribuye a esto, sino que Ambrosio propone sus significados espirituales.

1. Aunque en el primer libro se ha dejado claro con la lectura de la historia antigua; y en los mismos jueces de los antiguos judíos resplandeció la gracia septiforme del Espíritu, y por el Espíritu Santo se revelaron los misterios de los sacramentos celestiales, que Moisés no ignoró como eternos. Finalmente, desde el principio del mundo, o más bien antes del principio, lo unió con Dios, a quien conoció como eterno antes del principio del mundo. Pues si alguien observa diligentemente, conocerá al Padre en el principio, y al Hijo y al Espíritu. Del Padre está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gen. I, 1, 2). Del Espíritu se dice: "El Espíritu se movía sobre las aguas" (Ibid., 4). Y bien, en el comienzo de la creación se señala la figura del bautismo, por el cual la creación tuvo que ser purificada. También se ha leído sobre el Hijo que él es quien separó entre la luz y las tinieblas; pues uno es Dios Padre que dice, y uno es el Señor Jesús que hace.

2. Pero para que conozcas más plenamente la igualdad del Padre y del Hijo, así como el Padre dijo y el Hijo hizo; así también el Padre obra, y el Hijo dice. El Padre obra, como está escrito: "Mi Padre hasta ahora trabaja" (Juan V, 17). Tienes dicho al Hijo: "Di la palabra y será sanado" (Mat. VIII, 8). Y el Hijo dice al Padre: "Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo" (Juan XVII, 24). El Padre hizo lo que el Hijo dijo.

3. Pero tampoco Abraham ignoró al Espíritu Santo: finalmente, vio a tres, y adoró a uno (Gen. XVIII, 2, 3); porque uno es Dios, uno es el Señor, y uno es el Espíritu. Y por eso la unidad de honor; porque la unidad de poder.

4. ¿Y qué diré de cada uno? Sansón, nacido por promesa divina, tenía al Espíritu acompañándolo; pues así leemos: "Porque el Señor lo bendijo, y el Espíritu del Señor comenzó a acompañarlo en el campamento" (Jueces XIII, 25). Y por eso, previendo el futuro sacramento, pedía esposa de entre los extranjeros (Jueces XIV, 1 y ss.): lo que su padre y su madre, como está escrito, ignoraban, porque era del Señor. Y con razón se le consideraba más fuerte que los demás, porque el Espíritu del Señor lo dirigía, bajo cuya guía, solo ahora ahuyentaba a los pueblos extranjeros, ahora al león, inviolable por su mordedura, insuperable por su fortaleza, lo desgarraba con sus manos (Ibid. 5 y ss.). ¡Ojalá hubiera sido tan cauteloso para conservar la gracia, como fuerte para superar a la bestia!

5. Y tal vez esto no solo fue un milagro de virtud, sino también un misterio de sabiduría, un oráculo de profecía. Pues no parece ocioso que cuando se dirigía al misterio de las bodas, un león rugiente le saliera al encuentro, al que desgarró con sus manos, en cuyo cuerpo, al obtener el deseado matrimonio, encontró una congregación de abejas, y sacó miel de su boca, que dio a su padre y a su madre para que comieran (Ibid., 8 y ss.). El pueblo de las naciones tenía miel, que creyó: un pueblo que antes era de ferocidad, ahora es de Cristo.

6. Ni la misma cuestión carece de sacramentos, que propuso a sus compañeros, diciendo: "Del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura" (Ibid., 14). Finalmente, tan mística, que durante tres días se buscó su revelación, que no pudo ser sino por la fe de la Iglesia. En el séptimo día, completado el tiempo de la Ley, después de la pasión del Señor, se reveló. Pues así tienes, que incluso los apóstoles no entendían, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39).

7. ¿Qué, dicen, es más dulce que la miel, y qué más fuerte que el león? A lo que él respondió: "Si no hubierais domado a mi ternera, no habríais encontrado mi cuestión" (Jueces XIV, 18). ¡Oh divino misterio! ¡Oh evidente sacramento! Hemos escapado del asesino, hemos vencido al poderoso. Allí ahora está el alimento de la vida, donde antes estaba el hambre miserable de la muerte. Los peligros se convierten en salvación, la amargura en dulzura. La gracia surgió de la ofensa, el poder de la debilidad, la vida de la muerte.

8. Sin embargo, hay quienes piensan, por el contrario, que no se pudo establecer el matrimonio, sino matando al león de la tribu de Judá: y por eso en su cuerpo, es decir, en la Iglesia, se encontraron abejas, que almacenan la miel de la sabiduría; porque después de la pasión del Señor, más apóstoles creyeron. Este león, pues, Sansón lo mató como judío, pero en él encontró miel como en figura de la herencia redimida; para que las reliquias se salvaran según la elección de la gracia (Rom. XI, 27).

9. Y descendió, dice, sobre él el Espíritu del Señor, y bajó a Ascalón, y de allí mató a treinta hombres (Jueces XIV, 19, 20). Pues no podía no mantener la victoria, quien veía los sacramentos. Reciben, pues, en las vestiduras el premio de la sabiduría, el distintivo de la conversación, quienes resuelven y renuncian a la cuestión.

10. Nuevamente aquí surgen otros misterios, que su esposa es arrebatada; y por eso los zorros incendian los manojos de los extranjeros (Jueces XV, 1 y ss.). Pues a aquellos que se oponen a los sacramentos divinos, suele engañarlos con su astucia. De donde nuevamente dice en el Cantar de los Cantares: "Atrapien para nosotros las pequeñas zorras que destruyen las viñas, para que nuestras viñas florezcan" (Cant. II, 15). Bien dijo pequeñas; porque las mayores no podían destruir las viñas, aunque para los fuertes el diablo sea pequeño.

11. Por tanto, él (para hacer un resumen de la historia; pues la digestión de toda la lectura debe reservarse para su tiempo) era invicto, mientras tuvo la gracia espiritual, como aquel pueblo de Dios elegido por el Señor, aquel nazareo en la Ley. Invicto, pues, Sansón, y tan insuperable, que con la quijada de un asno golpeó a mil hombres: tan lleno de gracia celestial, que incluso encontró agua en la quijada del asno cuando tenía sed (Jueces XV, 15 y ss.); ya sea que lo refieras al milagro, o lo conviertas en misterio, que en la humildad del pueblo gentil había tanto descanso como triunfo. Según lo que está escrito: "Al que te golpee en la mejilla, ofrécele también la otra" (Mat. V, 39). Pues por esta paciencia de las injurias, que enseñan los sacramentos del bautismo, triunfamos sobre algunos agujijones de la ira; para que, habiendo muerto, alcancemos el descanso de la resurrección.

12. ¿Aquel Sansón, pues, que deshacía las cuerdas entrelazadas con nervios, que las nuevas cuerdas como hilos blandos disolvía? ¿Aquel Sansón que no sintió las ataduras sujetas al poste mientras tuvo la gracia espiritual? Aquel, digo, después de que el Espíritu de Dios se apartó de él, muy cambiado de aquel Sansón, que regresó de los filisteos vestido con despojos, degenerado en las rodillas de una mujer de su virtud, palpado y capturado, es tondeado de su sagrado cabello (Jueces XVI, 9 y ss.)?

13. ¿Tanto, pues, poder tuvieron los cabellos de la cabeza, que mientras estos permanecían, la virtud invicta duraba: pero al ser cortado el cabello, toda la fortaleza del hombre de repente se disolvía? No es así, que pensemos que los cabellos corporales tienen tanto poder. Hay ciertos cabellos de religión y fe: cabellos del nazareo en la Ley perfecto, consagrados en la parquedad y abstinencia, con los cuales aquella en figura de la Iglesia, que había ungido los pies del Señor con aceite, secaba las huellas del Verbo celestial (Juan XII, 3); pues entonces también conocía a Cristo según la carne. Estos son, en efecto, los cabellos de los que se dice:

"Tu cabellera es como rebaños de cabras" (Cantar IV, 1); brotando de aquella cabeza de la que se dijo: "La cabeza del hombre es Cristo" (I Cor. XI, 3); y en otro lugar: "Su cabeza es oro fino, y sus cabellos son abetos negros" (Cant. V, 11). Y buenas son las naves de Tarsis hechas de abeto, que flotan sobre las olas del mundo, y ofrecen un seguro remo de salvación.

14. De donde también en el Evangelio nuestro Señor, significando que hay ciertos cabellos visibles de la cabeza e inteligibles, dice: "Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados" (Mat. X, 31), significando evidentemente las obras de las virtudes espirituales; pues no hay cuidado de Dios por nuestros cabellos. Aunque tampoco es absurdo pensar que por la majestad divina nada puede estar oculto para él.

15. Pero, ¿de qué me sirve, si Dios mismo conoce todos mis cabellos? Me redundará y me aprovecha, si el vigilante testigo de las buenas obras, me otorga la recompensa de la gloria eterna. Finalmente, el mismo Sansón, declarando que no son cabellos corporales, sino inteligibles, dice: "Y si soy tondeado, mi fuerza se apartará de mí" (Jueces XVI, 17). Esto sobre el misterio: ahora consideremos la serie de la lectura.

CAPÍTULO PRIMERO.

Que el Espíritu del Señor es también Señor y virtud, y no inferior en esto al Padre o al Hijo.

16. Arriba tienes que "El Señor lo bendijo, y el Espíritu del Señor comenzó a acompañarlo" (Jueces XIII, 24, 25). Más adelante dice: "Y el Espíritu del Señor se dirigió sobre él" (Jueces XIV, 6). También dice: "Si soy tondeado, mi fuerza se apartará de mí" (Jueces XVI, 17). Después de que fue tondeado, mira lo que dice la Escritura: "El Señor, dice, se apartó de él" (Ibid., 20).

17. Ves, pues, que aquel que lo acompañaba, él mismo se apartó. Por tanto, el mismo es el Señor, que es el Espíritu del Señor, es decir, llamó al mismo Espíritu de Dios, Señor, como también el Apóstol dice: "El Señor es el Espíritu: y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (II Cor. III, 17). Tienes, pues, que el Espíritu Santo también es llamado Señor; pues no son uno, sino que son uno el Espíritu Santo y el Hijo.

18. En este lugar también lo llamó virtud, y significó al Espíritu. Pues así como el Padre es virtud, así también el Hijo es virtud, y el Espíritu Santo es virtud (I Juan V, 7). Del Hijo has leído, que Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). También leemos que el Padre es virtud, como está escrito: "Veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios" (Mat. XXVI, 64). Aquí ciertamente llamó virtud al Padre, a cuya derecha se sienta el Hijo, como tienes: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha" (Sal. CIX, 1). También el mismo Señor llamó al Espíritu Santo virtud, diciendo: "Recibiréis virtud, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo" (Hechos I, 8).

CAPÍTULO II.

Que el consejo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es uno.

19. Pues el mismo Espíritu es virtud, porque has leído: "Espíritu de consejo y de virtud" (Isaías XI, 2). Y así como el Hijo es el Ángel del gran consejo, así también el Espíritu es de consejo, para que sepas que el consejo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es uno. Consejo no sobre cosas inciertas, sino sobre cosas preconocidas y establecidas.

20. Y también reconoce al Espíritu como árbitro del consejo divino. Pues cuando arriba (Libro I, cap. 6) enseñamos que el Espíritu Santo es árbitro del bautismo, y leímos que el bautismo es el consejo de Dios, como tienes: "Pero los fariseos despreciaron el consejo de Dios en sí mismos, no siendo bautizados por él" (Lucas VII, 30); claramente se muestra que, sin el Espíritu, no puede haber bautismo, ni tampoco el consejo de Dios.

21. Y para que sepamos más plenamente que el Espíritu es virtud, debemos saber que él mismo es la promesa, cuando el Señor dijo: "Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne" (Joel II, 28). Por tanto, aquel que nos fue prometido, él mismo es virtud; como también en el Evangelio el mismo Hijo de Dios declaró diciendo: "Y yo envió la promesa de mi Padre sobre vosotros, pero permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de virtud desde lo alto" (Lucas XXII, 49).

22. Hasta tal punto el evangelista indica que el Espíritu Santo es virtud, que incluso cuando San Lucas recuerda que descendió con gran fuerza, diciendo: "Y de repente vino del cielo un sonido, como de un fuerte viento que soplaba" (Hechos II, 2).

24. Pero para que no pienses que esto debe ser interpretado de manera sensible y corporal, entiende que así descende el Espíritu, tal como descenderá Cristo. Pues Él también descenderá con poder, como está escrito: Verán al Hijo del hombre viniendo en las nubes del cielo, con gran poder y majestad (Mateo XXIV, 30).

25. ¿Cómo no va a ser una sola fuerza y el mismo poder, si hay una sola obra, un solo juicio, un solo templo, una sola vivificación, una sola santificación, y también un solo reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?

CAPÍTULO III.

Así como la vida es conocer al Padre y al Hijo, también es vida conocer al Espíritu Santo; por lo tanto, no debe separarse de la divinidad del Padre.

26. Que digan en qué consideran la disimilitud de la obra divina. Pues así como la vida es conocer al Padre y al Hijo, tal como el mismo Señor declaró diciendo: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3); así también es vida conocer al Espíritu Santo. Porque el Señor dice: Si me amáis, guardad mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros (Juan XIV, 15 y ss.).

27. Por lo tanto, el mundo no tenía vida eterna, porque no había recibido al Espíritu; donde está el Espíritu, allí hay vida eterna: pues Él es el Espíritu que obra la vida eterna. Por eso me sorprende que los arrianos cuestionen al único y verdadero Dios. Así como la vida eterna es conocer al único y verdadero Dios, así también es vida eterna conocer a Jesucristo, y así también es vida eterna conocer al Espíritu Santo: a quien el mundo no ve, como tampoco ve al Padre; así no lo conoce, como tampoco al Hijo. Pero quien no es de este mundo, tiene vida eterna, y con él permanece el Espíritu para siempre, que es la luz de la vida eterna.

28. Por lo tanto, si el conocimiento del único Dios verdadero confiere lo mismo que el conocimiento del Hijo y del Espíritu, ¿por qué separas al Hijo y al Espíritu del honor del verdadero Dios, si no los separas de la magnitud del beneficio? O bien debes creer que este

máximo don pertenece a la única y verdadera divinidad, y confesarás que la única y verdadera divinidad es tanto del Padre como del Hijo y del Espíritu; o si dices que también puede conferir vida eterna quien no es el verdadero Dios, parecerás más bien desmerecer al Padre, cuya obra no consideras que sea la principal de la única y verdadera divinidad, sino que debe ser atribuida a las obras de la criatura.

CAPÍTULO IV.

El Espíritu Santo vivifica, al igual que el Padre y el Hijo, con una operación no diversa.

29. ¿Y qué maravilla que el Espíritu sea el operador de la vida, quien vivifica como el Padre, vivifica como el Hijo (Juan V, 21)? ¿Quién negará que vivificar es propio de la majestad eterna? Pues está escrito: Vivifica a tu siervo (Salmo CXVIII, 17). Por lo tanto, es vivificado quien es siervo, es decir, el hombre, quien no tenía vida antes, pero la recibió para tenerla.

30. Veamos, pues, si el Espíritu es vivificado o si Él mismo vivifica. Pero está escrito: La letra mata, pero el Espíritu vivifica (II Corintios III, 6). Por lo tanto, el Espíritu vivifica.

31. Pero para que entiendas que la vivificación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo no está dividida, comprende que también hay unidad en la vivificación; pues Dios vivifica a través del Espíritu; porque Pablo dijo: El que resucitó a Cristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Romanos VIII, 11).

CAPÍTULO V.

Así como el Padre y el Hijo, también el Espíritu es señalado en la Escritura como creador. Esto mismo ha sido insinuado incluso por escritores paganos: pero ha sido demostrado claramente en el misterio de la encarnación, sobre el cual Ambrosio ha mencionado algunas cosas, y confirma el argumento iniciado por el hecho de que la adoración, que solo se debe al creador, también se debe al Espíritu.

32. ¿Quién puede dudar de que el Espíritu Santo vivifica todas las cosas, cuando Él mismo, al igual que el Padre y el Hijo, es el creador de todo, y no se entiende que Dios Padre omnipotente haya obrado nada sin el Espíritu Santo; ya que al principio de la creación el Espíritu se movía sobre las aguas (Génesis I, 1)?

33. Así que cuando el Espíritu se movía, no había gracia en la creación; pero después de que la creación de este mundo recibió la operación del Espíritu, mereció toda esta belleza de gracia con la que el mundo resplandeció. Finalmente, el Profeta declaró que sin el Espíritu Santo no puede permanecer la gracia del universo, diciendo: Retirarás su Espíritu, y perecerán, y volverán a su polvo. Enviarás tu Espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra (Salmo CIII, 29, 30). No solo enseñó, por lo tanto, que sin el Espíritu ninguna criatura puede permanecer, sino que también el Espíritu es el creador de toda la creación.

34. ¿Y quién negará que es obra del Espíritu Santo que la tierra haya sido creada, cuya obra es que sea renovada? Pues si desean negar que fue creada por el Espíritu; ya que no pueden negar que debe ser renovada por el Espíritu; entonces defenderán que la operación del Espíritu Santo es mejor que la del Padre y el Hijo, a quienes desean separar: lo cual es contrario a la verdad; pues no hay duda de que la tierra renovada es mejor que la creada. O si primero el Padre y el Hijo hicieron la tierra sin la operación del Espíritu Santo: y después se unió la operación del Espíritu Santo; parecerá que lo que fue hecho necesitaba el auxilio de lo

que se añadió. Pero nadie debe pensar esto, que la operación divina tenga la variedad del creador que introduce Maniqueo.

35. ¿O acaso pensamos que la sustancia de las tierras existe sin la obra del Espíritu Santo, sin cuya obra ni siquiera las bóvedas del cielo subsisten? Pues está escrito: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el Espíritu de su boca toda su fuerza (Salmo XXXII, 6). Observa lo que dice: Toda, dice, la fuerza de los cielos debe ser atribuida al Espíritu. Pues el que se movía antes de que la tierra fuera hecha, ¿cómo se detendría cuando la tierra fue hecha?

36. Los gentiles, siguiendo a los nuestros a través de una cierta sombra, porque no podían captar la verdad del Espíritu; que el cielo y la tierra, y también los globos de la luna y las estrellas brillantes son alimentados por el Espíritu interiormente, lo han incluido en sus versos. Por lo tanto, ellos no niegan que la virtud de la creación subsista por el Espíritu: ¿nosotros que leemos, lo negamos? Pero piensan que el espíritu designado por ellos es un sople. Si ellos declararon que el Espíritu soplado es el autor de todo, ¿dudamos nosotros que el Espíritu de Dios sea el creador de todo?

37. Pero, ¿por qué me detengo en cosas ajenas? Que reciban una prueba evidente de que no puede haber nada que se niegue que el Espíritu Santo haya obrado, ni de los Ángeles, ni de los Arcángeles, ni de los Tronos, ni de las Dominaciones se puede dudar que subsistan por su operación; ya que el mismo Señor según la carne, a quien los ángeles servían, fue engendrado por el Espíritu que vino sobre la Virgen; como también según Mateo el ángel dijo a José: José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa; porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es (Mateo I, 20). Y según Lucas dijo a María: El Espíritu Santo vendrá sobre ti (Lucas I, 35).

38. Por lo tanto, la obra del Espíritu es el parto de la Virgen. La obra del Espíritu es el fruto del vientre, según está escrito: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre (Lucas I, 42). La obra del Espíritu es la flor de la raíz: esa flor, digo, de la que bien se ha profetizado: Saldrá una vara del tronco de Isaí, y una flor de su raíz brotará (Isaías XI, 1). La raíz de Isaí es la familia patriarcal de los judíos, la vara es María, la flor de María es Cristo; quien esparciendo el buen olor de la fe por todo el orbe, germinó del vientre virginal, como Él mismo dijo: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles (Cantar de los Cantares II, 1).

39. La flor conserva su fragancia incluso cortada, y triturada la acumula, ni arrancada la pierde; así también el Señor Jesús en aquel madero de la cruz, ni marchitó al ser triturado, ni se desvaneció al ser arrancado; y con aquella herida de lanza, cortado, floreció más hermoso con el sagrado color de la sangre derramada, sin conocer la muerte, y exhalando a los muertos el don de la vida eterna. En este, por lo tanto, el Espíritu Santo reposó en la flor de la vara real.

40. Buena vara, como algunos piensan, es la carne del Señor, que elevándose de la raíz terrena a las alturas, llevó al mundo los fragantes frutos de la religión sagrada, derramando los misterios de la generación divina y la gracia sobre los altares celestiales.

41. Por lo tanto, no podemos dudar que el Espíritu es creador, a quien conocemos como autor de la encarnación del Señor. Pues, ¿quién dudará, cuando al principio del Evangelio tienes que la generación de Cristo fue así: Cuando María, su madre, estaba desposada con José, antes de que se unieran, se halló que había concebido del Espíritu Santo (Mateo I, 18)?

42. Pues aunque muchos tienen, del Espíritu, sin embargo, el griego del que los latinos tradujeron, dijo ἐκ Πνεύματος ἁγίου, es decir, del Espíritu Santo. Porque lo que es de alguien, es o de su sustancia, o de su poder. De la sustancia, como el Hijo, que dice: Salí de la boca del Altísimo, como el Espíritu, que procede del Padre (Eclesiástico XXIV, 5); de quien el Hijo dice: Él me glorificará; porque tomará de lo mío (Juan XVI, 14). Del poder, sin embargo, como aquello: Un solo Dios Padre, de quien son todas las cosas (I Corintios VIII, 6).

43. ¿Cómo, pues, tuvo María en su vientre del Espíritu Santo? Si como de la sustancia: ¿entonces el Espíritu se convirtió en carne y huesos? No, por supuesto. Si como de su operación y poder la Virgen concibió; ¿quién negará que el Espíritu es creador?

44. ¿Qué decir de que incluso Job mostró claramente que su creador es el Espíritu, diciendo: El Espíritu divino, que me hizo (Job XXXIII, 4)? Y ciertamente demostró en un solo versículo que es divino y creador. Si, por lo tanto, el Espíritu es creador, no es ciertamente criatura; pues el Apóstol dividió la criatura y el creador diciendo: Sirvieron a la criatura antes que al creador (Romanos I, 25).

45. Al mismo tiempo, advierte que se debe servir al creador, condenando a aquellos que sirven a la criatura, cuando debemos servicio al creador. Y puesto que conocía al Espíritu como creador, enseña que se le debe servir, diciendo: Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de la mutilación; porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos al Espíritu de Dios (Filipenses III, 2, 3).

46. Pero si alguien discute sobre la variedad de los códices latinos, algunos de los cuales los infieles han falsificado, que examine los códices griegos, y observe que allí está escrito: οἱ Πνεύματι Θεοῦ λατρεύοντες, que el latino interpreta: los que servimos al Espíritu de Dios.

47. Por lo tanto, cuando el mismo Apóstol dice que se debe servir al Espíritu, quien afirma que no se debe servir a la criatura, sino al creador; evidentemente también él mostró que el Espíritu Santo es creador, y digno de ser venerado en el honor de la divinidad eterna; porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás (Mateo IV, 10).

CAPÍTULO VI.

A los que objetan con las palabras de Amós que el Espíritu es creado, se les responde que esta expresión debe entenderse allí sobre el viento, que a menudo es creado: lo cual ciertamente no puede decirse del Espíritu Santo; ya que es eterno, y no puede ser disuelto por la muerte, ni por una fusión herética en el Padre. Si insisten más obstinadamente en que ese mismo pasaje fue escrito sobre el Espíritu Santo, enseña que se debe recurrir a la exposición espiritual; pues Cristo, con su venida, ha fortalecido los truenos, es decir, la fuerza de las palabras divinas: por el Espíritu se significa el alma humana, así como la carne asumida por Cristo. Además, dado que cualquier persona de la Trinidad es verdaderamente creadora, de ahí se demuestra que el Espíritu es igualmente autor de la encarnación del Señor, quien ya ha sido afirmado como creador de todas las cosas.

48. Tampoco me pasa desapercibido que los herejes suelen objetar que el Espíritu Santo parece ser creado, porque muchos de ellos adoptan como argumento para establecer su impiedad aquello que Amós dijo sobre el soplo de los vientos, como declara el mismo discurso profético. Pues así tienes: He aquí, yo afirmo el trueno, y creo el espíritu, y anuncio

a los hombres su Cristo, haciendo la luz y la nube, y ascendiendo sobre las alturas, el Señor Dios omnipotente es su nombre (Amós IV, 13).

49. Si hacen cuestión de esto, porque dijo que el Espíritu fue creado, ya que el Espíritu es creado, Esdras nos enseñó, diciendo en el cuarto libro: Y en el segundo día creaste de nuevo el espíritu del firmamento (IV Esdras VI, 41); sin embargo, para adherirnos a lo propuesto, a saber, a lo que dijo Amós, ¿no testimonia claramente la serie de dichos que el profeta habló sobre la creación de este mundo?

50. Pues así comenzó: Yo soy el Señor que afirma el trueno, y crea el espíritu. Que el mismo orden nos enseñe; pues si hubiera querido hablar del Espíritu Santo, no habría precedido con el trueno. Porque los truenos no son más antiguos que el Espíritu Santo: aunque sean impíos, sin embargo, no se atreven a decir eso. Luego, cuando vemos que el tema es sobre la luz y la nube, ¿no es evidente que debe entenderse que se dijo sobre la creación del mundo? Pues cuando ocurren algunas tempestades de este mundo, sabemos por el uso cotidiano y el ejemplo que los truenos preceden, siguen los soplos de los vientos, el cielo se oscurece con nubes, la luz se refleja desde las tinieblas. Pues también el soplo de los vientos se llama espíritu, como está escrito: Fuego y azufre, y espíritu de tormenta (Salmo X, 7).

51. Y para que sepas que dijo este espíritu, dice: Afirmando el trueno, y creando el espíritu; porque estas cosas se crean frecuentemente cuando ocurren: pero el Espíritu Santo es eterno; quien si alguien se atreve a decir que fue creado, sin embargo, no puede decir que se crea diariamente, como los soplos de los vientos. Pues la misma Sabiduría, hablando según el sacramento del cuerpo asumido, dice: El Señor me creó (Proverbios VIII, 22). Aunque profetizaba cosas futuras, sin embargo, porque estaba predestinado el advenimiento del Salvador del Señor; no dijo, me crea, sino me creó, para que no creyeran que frecuentemente, sino una vez, el cuerpo de Jesús sería engendrado de la Virgen María.

52. Y por lo tanto, lo que el profeta declaró como una operación diaria de Dios en el firmamento del trueno, y en la creación del Espíritu, es impío entenderlo de tal manera que pensemos algo así del Espíritu Santo, a quien los mismos impíos no pueden negar que existía antes del mundo; de donde también testificamos con piadosa afirmación que siempre es, y siempre permanece. Pues quien se movía sobre las aguas antes de que el mundo fuera hecho (Génesis I, 2), no puede parecer que comenzó después del mundo: ni es lícito pensar que hay muchos Espíritus Santos que se generan como por una generación diaria. Lejos esté que alguien se contamine con tal impiedad; que diga que el Espíritu Santo se crea frecuentemente, o que alguna vez se crea. Pues no entiendo por qué parecería que se crea frecuentemente; a menos que tal vez también crean que muere frecuentemente, y que se crea frecuentemente. Pero, ¿cómo puede morir el Espíritu de vida? Por lo tanto, si no puede morir, no tiene razón para ser creado más veces.

53. Pero quienes piensan de otra manera, caen en aquel sacrilegio, al no distinguir al Espíritu Santo, que piensan que el Verbo proferido regresa al Padre, el Espíritu proferido se funde en Dios; para que haya una sola fusión, y una cierta vicisitud de uno que a menudo se transforma en varias formas: cuando la distinción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, siempre permaneciendo inmutable, mantiene la unidad de su poder.

54. Si alguien, sin embargo, piensa que el dicho profético debe derivarse a la interpretación del Espíritu Santo, porque tiene: Anunciando a los hombres su Cristo (Amós IV, 15); este lo derivará más fácilmente al misterio de la encarnación del Señor. Pues si te mueve que dijo espíritu, y por eso no piensas que debe derivarse al misterio de la ascensión humana; sigue las

Escrituras, y encontrarás que se ajusta muy bien a Cristo, de quien es conveniente pensar que afirmó los truenos con su advenimiento, es decir, la fuerza y el sonido de las Escrituras celestiales, cuyo trueno hace que nuestras mentes queden atónitas, para que aprendamos a temer, y a rendir reverencia a los oráculos celestiales.

55. Finalmente, en el Evangelio, los hermanos del Señor eran llamados hijos del trueno; y cuando se hizo la voz del Padre diciendo al Hijo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo (Juan XII, 28); los judíos decían: Un trueno le ha hablado (Juan XII, 29). Pues aunque no podían captar la gracia de la verdad, sin embargo, confesaban a regañadientes, y hablaban del misterio sin saberlo; porque un gran testimonio del Padre sobre el Hijo resonaba. En el libro de Job también la Escritura dice: ¿Quién sabe cuándo hará el firmamento de su trueno? (Job XXVI, 14). Ciertamente, si se refiriera a estos truenos de conmociones celestiales, no habría dicho futuros sus firmamentos, sino hechos.

56. Por lo tanto, los truenos se refieren a las palabras del Señor, cuyo sonido ha salido por toda la tierra: pero en este lugar entendemos por espíritu el alma, que asumió racional y perfecta; porque la Escritura frecuentemente designa el alma del hombre con el término espíritu, como tienes: Que crea el espíritu del hombre en él (Zacarías XII, 1). De donde también el Señor, significando su alma con la denominación de espíritu, dijo: En tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas XXIII, 46).

57. Y para que sepas que recordó la descendencia de Jesús el Señor, añadió que anunciaría a los hombres su Cristo (Amós IV, 13); pues lo anunció en el bautismo, diciendo: Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo complacencia (Mateo III, 17). Lo anunció en el monte, diciendo: Este es mi Hijo amado, a Él oíd (Mateo XVII, 17). Lo anunció en la pasión, cuando el sol se oscureció, los mares y la tierra temblaron. Lo anunció en el centurión, quien dijo: Verdaderamente este era el Hijo de Dios (Mateo XIV, 33).

58. Por lo tanto, debemos referir todo este pasaje o al simple entendimiento de este soplo que se inhala viviendo, o al misterio del cuerpo del Señor, pues si aquí hubiera dicho que el Espíritu Santo fue creado, ciertamente en otro lugar la Escritura podría haberlo declarado, como frecuentemente leemos sobre el Hijo de Dios que según la carne fue hecho y creado (Romanos I, 3).

59. Sin embargo, conviene que consideremos la majestad de aquel que asumió la carne por nosotros, para que veamos el poder divino en la misma ascensión del cuerpo [Alias cap. VIII]. En efecto, así como leemos que el Padre creó el sacramento de la encarnación del Señor, también lo creó el Espíritu; así también leemos que Cristo mismo creó su cuerpo; pues el Padre lo creó, según está escrito: "El Señor me creó" (Prov. VIII, 23); y en otro lugar: "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley" (Gal. IV, 4). El Espíritu también creó todo ese misterio, según leemos, porque "María fue hallada encinta por obra del Espíritu Santo" (Mat. I, 18).

60. Tienes que el Padre creó, y el Espíritu creó: acepta que también el Hijo de Dios creó, como dice Salomón: "La Sabiduría se edificó una casa" (Prov. IX, 1). Por lo tanto, el Espíritu Santo que creó el sacramento de la encarnación del Señor, que está por encima de todas las criaturas, ¿cómo puede ser una criatura?

61. Sobre la generalidad, hemos mostrado anteriormente (Sup. cap. 5) que según la carne, el Espíritu Santo es nuestro creador en el hombre exterior: ahora demostremos que también es

nuestro creador según el sacramento de la gracia. Y así como crea el Padre, así crea el Hijo, así crea el Espíritu Santo, como leemos, diciendo Pablo: "Porque es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe; pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras" (Ephes. II, 8 y ss.).

CAPÍTULO VII.

El Espíritu es autor de la creación espiritual o regeneración, no menos que el Padre y el Hijo. ¿En qué consiste esa creación y su excelencia? ¿Y cómo debe entenderse lo que los códices sagrados parecen atribuir a los miembros y al cuerpo de Dios?

62. [Alias cap. IX.] Por lo tanto, el Padre crea en buenas obras: también crea el Hijo; porque está escrito: "Pero a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan I, 12, 13).

63. De manera similar, el Señor mismo testifica que renacemos del Espíritu según la gracia, diciendo: "Lo que es nacido de la carne, carne es; porque de carne es nacido: y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es; porque Dios es espíritu. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz: pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Juan III, 6 y ss.).

64. Por lo tanto, es claro que el Espíritu Santo es también el autor de la generación espiritual; porque somos creados según Dios, para que seamos hijos de Dios. Entonces, cuando él nos ha asumido en su reino por la adopción de la sagrada regeneración, ¿le negamos lo que es suyo? Él nos hizo herederos de la regeneración celestial, ¿reclamamos la herencia y rechazamos al autor? Pero el beneficio no puede permanecer cuando se excluye al autor; ni el autor sin el don, ni el don sin el autor. Si reclamas la gracia, cree en el poder: si rechazas el poder, no busques la gracia. Quien negó al Espíritu, inmediatamente negó también el don. Pues si el autor es vil, ¿cómo son preciosos los dones? ¿Por qué envidiamos nuestros propios dones, disminuimos la esperanza, repudiamos la dignidad, negamos al consolador?

65. Pero no podemos negarlo. Lejos esté de nosotros negar lo que es máximo, cuando el Apóstol dice: "Vosotros, hermanos, sois hijos de la promesa como Isaac; pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu" (Galat. IV, 28, 29). Nuevamente, se sobreentiende de lo anterior, el que nació según el Espíritu. Quien nace según el Espíritu, nace según Dios. Renacemos, cuando somos renovados en el afecto interior, y dejamos la vejez del hombre exterior. Y por eso dice nuevamente el Apóstol: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la verdad, la justicia y la santidad" (Ephes. IV, 23, 24). Escuchen cómo la Escritura ha señalado la unidad de la operación divina. Quien se renueva en el espíritu de su mente, se viste del nuevo hombre, que es creado según Dios.

66. Por lo tanto, esta regeneración más excelente es obra del Espíritu Santo; y el autor de este nuevo hombre, que es creado a imagen de Dios, es el Espíritu: que sin duda es mejor que nuestro hombre exterior. Pues el Apóstol significó uno celestial, otro terrenal, diciendo: "Cual es el celestial, tales también los celestiales" (I Cor. XV, 48).

67. Por lo tanto, cuando la gracia espiritual hace celestial, lo que puede crear terrenal, también debemos advertirlo con sentido, aunque carezcamos de ejemplos. Pues dice en otro lugar el santo Job: "Vive el Señor, que así me juzga; y el Todopoderoso, que llevó mi alma a

la amargura: pero el Espíritu divino, que está en mis narices" (Job XXVII, 2, 3). Sin duda aquí no designó al espíritu como este aliento vital y respiración corporal, sino que las narices aquí significan al hombre interior, con las cuales captaba el aroma de la vida eterna, y absorbía la gracia del unguento celestial con ciertos sentidos gemelos.

68. Pues hay narices espirituales, como leemos, que tiene la Esposa del Verbo, a quien se le dice: "Y el olor de tus narices" (Cant. VII, 8); y en otro lugar: "El Señor percibió el olor de suavidad" (Gen. VIII, 21). Por lo tanto, hay ciertos miembros del hombre interior, cuyas manos se estiman en el acto, los oídos en la audición, los pies en el proceso de una buena obra. Así que de los oficios, recogemos como ciertas figuras de los miembros; pues no nos conviene opinar algo carnal en el hombre interior.

69. [Alias cap. X.] Y hay algunos que piensan que Dios está formado corporalmente, cuando leen de su mano o de su dedo: no advierten que estas cosas no están escritas por la forma del cuerpo, porque en la divinidad no hay miembros ni partes: sino que están expresadas por la unidad de la divinidad, para que creamos que es imposible separar al Hijo o al Espíritu Santo de Dios Padre; ya que la plenitud de la divinidad habita corporalmente en la sustancia de la Trinidad. Por eso, el Hijo es llamado la diestra del Padre, como está escrito: "La diestra del Señor ha hecho proezas, la diestra del Señor me ha exaltado" (Ps. CXVII, 16).

CAPÍTULO VIII.

Refuta la argucia de los herejes que decían que Dios debía ser glorificado en el Espíritu, pero no con el Espíritu, para inferir de ahí que el mismo Espíritu era inferior; muestra por qué la partícula "en" también se aplica al Hijo, e incluso al Padre; y al contrario, "con" se atribuye también a las criaturas sin ninguna injuria a la divinidad; por lo tanto, en estas mismas preposiciones simplemente se debe reconocer la conjunción de las personas divinas.

70. Pero, ¿qué maravilla si los hombres dementes hacen cuestión de las palabras, cuando también la hacen de las sílabas? Pues hay quienes piensan que debe hacerse una distinción, porque dicen que Dios debe ser predicado en el Espíritu, no con el Espíritu: y piensan que de una sílaba, o de un uso de la divinidad, debe estimarse un momento, argumentando que si piensan que Dios debe ser predicado en el Espíritu, parece señalar el ministerio del Espíritu Santo: pero si dicen con el Espíritu, parece señalar una cierta sociedad y comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

71. Pero, ¿quién separará lo que no puede separarse? ¿quién dividirá la sociedad que Cristo mostró indivisible? "Id", dice, "bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mat. XXVIII, 19). ¿Acaso aquí cambió la palabra o la sílaba respecto al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo? No, en absoluto: sino que dijo "En el nombre" del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lo mismo suena del Espíritu que del Padre y de sí mismo. Por lo tanto, no se estima un ministerio del Espíritu Santo, sino más bien una asociación de honor o de obra, cuando se dice en el Espíritu.

72. Considera también aquí que este prejuicio de vuestra opinión se deriva al Padre y al Hijo; porque aquí no dijo: Con el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; sino "en el nombre": y sin embargo, no se expresa un ministerio de la Trinidad con esta sílaba, sino poder.

73. Finalmente, para que sepas que la sílaba no prejuzga la fe, sino que la fe del corazón recomienda la sílaba, también Pablo habla en Cristo. Y no por eso Cristo es menor, porque

Pablo habló en Cristo, como tienes: "Hablamos delante de Dios en Cristo" (II Cor. II, 6). Así como el Apóstol dice que hablamos en Cristo; así es que hablamos en el Espíritu; como el mismo Apóstol dijo: "Nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo" (I Cor. XII, 3). Por lo tanto, no se designa aquí la sujeción del Espíritu Santo, sino el vínculo de la gracia.

74. Y para que sepas que no hay distinción en la sílaba, en otro lugar también dice: "Y esto erais algunos; pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre de Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios" (I Cor. VI, 11). ¡Cuántos ejemplos puedo traer de aquí! Pues está escrito: "Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Galat. III, 26); y en otro lugar: "Santificados en Cristo Jesús" (I Cor. I, 2); y nuevamente: "Para que fuésemos justicia de Dios en él" (II Cor. V, 21); y en otro lugar: "Para que se aparten de la castidad que está en Cristo Jesús" (II Cor. XI, 3).

75. Pero, ¿qué hago? Pues al decir que está escrito de manera similar sobre el Hijo, como está escrito sobre el Espíritu, más bien incurro en aquello; para que no porque está escrito sobre el Hijo, parezca religiosamente dicho sobre el Espíritu: sino porque lo mismo está escrito sobre el Espíritu, también sobre el Hijo, por el Espíritu, objeten que se ha disminuido. Pues dicen: ¿Acaso está escrito sobre Dios Padre?

76. Pero también acepten que está dicho sobre Dios Padre: "Alabaré la palabra en el Señor" (Ps. LV, 5); y en otro lugar: "En Dios haremos proezas" (Ps. LIX, 14); y: "En ti está mi memoria siempre" (Ps. LXX, 16); y: "En tu nombre nos regocijaremos" (Ps. LXXXVIII, 17); nuevamente en otro lugar: "Para que se manifiesten sus obras, porque en Dios son hechas" (Juan III, 21); y Pablo: "En Dios que creó todas las cosas" (Ephes. III, 9); y nuevamente: "Pablo, Silvano y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo" (I Thess. I, 1); y en el Evangelio: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan XIV, 10); y: "El Padre que mora en mí" (Ibid.). También está escrito: "El que se gloria, gloriése en el Señor" (II Cor. X, 17); y en otro lugar: "Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Coloss. III, 3). ¿Acaso aquí dio más al Hijo que al Padre, al decir que estamos en Dios con Cristo? ¿O acaso nuestra condición reclama más para sí que la gracia del Espíritu, para que podamos estar con Cristo, y el Espíritu Santo no pueda estar?

77. Por lo tanto, el Apóstol no considera ninguna distancia si usas esta o aquella sílaba. Pues la sílaba es de conjunción, y la conjunción no hace separación; pues si dividiera, no se llamaría conjunción.

78. ¿Qué te mueve entonces a decir que la gloria es para Dios Padre, o para Cristo su Hijo, la vida, la virtud, la magnificencia, el poder en el Espíritu Santo, y no quieres decir con el Espíritu Santo? ¿Acaso porque temes asociar al Espíritu con el Padre y el Hijo? Pero escucha también que está escrito sobre el Espíritu: "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús" (Rom. VIII, 2). Y en otro lugar, Dios Padre dice: "Y te adorarán, y en ti suplicarán" (Esai. XLV, 14). Dios Padre dice que debemos orar en Cristo; ¿y tú piensas que se le quita al Espíritu si se dice que la gloria de Cristo está en él?

79. Escucha que lo que temes confesar sobre el Espíritu, el Apóstol no temió reclamarlo para sí; pues dice: "Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Phil. I, 23). ¿Con quién está entonces el Apóstol, con quien niegas que esté el Espíritu, por quien el Apóstol mereció estar con Cristo?

80. ¿Cuál es entonces la razón para preferir decir que la gloria de Dios o de Cristo está en el Espíritu, en lugar de con el Espíritu? ¿Acaso porque si dices en el Espíritu, se declara que el Espíritu es menor que Cristo? Aunque esto es refutable, para que hagas al Señor mayor y menor; sin embargo, cuando está escrito: "Porque por nosotros fue hecho pecado Cristo para que fuésemos justicia de Dios en él" (II Cor. V, 21); él se encuentra como el más poderoso, en quien estamos nosotros, los más bajos. Así también en otro lugar tienes: "Porque todas las cosas en él subsisten" (Colos. I, 17), es decir, en su virtud. Y no pueden compararse con él, las cosas que en él subsisten; porque de su virtud para subsistir, obtienen sustancia.

81. ¿Acaso entonces queréis que Dios reine en el Espíritu, de modo que la virtud del Espíritu al reinar le dé a Dios el principio como una fuente de sustancia? Pero esto es impío. Y por eso, para que nuestros mayores dijeran que el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es uno, recordaban que la gloria de Cristo es con el Espíritu, para declarar la unión indivisible.

82. Pues, ¿cómo se separa el Espíritu Santo del Hijo, cuando el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios? Si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo (Rom. VIII, 16, 17). ¿Quién, pues, es tan demente, que disocie la eterna conjunción del Espíritu y de Cristo; cuando el Espíritu incluso conecta lo disjunto, por quien nos hacemos coherederos de Cristo?

650 83. Si, sin embargo, dice, sufrimos con él, para que también seamos glorificados con él (Ibid.). Si, pues, seremos glorificados con Cristo por el Espíritu, ¿cómo rechazamos que el mismo Espíritu sea glorificado con Cristo? ¿Disociamos la vida de Cristo y del Espíritu Santo, cuando el Espíritu dice que viviremos juntos con el Hijo de Dios? Pues el Apóstol dice: "Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él" (Rom. VI, 8); luego en otro lugar: "Si sufrimos con él, dice, también viviremos con él: y no solo viviremos con él, sino que también seremos glorificados con él: y no solo seremos glorificados con él, sino que también reinaremos con él" (II Tim. II, 11, 12).

84. Por lo tanto, no hay ninguna distinción en estas sílabas; pues ambas sílabas son de conjunción. Finalmente, a menudo encontramos en las Escrituras una interpuesta, y la otra entendida, como está escrito: "Entraré en tu casa con holocaustos" (Ps. LXV, 13), es decir, con holocaustos; y en otro lugar: "Los sacó con plata y oro" (Ps. CIV, 37), es decir, con plata y oro. En otro lugar también dice: "No saldrás con nuestras fuerzas" (Ps. XLIII, 10); por lo que significa, con fuerzas. Por lo tanto, cuando incluso en el uso del lenguaje no puede haber calumnia, y no debe suscitarse calumnia a la divinidad por el lenguaje, es necesario que se crea con el corazón para justicia, y con la fe del corazón se haga confesión con la boca para salvación (Rom. X, 10). Pero quienes no creen con el corazón, traman calumnia con las palabras.

CAPÍTULO IX.

Expone un pasaje apostólico que los herejes abusaban para introducir una distinción entre las personas divinas: y declarada la impiedad de la interpretación herética, muestra que el pasaje completo puede decirse correctamente de cada persona; sin embargo, afirma que propiamente pertenece al Hijo: finalmente, lo que había afirmado que todos los miembros de ese pasaje convienen a cada persona, lo confirma con muchos testimonios: y de lo que compete al Padre, que se diga "de él todas las cosas", también se puede atribuir "por él y en él todas las cosas" con habilidad.

85. Finalmente, es similar a aquello que dicen que hay una distinción, porque está escrito: "Para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en él: y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él" (I Cor. II, 6). Pues quieren que cuando se dice "de él", se designe la materia: cuando se dice "por él", se declare un cierto instrumento de la obra o ministerio: pero cuando se dice "en él", se signifique un lugar o tiempo, en el que todas las cosas parecen hechas.

86. Así, pues, desean probar una cierta distancia de sustancia, como si el instrumento se separara de su propio operador o autor, y como si el lugar o el tiempo se separaran del género del instrumento. ¿Acaso, entonces, el Hijo es ajeno según la naturaleza al Padre; porque el instrumento es ajeno a su propio operador o autor? ¿O acaso el Hijo es ajeno al Espíritu; porque el lugar o el tiempo se separan del género del instrumento?

87. Compara ahora nuestras afirmaciones. Ellos quieren que de Dios, como de la naturaleza de Dios, sea la materia, como si dijeras que el arca está hecha de madera, la estatua de piedra: así la materia procede de Dios, y la misma materia está hecha como por algún instrumento a través del Hijo; para que no declaren tanto al Hijo como operador, sino como instrumento de la obra: y todas las cosas así hechas en el Espíritu, como hechas en algún lugar o tiempo: atribuyen cada cosa a cada uno, niegan todas en común.

88. Sin embargo, mostramos que todas las cosas son del Dios Padre de tal manera que el Dios Padre no ha perdido nada, ya que todo es por Él y en Él, ni todas las cosas son de Él como si fueran de materia: así también todas las cosas son por el Señor Hijo, de modo que no está privado de que todas las cosas sean del Hijo y en Él: y así todas las cosas están en el Espíritu, para que enseñemos que todas las cosas son por el Espíritu y todas las cosas son del Espíritu.

89. Pues estas sílabas, como aquellas de las que hablamos anteriormente, se señalan mutuamente. El Apóstol no dijo: De Dios todas las cosas, y por el Hijo todas las cosas; para señalar una sustancia separable del Padre y del Hijo: sino para enseñar con una distinción inconfundible que el Padre es uno y el Hijo es otro. Por lo tanto, estas sílabas no son como si estuvieran en conflicto, sino como si fueran compañeras y concordantes; de modo que a menudo se aplican a uno solo, como está escrito: Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas (Rom. XI, 36).

90. Si consideras verdaderamente de dónde se ha tomado, no dudarás de que se ha dicho del Hijo. Pues el Apóstol dice según la profecía de Isaías: ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? (Isaías XL, 13). Y añadió: Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas. Lo que Isaías dijo del creador de todo, como tienes: ¿Quién midió las aguas con la palma de su mano, y el cielo con el palmo, y toda la tierra con la mano cerrada? ¿Quién pesó los montes con balanza, y las colinas con pesas? ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? (Isaías XL, 12).

91. Y añadió el Apóstol: Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas. ¿Qué significa, de Él? Que por su voluntad es la naturaleza de todas las cosas, y Él es el autor de todas las cosas que comenzaron a existir. ¿Por Él, qué significa? Porque por Él parece haberse impartido la constitución y la perseverancia a todas las cosas. ¿En Él, qué significa? Porque todas las cosas, con un deseo admirable y un amor inefable, contemplan al autor de la vida y al ministro de su gracia y don, según está escrito: Los ojos de todos esperan en ti; y: Abres tu mano, y colmas de buena voluntad a toda alma (Salmo CXLIV, 15).

92. Del Padre también si dices: por eso de Él, porque de Él es la Sabiduría operadora, que dio a todas las cosas ser, que no eran, por su voluntad y la del Padre: Por Él, porque por su Sabiduría fueron hechas todas las cosas: En Él, porque Él es la fuente de la sustancia vivificadora, en quien vivimos y somos y nos movemos.

93. También del Espíritu, para que por Él seamos formados, por Él fortalecidos, en Él robustecidos, recibamos el don de la vida eterna.

94. Por lo tanto, cuando estas cosas parecen convenir tanto al Padre como al Hijo o al Espíritu Santo, ciertamente no se declara nada humilde en ellas; ya que decimos que muchas cosas son del Hijo, y muchas por el Padre, como tienes dicho del Hijo: Para que crezcamos en Él en todo, que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, dice, está bien ajustado y unido por toda coyuntura de suministro, según la medida de cada parte, hace el crecimiento del cuerpo para su edificación en amor (Efesios IV, 15, 16). Y de nuevo a los Colosenses sobre aquellos que no tendrían conocimiento del unigénito Hijo de Dios: Porque no sostienen, dice, la cabeza, de la cual todo el cuerpo, alimentado y unido por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios (Colosenses II, 19); pues dijimos antes que Cristo es la cabeza de la Iglesia (Colosenses I, 18). Y en otro lugar tienes que de su plenitud todos hemos recibido (Juan I, 16). Y el mismo Señor dijo: Tomará de lo mío, y os lo anunciará (Juan XVI, 14). Y arriba dijo: Conocí que salió poder de mí (Lucas VIII, 46).

95. De manera similar, para que reconozcas la unidad, también se dice del Espíritu: Porque el que siembra en el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna (Gálatas VI, 8). Y Juan dice: En esto conocemos que Él está en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu (I Juan IV, 13). Y el Ángel dice: Lo que nacerá de ella, es del Espíritu Santo (Mateo I, 20). Y el Señor dice que lo que es nacido del Espíritu, es Espíritu (Juan III, 6).

96. Por lo tanto, así como leemos que todas las cosas son del Padre, también podemos decir que todas las cosas son del Hijo, por quien son todas las cosas: y que todas las cosas son del Espíritu, en quien son todas las cosas, lo aprendemos de los testimonios.

97. Ahora consideremos si podemos enseñar que algo es por el Padre. Pero está escrito: Pablo, siervo de Cristo por la voluntad de Dios (I Cor. I, 1); y en otro lugar: Así que ya no eres siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero por Dios (Gálatas IV, 7); y en otro lugar: Como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre (Rom., VI, 4). Y en otro lugar Dios Padre dice al Hijo: He aquí que los prosélitos vendrán a ti por mí (Isaías LIV, 15).

98. Encontrarás muchas otras cosas, si buscas hechas por el Padre. ¿Acaso por eso es menor el Padre, porque leemos que muchas cosas son en el Hijo y del Hijo: y encontramos en las Escrituras celestiales que muchas cosas fueron hechas o dadas por el Padre?

99. Pero también leemos que muchas cosas fueron hechas por el Espíritu de manera similar, como tienes: Pero Dios nos las reveló por su Espíritu (I Cor. II, 10); y en otro lugar: Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo (I Tim. I, 14); y a los Efesios: Fortalecidos por su Espíritu (Efesios III, 16); y a los Corintios: Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría (I Cor. XII, 8); y en otro lugar: Pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis (Rom. VIII, 13); y arriba: El que resucitó a Cristo de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Ibid., 11).

100. Pero tal vez diga: Muéstrame específicamente leído, que todas las cosas son del Hijo, o todas las cosas son del Espíritu. Pero yo respondo, para que también ellos me muestren leído

que todas las cosas son por el Padre. Pero cuando probamos que estas cosas convienen al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo, y que de tales sílabas no puede nacer ninguna distancia de poder divino; no hay duda de que por quien son todas las cosas, de él son todas las cosas: y de quien son todas las cosas, por él son todas las cosas: y en quien son todas las cosas, por él o de él debemos entender que son todas las cosas. Pues toda criatura es de la voluntad, y por la operación y en la virtud de la Trinidad, como está escrito: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26); y en otro lugar: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el Espíritu de su boca todo su ejército (Salmo XXXII, 6).

CAPÍTULO X.

Para probar que hay una sola voluntad, vocación y mandato de la Trinidad, enseña que así como el Padre y el Hijo llamaron a la Iglesia, también el Espíritu la llamó; y lo muestra a partir de la elección de Pablo y Bernabé, pero sobre todo de la misión de Pedro a Cornelio. Aquí, al mencionar brevemente el poder del mismo Espíritu y la triple confesión de Pedro, declara que en la visión del mismo apóstol se prefiguró la vocación de los gentiles, que, aunque antes eran semejantes a las fieras, dejaron su ferocidad por obra del Espíritu. Luego, habiendo confirmado lo anterior desde otro lugar, en Jeremías arrojado al pozo por los judíos y sacado de allí por Abdemelech, demuestra que fue un símbolo del Espíritu Santo despreciado por los mismos judíos y honrado por los gentiles a quienes purificó.

101. [Alias cap. XI.] No solo hay una operación en todas partes del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino también una y la misma voluntad, una vocación, un mandato: lo cual se puede observar en aquel gran y saludable misterio de la Iglesia. Así como el Padre llamó a las naciones a la Iglesia, diciendo: Llamaré a mi pueblo, que no era mi pueblo: y a la no amada, amada (Oseas II); y en otro lugar: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones (Isaías LVI, 7): así también el Señor Jesús dice que Pablo fue elegido por Él para llamar y congregar a la Iglesia, como tienes dicho a Ananías por el Señor Jesús: Ve, porque este es un vaso de elección para mí, para llevar mi nombre ante las naciones (Hechos IX, 15).

102. Así como Dios Padre llamó a la Iglesia, así también la llamó Cristo: y de la misma manera que Cristo la llamó, así también la llamó el Espíritu, diciendo: Apartadme a Pablo y a Bernabé para la obra a la que los he llamado. Entonces, ayunando y orando, les impusieron las manos, y los despidieron. Ellos, enviados por el Espíritu Santo, llegaron a Seleucia (Hechos XIII, 2 y ss.). Por lo tanto, no solo por el mandato de Cristo, sino también por el del Espíritu Santo, Pablo recibió el apostolado y se apresuró a la congregación de las naciones.

103. No solo Pablo, sino también Pedro, como leemos en los Hechos de los Apóstoles. Pues cuando en oración vio el cielo abierto, y un cierto recipiente atado por las cuatro esquinas, como un lienzo en el que había toda clase de cuadrúpedos, fieras y aves del cielo, se oyó una voz que le decía: Levántate, mata y come. Y Pedro dijo: De ninguna manera, Señor: nunca he comido cosa común e inmundada. Y la voz le dijo de nuevo: Lo que Dios ha purificado, no lo llames común. Esto se hizo tres veces, y el recipiente fue recogido en el cielo (Hechos X, 11 y ss.). Entonces, mientras Pedro reflexionaba en silencio sobre esto, y llegaron a él los siervos de Cornelio enviados por el Ángel, el Espíritu le dijo: He aquí, tres hombres te buscan, levántate, desciende y ve con ellos, sin dudar; porque yo los he enviado (Ibid., 19, 20).

104. ¿Cuán claramente expresó el Espíritu Santo su poder? Primero, porque inspiró al que oraba, asistió al que suplicaba: luego, porque Pedro, llamado, respondió, Señor, y por eso mereció un oráculo más evidente, porque confesó al Señor. Pero, ¿quién es este Señor que

declara la Escritura? Pues aquel a quien respondió, le hablaba: los siguientes versículos muestran que era el Espíritu.

105. Al mismo tiempo, observa que la figura del misterio repetida tres veces expresó la operación de la Trinidad. Y por eso en los misterios se lleva a cabo una triple interrogación y una triple confirmación: y nadie puede ser purificado sin una triple confesión. Por eso el mismo Pedro en el Evangelio (Juan XXI, 15) es interrogado tres veces si ama al Señor; para que con una triple respuesta se desaten las cadenas que contrajo al negar al Señor, y con las que él mismo se ató.

106. Luego, porque un ángel es enviado a Cornelio, el Espíritu Santo habla a Pedro (Hechos X, 3): Porque los ojos del Señor están sobre los fieles de la tierra (Salmo C, 6). Tampoco es ocioso que, habiendo dicho antes: Lo que Dios ha purificado, no lo llames común (Hechos X, 15); de repente descendió sobre los gentiles, para purificarlos el Espíritu Santo; de donde se muestra que la operación del Espíritu es una operación divina. Pero Pedro, enviado por el Espíritu, no esperó el mandato de Dios Padre, sino que también confesó ese oráculo del Espíritu, testificando que era la gracia del Espíritu diciendo: Si, pues, Dios les concedió la misma gracia que a nosotros; ¿quién era yo para oponerme a Dios? (Hechos XI, 17).

107. Por lo tanto, es el Espíritu Santo quien nos purificó de aquella inmundicia gentil. En esos géneros de cuadrúpedos, fieras y aves había una figura de la condición humana, que parece vestida de una bestial ferocidad, a menos que se suavice por la santificación del Espíritu. Buena es, por tanto, la gracia que cambia la ferocidad animal por la simplicidad espiritual: Porque también nosotros éramos insensatos, incrédulos, errantes, sirviendo a deseos y placeres diversos: pero ahora, por la renovación del Espíritu, hemos comenzado a ser herederos de Cristo, coherederos de los ángeles (Tito III, 3).

108. Así que, viendo en el Espíritu el santo profeta David que seríamos semejantes a los celestiales: Reprende, dice, a las fieras del bosque (Salmo LXVII, 32), significando evidentemente un bosque no fragoso por las carreras de las fieras, ni horrendo por los gemidos de las bestias, sino aquel bosque del que está escrito: La hallamos en los campos del bosque (Salmo CXXXI, 6). En el cual, como dijo el Profeta: El justo florecerá como la palma, y se multiplicará como el cedro que está en el Líbano (Salmo XCXI, 13). Aquel bosque, que sacudido por las cimas de los árboles proféticos, derramó el alimento del Verbo celestial. Aquel bosque, al que Pablo, aunque entró como un lobo rapaz, salió como pastor: Porque su sonido ha salido por toda la tierra (Salmo XVIII, 5).

109. Éramos, por tanto, fieras, y por eso dice el Señor: Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mateo VII, 15). Pero por el Espíritu Santo ya la ferocidad de los leones, la variedad de los leopardos, la astucia de las zorras, la rapacidad de los lobos ha desaparecido de nuestros afectos. Grande es, por tanto, la gracia que ha cambiado la tierra por el cielo; para que nuestra conversación, como dijo el Apóstol (Filipenses III, 20), esté en los cielos, quienes antes vagábamos como fieras en los bosques.

110. Pero no solo en este lugar el apóstol Pedro, sino también en otro lugar en el mismo libro, demostró que la Iglesia fue edificada por el Espíritu Santo. Pues tienes que él dijo: Dios, que conoce los corazones de los hombres, dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo, como también a nosotros; y no hizo diferencia entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones (Hechos XV, 8, 9). En lo cual se debe considerar que así como Cristo es la piedra

angular, que unió la unidad de ambos pueblos, así también el Espíritu Santo no hizo diferencia entre los corazones de ambos pueblos, sino que los unió.

111. No desprecies, por tanto, como judío al Hijo, a quien anunciaron los profetas; tampoco desprecies al Espíritu Santo, desprecies a Isaías, desprecies a Jeremías, a quien de la cisterna de la casa judía aquel asumido por el Señor lo elevó con trapos y cuerdas (Jeremías XXXVIII, 10). Pues despreciando el pueblo de los judíos la palabra profética, lo sumergieron en la cisterna. Y no se halló nadie entre los judíos que levantara al profeta, sino un etíope Abdemelech, como testifica la Escritura.

112. En cuyo nombre hay una figura muy hermosa, porque la palabra profética, que los judíos habían hundido como en el lodo de su mente y carne, nosotros, pecadores de entre los gentiles, negros antes por los delitos, y en otro tiempo infructuosos, la elevamos del abismo (Ibid., 11). Y por eso está escrito: Etiopía levantará sus manos a Dios (Salmo LXVII, 32). En lo cual se significa la figura de la santa Iglesia, que dice en el Cantar de los Cantares: Negra soy y hermosa, hijas de Jerusalén (Cantar I, 4); negra por la culpa, hermosa por la gracia: negra por la condición, hermosa por la redención: o ciertamente negra por el polvo de su ejercicio. Negra, por tanto, mientras lucha: hermosa es, mientras es coronada con los emblemas de su victoria.

113. Y bien se levanta al profeta con cuerdas; pues el fiel dijo: Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos (Salmo XV, 6). Bien con trapos; porque el mismo Señor, cuando aquellos que primero fueron llamados a las bodas se excusaron, envió a las salidas de los caminos, para que cuantos se encontraran, tanto buenos como malos, fueran llamados a las bodas (Mateo XXII, 9, 10). Con estos trapos, por tanto, levantó la palabra profética del lodo.

CAPÍTULO XI.

Seremos imitadores de Abdemelech, si creemos que el Hijo y el Espíritu Santo conocen todas las cosas. En las Escrituras se atribuye este conocimiento al Espíritu; también se atribuye al Hijo. El Hijo es glorificado por el Espíritu, así como el Espíritu por el Hijo: también por el hecho de que leemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu dicen las mismas cosas, y revelan, se debe reconocer la unidad en ellos de naturaleza y conocimiento: finalmente, que el Espíritu escudriña las profundidades de Dios, no es de ignorancia; ya que el Padre y el Hijo también son llamados escudriñadores, y Pablo, aunque fue elegido por Cristo el Señor, fue instruido por el Espíritu.

114. [Alias cap. XII.] Serás, por tanto, también tú Abdemelech, es decir, asumido por el Señor, si levantas del abismo de la imprudencia gentil la Palabra de Dios: si crees que no se engaña; no se pasa por alto al Hijo de Dios, no ignora lo que ha de venir; tampoco se engaña el Espíritu Santo, de quien dice el Señor: Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad (Juan XVI, 13). Quien dice toda, no pasa por alto nada, ni el día, ni la hora, ni lo pasado, ni lo futuro.

115. Y para que sepas que conoce todas las cosas, y anuncia lo que ha de venir, y es de un solo conocimiento con el Padre y el Hijo; escucha lo que dice de él la verdad de Dios: Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oyere, y os anunciará lo que ha de venir (Ibid.).

116. Así que para que adviertas que conoce todas las cosas, cuando el Hijo decía: Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo (Marcos XIII, 32); exceptuó al Espíritu

Santo. Si, pues, el Espíritu Santo fue exceptuado de la ignorancia, ¿cómo no fue exceptuado el Hijo de Dios?

117. Pero dices que lo enumeró con los ángeles y el Hijo de Dios. Enumeró ciertamente al Hijo, pero no enumeró al Espíritu. O confiesa, por tanto, que el Espíritu Santo es superior al Hijo de Dios, para que ya no hables solo como arriano, sino también como fotiniano: o reconoce a qué se debe referir lo que dijo que el Hijo no sabía. Pues como hombre pudo ser enumerado entre las criaturas, quien fue creado.

118. Pero si deseas aprender que el Hijo de Dios conoce todas las cosas y tiene presciencia de todos los futuros, lo que crees que es desconocido para el Hijo, el Espíritu Santo lo ha recibido del Hijo. Sin embargo, lo ha recibido por la unidad de sustancia, así como el Hijo lo ha recibido del Padre: "Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará" (Juan XVI, 14, 15). ¿Qué hay más evidente que esta unidad? Lo que tiene el Padre es del Hijo; lo que tiene el Hijo, también lo ha recibido el Espíritu.

119 y 120. Acepta, sin embargo, que el Hijo conoce el día del juicio. Se ha leído en Zacarías: "Y vendrá el Señor mi Dios, y todos los santos con él. En ese día no habrá luz, sino frío y hielo; y será un día único, y ese día será conocido por el Señor" (Zacarías XIV, 5). Este día, por tanto, es conocido por el Señor, quien vendrá con sus santos, para iluminarnos en su segundo advenimiento.

121. Pero continuemos con lo que hemos comenzado sobre el Espíritu. Tienes, de hecho, en el ejemplo que hemos presentado antes, que el Hijo dice del Espíritu: "Él me glorificará". Por lo tanto, el Espíritu glorifica al Hijo, así como el Padre lo glorifica; pero también el Hijo de Dios glorifica al Espíritu, como hemos dicho antes. No es, por tanto, débil quien devuelve la gloria mutua por la unidad de la luz eterna; ni es inferior al Espíritu Santo, cuya misma esencia es ser glorificado por el Espíritu.

122. Serás, por tanto, elevado también tú, si crees que el Espíritu ha hablado lo que el Padre ha hablado, lo que el Hijo ha hablado. Finalmente, Pablo fue elevado porque así creyó, así enseñó, que "lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman, nos lo reveló por su Espíritu", como está escrito (I Cor. II, 9, 10). Y por eso se dice revelación del Espíritu, como tienes: "Porque Dios da a los que se preparan a sí mismos el Espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de él" (Isaías LXIV, 4).

123. Por tanto, hay unidad de conocimiento, cuando así como el Padre revela, quien da el Espíritu de revelación, así también revela el Hijo; porque está escrito: "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mateo XI, 27). Dijo más del Hijo, no porque tenga más que el Padre, sino para que no se crea que tiene menos. Y no sin razón el Padre es revelado por el Hijo; porque así como el Padre conoce al Hijo, así el Hijo conoce al Padre.

124. Ahora acepta que el Espíritu también conoce a Dios Padre; porque está escrito que "así como las cosas del hombre nadie las conoce sino el espíritu del hombre que está en él, así también las cosas de Dios nadie las conoció sino el Espíritu de Dios" (I Cor. II, 11). "Nadie", dice, "las conoció, sino el Espíritu de Dios". ¿Acaso está excluido el Hijo de Dios? De

ninguna manera; porque tampoco el Espíritu Santo está excluido cuando se dice: "Ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo".

125. Por tanto, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una sola naturaleza y conocimiento. Ni debe contarse al Espíritu entre todas las cosas que fueron hechas por el Hijo, ya que conoce a Dios Padre, a quien, como está escrito (Mateo XI, 27), ¿quién puede conocer sino el Hijo? Pero también el Espíritu Santo lo conoce. ¿Qué, entonces? Cuando se menciona el universo de las criaturas, el Espíritu Santo no está comprendido.

126. Ahora quisiera que respondieran, ¿qué hay en el hombre que conozca las cosas del hombre? Sin duda, lo racional, que sobresale sobre las demás virtudes del alma, y por lo cual se estima la naturaleza principal del hombre. ¿Qué es, entonces, el Espíritu, que conoce las profundidades de Dios, por quien Dios omnipotente es revelado? ¿Acaso es inferior en plenitud de divinidad, quien por este mismo ejemplo se prueba que es de la misma sustancia que el Padre? ¿O ignora algo, quien conoce los consejos de Dios y sus misterios ocultos desde el principio? ¿Qué es lo que no sabe, quien conoce todas las cosas que son de Dios? Porque el Espíritu también escudriña las profundidades de Dios (I Cor. II, 10).

127. Y para que no pienses que escudriña lo desconocido, y por eso escudriña, para aprender lo que ignora; antes ha dicho que Dios nos lo ha revelado por su Espíritu: al mismo tiempo para que aprendas que el Espíritu conoce lo que nos es revelado por el mismo Espíritu, en lo posterior dice: "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas de Dios nadie las conoció, sino el Espíritu de Dios". Por tanto, si el espíritu del hombre conoce las cosas del hombre, y antes de escudriñarlas las conoce, ¿puede haber algo de Dios que el Espíritu de Dios no sepa? Sobre lo cual el Apóstol no habló en vano: "Las cosas de Dios nadie las conoció, sino el Espíritu de Dios": no porque las haya conocido escudriñando, sino que las conoce por naturaleza: no porque la ciencia de las cosas divinas sea un accidente en él, sino que es un conocimiento natural.

128. Pero si te inquieta que haya dicho "escudriña", acepta que eso también está escrito de Dios, porque es escudriñador del corazón y de los riñones. El mismo dijo: "Yo soy el que escudriña los corazones y los riñones" (Jeremías XVII, 10). También del Hijo de Dios tienes en Hebreos: "Quien es escudriñador del alma y de los pensamientos" (Hebreos IV, 12). De donde se desprende que nadie inferior escudriña lo interno de un superior; porque es potestad divina conocer lo oculto. De manera similar, el Espíritu Santo es escudriñador como el Padre, y el Hijo es escudriñador de la misma manera: cuya propiedad del discurso se expresa; para que se vea que no hay nada que no sepa, a quien nada se le escapa.

129. Finalmente, aquel elegido por Cristo, fue instruido por el Espíritu. Pues como él mismo testifica, habiendo alcanzado el conocimiento del misterio divino por el Espíritu, muestra que el Espíritu también conoce a Dios, y que las cosas de Dios nos las ha revelado el Espíritu, así como las ha revelado el Hijo. Y añadió: "Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios; para que sepamos las cosas que Dios nos ha dado, las cuales también hablamos, no con palabras persuasivas de sabiduría humana, sino con demostración del Espíritu y poder de Dios" (I Cor. II, 12, 13).

CAPÍTULO XII.

Probado que el Espíritu revela igualmente como el Padre y el Hijo, se explica cómo el mismo Espíritu no habla por sí mismo; y se muestra que no deben pensarse en él órganos corporales, ni debe fingirse ninguna inferioridad por el hecho de que se lea que escucha; cuando lo

mismo debería atribuirse al Hijo; e incluso al Padre, ya que él también escucha al Hijo. Por tanto, el Espíritu escucha y glorifica al Hijo en el sentido de que lo ha revelado a los profetas y apóstoles; de lo cual se establece la unidad de operación de las tres personas; y como el Espíritu realiza las mismas obras que el Padre, también se declara que la sustancia de ambos es la misma.

130. Por tanto, se ha probado que así como Dios nos ha revelado lo que es suyo, así también el Hijo ha revelado lo que es de Dios, y así también el Espíritu. Porque de un solo Espíritu, por un solo Hijo, en un solo Padre procede nuestro conocimiento: y de un solo Padre, por un solo Hijo, en un solo Espíritu Santo se transmite la bondad, la santificación y el derecho imperial del poder eterno. Donde está la manifestación del Espíritu, allí está el poder de Dios: y no puede haber discreción donde la obra es una. Y por eso lo que habla el Hijo, lo habla también el Padre: y lo que habla el Padre, lo habla también el Hijo: y lo que hablan el Padre y el Hijo, lo habla también el Espíritu Santo.

131. De donde también el Hijo de Dios dijo del Espíritu: "Porque no hablará por sí mismo" (Juan XVI, 13), es decir, no sin mi comunión y la del Padre; porque el Espíritu no está dividido ni separado, sino que lo que oye, habla: oye, evidentemente, por la unidad de sustancia y por la propiedad del conocimiento. Porque no recibe el oído por algunos orificios corporales, ni la voz divina resuena en ciertos módulos carnales, ni oye lo que ignora; ya que en las cosas humanas el conocimiento a menudo lo opera el oído, y sin embargo, ni siquiera en los mismos hombres siempre hay un discurso corporal o un oído carnal: "Porque el que habla en lenguas, no habla a los hombres", dice, "sino a Dios. Nadie lo oye, pero en el Espíritu habla misterios" (I Cor. XIV, 2).

132. Por tanto, si en los hombres no siempre el oído es corporal; ¿exiges en Dios sonidos de la debilidad humana y ciertos órganos del oído carnal, cuando se dice que oye para que se crea que sabe? Porque nosotros sabemos lo que hemos oído, y antes oímos para poder saber: pero en Dios, que conoce todas las cosas antes de que sucedan, el conocimiento precede al oído. Así que, para que digamos que el Hijo no ignora lo que el Padre quiere, recordamos que ha oído: pero no hay en Dios sonido, ni sílaba, que suelen significar indicio de voluntad; sino que la unidad de voluntad se entiende en los arcanos divinos, pero se significa por nuestros indicios.

133. ¿Qué significa, entonces: "Porque no hablará por sí mismo"? Esto es, no habla sin mí; porque hablará la verdad, aspira a la sabiduría. No habla sin el Padre, porque es el Espíritu de Dios: no oye por sí mismo, porque todo es de Dios.

134. El Hijo ha recibido todo del Padre, porque él mismo dijo: "Todo me ha sido entregado por mi Padre" (Mateo XI, 27). Todo lo del Padre lo tiene el Hijo; porque nuevamente dice: "Todo lo que el Padre tiene es mío" (Juan XVI, 15). Y lo que él mismo ha recibido por la unidad de naturaleza, de él mismo por la misma unidad lo ha recibido también el Espíritu, como el mismo Señor Jesús declara, diciendo de su Espíritu: "Por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará" (Ibid.). Por tanto, lo que habla el Espíritu es del Hijo: lo que el Hijo ha dado, es del Padre. Así, ni el Hijo ni el Espíritu hablan por sí mismos, porque la Trinidad no habla nada fuera de sí.

135. Pero si argumentas que esto se deriva a la debilidad del Espíritu Santo y a una cierta similitud de vileza corporal; también lo derivarás a la injuria del Hijo; porque el Hijo también dijo de sí mismo: "Como oigo, juzgo"; y, "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan V, 30). Porque si es verdad, como es verdad, lo que dijo el Hijo:

"Todo lo que el Padre tiene es mío" (Ibid., 19); y según la divinidad el Hijo es uno con el Padre, uno por la sustancia natural, no uno según la perfidia sabeliana. Lo que es uno, ciertamente es por la propiedad de la sustancia, no puede separarse; y por eso el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, porque la operación del Padre no puede separarse de él: y lo que opera el Hijo sabe que el Padre lo quiere: y lo que el Padre quiere, el Hijo sabe operar.

136. Finalmente, para que no pienses que hay alguna distancia de tiempo o de orden entre el Padre y el Hijo en la obra, sino que creas en la unidad de la misma operación: "Y las obras que yo hago, él mismo las hace" (Juan V, 17). Y nuevamente, para que no sientas alguna discreción en la distinción de la obra, sino que juzgues que el Padre y el Hijo quieren lo mismo, hacen lo mismo, pueden lo mismo, la Sabiduría te dice del Padre: "Porque todo lo que él hace, lo mismo hace el Hijo de igual manera" (Ibid., 19). Por tanto, no hay un acto primero o segundo, sino el mismo efecto de una sola operación. Y por eso se dice que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo; porque la operación del Padre no puede separarse de él. De manera similar, la operación del Espíritu Santo no se separa. De donde también se dice que lo que habla, lo oye del Padre.

137. ¿Qué si demuestro que el Padre también oye al Hijo, así como el Hijo oye al Padre? Porque tienes escrito en el Evangelio, que el Hijo dice: "Padre, te doy gracias porque me has oído" (Juan XI, 41). ¿Cómo oyó el Padre al Hijo, si el Hijo no ha hablado nada al Padre sobre Lázaro en lo anterior? Y para que no pienses que el Hijo fue oído por el Padre una sola vez, añadió: "Y yo sabía que siempre me oyes" (Ibid., 42). Por tanto, no es un oído de obediencia sujeta, sino de unidad sempiterna.

138. De manera similar, se dice que el Espíritu oye del Padre y glorifica al Hijo. Glorifica, porque el Espíritu Santo nos ha enseñado que el Hijo de Dios es la imagen del Dios invisible, y el resplandor de su gloria, y la impronta de su sustancia (Colosenses I, 15), porque el Espíritu ha hablado en los patriarcas y en los profetas: y finalmente, los apóstoles comenzaron a ser más perfectos después de que recibieron el Espíritu (Hebreos I, 1, 2). Por tanto, no hay distancia de virtud y gracia divina; porque aunque hay divisiones de dones, el mismo Espíritu es: y aunque hay divisiones de ministerios, el mismo Señor es: y aunque hay divisiones de operaciones, el mismo Dios es, quien opera todo en todos (I Cor. XII, 4 y ss.). Hay divisiones de dones, no separaciones de la Trinidad.

139. Finalmente, el mismo Dios es quien opera todo en todos; para que sepas que no hay discreción de operación entre Dios Padre y el Espíritu Santo, cuando lo que opera el Espíritu, lo opera también Dios Padre, quien opera todo en todos. Porque aunque el Padre opera todo en todos: "A uno, sin embargo, se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de curaciones en un solo Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las opera uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno según su voluntad" (Ibid., 8 y ss.).

140. Por tanto, no hay duda de que lo que opera el Padre, lo opera también el Espíritu. Y no opera por mandato, como quien escucha corporalmente, sino por voluntad, quien es libre en su albedrío, no siervo de un poder ajeno. Porque no obedece como mandado, sino que como dador es moderador de su propia largueza.

141. Mira ahora si dices que el Espíritu opera todo lo que opera también el Padre; sin embargo, no puedes negar que el Padre opera lo que opera el Espíritu Santo: de lo contrario, el Padre no opera todo, si no opera lo que opera también el Espíritu. Pero si lo que opera el

Espíritu, lo opera también el Padre; cuando el Espíritu divide sus operaciones según su voluntad, es necesario que lo que el Espíritu divide, digas que lo hace por su voluntad, o que si dices que el Padre quiere lo mismo que el Espíritu Santo; es necesario que confieses, aunque sea a regañadientes, y si no de corazón, al menos de palabra, la unidad de voluntad y operación divina.

142. Pero si el Espíritu Santo es de una sola voluntad y operación con Dios Padre, también es de una sola sustancia; porque el creador se reconoce por sus obras. Por tanto, el mismo Espíritu, el mismo, dice, Señor, el mismo, dice, Dios (Ibid., 5). Y si dices Espíritu, es el mismo: y si dices Señor, es el mismo: y si dices Dios, es el mismo. No el mismo para que sea el mismo Padre, el mismo Hijo, el mismo Espíritu: sino porque tanto el Padre como el Hijo son de la misma potestad. Por tanto, es el mismo por sustancia y virtud; porque no hay en la divinidad ni confusión sabeliana, ni discreción arriana, ni mutación terrenal y corporal.

CAPÍTULO XIII.

Se demuestra que la profecía no solo fue del Padre y del Hijo, sino también del Espíritu: también se indica el mismo imperio y operación de este en los apóstoles; y de ahí se debe entender la unidad de imperio, constitución y largueza en los tres: sin embargo, no debe temerse de esa asociación un perjuicio; ya que eso no tiene lugar ni siquiera en la amistad humana. Finalmente, se confirma que esta es la herencia de la fe apostólica, porque se escribe que los apóstoles obedecieron al Espíritu Santo.

143. Recibe otro ejemplo válido, santo Emperador, y conocido por ti. "De muchas maneras y en muchos modos Dios habló a los padres por los profetas" (Hebreos I, 1). Y la Sabiduría de Dios dijo: "Enviaré profetas y apóstoles". Y, "a uno se le da", como está escrito, "por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro gracia de curaciones en un solo Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía" (Lucas XI, 49). Por tanto, según el Apóstol, no solo por el Padre y el Hijo, sino también por el Espíritu Santo la profecía; y por eso un solo don, una sola es la gracia. Tienes, por tanto, que también el Espíritu es autor de las profecías.

144. Los apóstoles también dijeron: "Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros" (Hechos XV, 28). Y cuando dicen "pareció", no solo muestran al operador de la gracia, sino también al autor de la ejecución ordenada. Porque así como leemos de Dios: "Agradó a Dios"; así también cuando se dice que "pareció bien al Espíritu Santo", se expresa que es árbitro de su potestad.

145. ¿Y cómo no es árbitro, quien habla lo que quiere, manda lo que quiere; así como manda el Padre, manda también el Hijo? Porque así como Pablo oyó una voz que le decía: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues" (Hechos XVI, 7); así también el Espíritu prohibió a Pablo y Silas ir a Bitinia. Y así como el Padre habló por los profetas, así también de Agabo se dice del Espíritu: "Así dice el Espíritu Santo: Al hombre de quien es este cinturón, así lo atarán en Jerusalén" (Hechos XXI, 11). Y así como la Sabiduría envió a los apóstoles, diciendo: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio" (Marcos XVI, 15): así también el Espíritu Santo dice: "Apartadme a Pablo y a Bernabé para la obra a la que los he llamado" (Hechos XIII, 2). Por tanto, enviados por el Espíritu Santo, como indica la Escritura más adelante, no tuvieron ninguna distinción entre los demás apóstoles, como si fueran enviados de manera diferente por Dios Padre o por el Espíritu (Ibid., 4).

146. Finalmente, cuando Pablo fue enviado por el Espíritu y era un vaso de elección de Cristo, recuerda que Dios operó en él, diciendo: "Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, también obró en mí para los gentiles" (Gálatas II, 8). Por lo tanto, si el mismo que obró en Pablo es el que obró en Pedro, se muestra que cuando el Espíritu obró en Pablo, también el Espíritu Santo obró en Pedro. Pero incluso Pedro mismo testifica que Dios Padre obró en él, como está en los Hechos de los Apóstoles, cuando Pedro se levantó y dijo a ellos: "Hermanos, ustedes saben que desde los días antiguos Dios eligió que las naciones escucharan de mi boca la palabra del Evangelio" (Hechos XV, 7). Así que, en Pedro, Dios obró la gracia de la predicación. Y dado que fue elegido y asumido por Cristo, ¿quién se atrevería a negar la operación de Cristo, cuando el mismo Señor dice: "Apacienta mis corderos" (Juan XXI, 15)?

147. Por lo tanto, hay una sola operación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: a menos que piensen, quienes niegan la unidad de la obra entre los apóstoles, que el Padre obró, que el Espíritu obró en Pedro, en quien el Hijo había obrado, como si la operación del Hijo no redundara en gracia. Y por eso, como si las fuerzas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se unieran y combinaran, la operación fue múltiple, para que la operación de Cristo solo no vacilara en confirmar a Pedro.

148. No solo se encuentra una operación en Pedro del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino que también en todos los apóstoles se revela la unidad de la operación divina y una cierta autoridad de constitución celestial. La operación divina tiene imperio, no tiene ministerio; porque cuando Dios opera, no forja algo con trabajo o arte: sino que dijo, y fueron hechas (Salmo XXXII, 9). Dijo, "Hágase la luz", y la luz fue hecha (Génesis I, 3); porque en el mandato de Dios está el efecto de la operación.

149. Esta potestad real también se atribuye al Espíritu Santo por el testimonio de las Escrituras, si queremos advertirlo, fácilmente podemos encontrarlo; y se revelará que todos los apóstoles no solo fueron discípulos de Cristo, sino también ministros del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Como también enseña el Doctor de los gentiles diciendo: "Dios ha puesto en la Iglesia, primero apóstoles, segundo profetas, tercero maestros; luego virtudes, gracia de curaciones, ayudas, gobiernos, géneros de lenguas" (I Corintios XII, 28).

150. He aquí que Dios puso apóstoles, puso profetas y maestros, dio la gracia de las curaciones, que antes se dijo que se daba por el Espíritu Santo, dio géneros de lenguas. Pero no todos son apóstoles, no todos son profetas, no todos son maestros. No todos, dice (Ibid., 10), tienen la gracia de las curaciones, ni todos, dice, hablan en lenguas. En cada persona no pueden estar todos los dones divinos: cada uno recibe según su capacidad, lo que desea o merece. Pero no es similar la potencia de la Trinidad, que es generosa en todas las gracias.

151. Finalmente, Dios puso apóstoles. A estos que Dios puso en la Iglesia, Cristo los eligió, y los ordenó apóstoles, y les dijo: "Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado. Y estas señales seguirán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes; y si beben algo mortífero, no les hará daño: impondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán" (Marcos XVI, 15 y ss.). He aquí que el Padre puso maestros, también Cristo los puso en las Iglesias; y así como el Padre da la gracia de las curaciones, también la da el Hijo; así como el Padre da los dones de lenguas, así también los concede el Hijo.

152. De manera similar, sobre el Espíritu Santo hemos recibido antes, que concede los mismos géneros de gracias. Porque se da, dice, por el Espíritu a uno la gracia de las curaciones, a otro géneros de lenguas, a otro profecía (I Corintios 12, 9, 10). Por lo tanto, el Espíritu da lo mismo que da el Padre, también lo da el Hijo. Aceptemos ahora más claramente, lo que antes hemos insinuado, que lo mismo que el Padre y el Hijo, también el Espíritu Santo manda el oficio, y constituye a los mismos; porque Pablo dijo: "Cuidense a ustedes mismos y a todo el rebaño, en el cual el Espíritu Santo los ha puesto como obispos para pastorear la Iglesia de Dios" (Hechos XX, 28).

153. Por lo tanto, unidad de imperio, unidad de constitución, unidad de generosidad. Porque si separas la constitución y el poder, ¿cuál era la causa para que aquellos que Cristo había puesto como apóstoles, los pusiera Dios Padre, y también el Espíritu Santo; a menos que tal vez los hombres temieran un prejuicio como en la copropiedad de posesión o derecho? Y por eso se dividía la operación, se distribuía el imperio.

154. Estas cosas son estrechas y pequeñas entre los hombres mismos, quienes a menudo, aunque no concuerden en la operación, concuerdan en la voluntad. Por lo tanto, alguien preguntado qué era un amigo: "Otro yo", dijo. Si entonces un hombre definió a un amigo de tal manera que dijo que era otro él mismo, por la unidad del amor y la gracia; cuánto más debemos estimar la unidad de la majestad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, cuando por la misma operación y divinidad se expresa la unidad, o ciertamente lo que es más, como se dice en griego, ταυτότης. ταυτό significa lo mismo; porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen lo mismo; para que querer lo mismo y poder lo mismo no sea por afecto de voluntad, sino en la sustancia de la Trinidad.

155. Esta es la herencia de la fe y devoción apostólica, que también se puede considerar a partir de los Hechos de los mismos apóstoles. Por lo tanto, Pablo y Bernabé obedecieron las órdenes del Espíritu Santo. Y todos los apóstoles obedecieron, y de inmediato ordenaron a aquellos que el Espíritu había mandado separar: "Sepárenme", dijo, "a Pablo y a Bernabé" (Hechos XIII, 4). ¿Ven el imperio del que manda? ¿Observan los méritos de los que sirven?

156. Pablo creyó; y porque creyó, abandonó los afanes de perseguidor, y obtuvo la corona de justicia. Creyó aquel que devastaba las Iglesias: pero convertido a la fe, predicaba en el Espíritu, lo que el Espíritu mandaba. El Espíritu ungía a su atleta, y sacudido el polvo de la impiedad, lo ofrecía como un invencible combatiente de los infieles en diversas confrontaciones de los impíos, y lo instruía en diversas pasiones para el premio de la vocación celestial en Cristo Jesús (Hechos IX, 20 y ss.).

157. También Bernabé creyó, y porque creyó, obedeció. Así que, elegido por el imperio del Espíritu Santo, lo que le redunda en todo insigne mérito, no fue indigno de tan gran compañía. Porque una sola gracia brillaba en aquellos que un solo Espíritu había elegido.

158. Ni Pablo es inferior a Pedro, aunque aquel sea el fundamento de la Iglesia, y este un sabio arquitecto sabiendo fundar las huellas de los pueblos creyentes: ni Pablo, digo, es indigno del colegio de los apóstoles, siendo fácilmente comparable al primero, y segundo a ninguno. Porque quien no se considera inferior, se hace igual.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

No solo los profetas y apóstoles fueron enviados por el Espíritu, sino también el Hijo de Dios. Esto se prueba a partir de Isaías y los evangelistas, y se expone por qué razón Lucas escribió que el mismo Espíritu descendió como paloma y permaneció sobre Cristo. Luego, confirmada la misma misión de Cristo, se concluye que el Hijo es enviado por el Padre y el Espíritu, así como el Espíritu es enviado por el Padre y el Hijo.

1. En el libro anterior (Cap. 12) enseñamos con evidentes testimonios de las Escrituras que los apóstoles y profetas, aquellos para profetizar, estos para evangelizar, fueron enviados por el Espíritu Santo, así como por el Padre y el Hijo: ahora añadimos lo que todos con razón se maravillan, y no pueden dudar, que el Espíritu está sobre Cristo; y que así como Él envió al Espíritu, también el Espíritu envió al Hijo de Dios. Porque el Hijo de Dios dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para predicar la remisión a los cautivos, y la vista a los ciegos" (Isaías LXI, 1). Cuando leía esto del libro de Isaías, dijo en el Evangelio: "Hoy se ha cumplido esta Escritura en sus oídos" (Lucas IV, 21); para señalar que se decía de Él.

2. ¿Podemos entonces maravillarnos si el Espíritu envió tanto a profetas como a apóstoles cuando Cristo dijo: "El Espíritu del Señor está sobre mí" (Ibid., 18)? Y bien dijo "sobre mí", porque hablaba como hijo del hombre. Porque como hijo del hombre fue ungido y enviado a predicar el Evangelio.

3. Pero si no se cree al Hijo, escuchen también al Padre hablando que el Espíritu del Señor está sobre Cristo. Porque dice a Juan: "Sobre quien veas al Espíritu descender del cielo, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo" (Juan I, 33). Esto dijo Dios Padre a Juan: Juan lo oyó, lo vio, y creyó. Oyó de Dios, vio en el Señor, creyó que era el Espíritu, que descendía del cielo. Porque no era una paloma, sino que descendió como una paloma; así está escrito: "Y vi al Espíritu descender del cielo, como una paloma" (Marcos I, 10).

4. Así como Juan dijo haber visto, así escribió Marcos: Lucas añadió que el Espíritu Santo descendió en forma corporal, como una paloma (Lucas III, 22); para que no pensaras que era una encarnación, sino una apariencia. Y mostró una apariencia para que, por la apariencia, creyera quien no veía al Espíritu, y por la apariencia declarara que tenía la misma honra en el imperio, la misma operación en el misterio, la misma participación en el bautismo con el Padre y el Hijo, a menos que creamos que es inválido para que en Él sea bautizado el siervo, en quien fue bautizado el Señor.

5. Y bien dijo: "Permaneciendo sobre él" (Juan I, 33); porque al profeta, cuando quería, el Espíritu o inspiraba la palabra o actuaba: pero siempre permanecía en Cristo.

6. No te perturbe de nuevo que dijera "sobre él"; porque hablaba del Hijo del hombre, ya que como Hijo del hombre era bautizado. Porque según la divinidad, el Espíritu no está sobre Cristo, sino en Cristo; porque así como el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, así el Espíritu de Dios y el Espíritu de Cristo está en el Padre y en el Hijo, porque es el Espíritu de su boca. Porque permanece en Dios quien es de Dios, como está escrito: "Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios" (I Corintios II, 12). Y permanece en Cristo, quien ha recibido de Cristo: y está en Cristo, porque de nuevo está escrito: "La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos VIII, 2). Por lo tanto, según la divinidad de Cristo, el Espíritu no está sobre Cristo, porque la Trinidad no está sobre sí misma, sino sobre todo, pero no está sobre sí misma, sino en sí misma.

7. ¿Quién, entonces, dudará de que el Espíritu envió a los profetas y apóstoles, cuando el Hijo de Dios dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí" (Lucas IV, 18)? Y en otro lugar: "Yo soy el primero, y yo en la eternidad: y mi mano fundó la tierra, y mi diestra consolidó el cielo: los llamaré, y estarán juntos, y se congregarán todos, y oirán. ¿Quién les ha anunciado estas cosas? Amándote, hice tu voluntad contra Babilonia, para que se quite la semilla de los caldeos. Yo hablé, y yo llamé: lo traje, y hice próspero su camino. Acérquense a mí, y escuchen estas cosas. No he hablado en secreto desde el principio: cuando se hicieron, allí estaba. Y ahora el Señor Dios me ha enviado, y su Espíritu" (Isaías XLVIII, 12 y ss.). ¿Quién es el que dice: "El Señor Dios me ha enviado, y su Espíritu"; sino aquel que vino del Padre, para salvar a los pecadores? A quien oyes, "y el Espíritu envió"; para que cuando leas que el Hijo envía al Espíritu, no creas que el Espíritu es de menor poder.

8. Por lo tanto, el Padre envió al Hijo, y el Espíritu: también el Espíritu es enviado por el Padre y el Hijo: el Padre envió, porque está escrito: "Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre" (Juan XIV, 26). El Hijo envió, porque dijo: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré a ustedes del Padre, el Espíritu de verdad" (Juan XV, 26). Si, por lo tanto, el Hijo y el Espíritu se envían mutuamente, como el Padre envía, no es una injuria de sujeción, sino una comunidad de poder.

CAPÍTULO II.

El Hijo es dado de la misma manera que el Espíritu; de donde no se demuestra sujeción, sino una sola divinidad en la operación.

9. No solo el Padre envió al Hijo, sino que también lo dio, así como el Hijo se dio a sí mismo. Porque leímos: "Gracia a ustedes de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nuestros pecados" (Gálatas I, 3, 4). Si piensan que fue sujeto en eso porque fue enviado; no pueden negar que es de gracia porque fue dado. Pero fue dado por el Padre, como dijo Isaías: "Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado" (Isaías IX, 6); y me atrevo a decir, también por el Espíritu que fue enviado por el Espíritu. Porque cuando el profeta no definió por quién fue dado, mostró que fue dado por la gracia de la Trinidad: pero cuando el Hijo se dio a sí mismo, ciertamente no pudo ser sujeto a sí mismo según la divinidad. Por lo tanto, no pudo ser de sujeción divina que fue dado.

10. Pero también el Espíritu Santo fue dado, porque leímos: "Rogaré al Padre, y les dará otro Consolador" (Juan XIV, 16). Y el Apóstol dice: "Por lo tanto, el que desprecia esto, no desprecia al hombre, sino a Dios, que ha dado su Espíritu en nosotros" (I Tesalonicenses IV, 8). Isaías también muestra que el Espíritu fue dado y el Hijo: "Así dice el Señor Dios, que hizo el cielo, y lo formó: que consolidó la tierra, y lo que hay en ella: y da al pueblo que está sobre ella el Espíritu, y el Espíritu a los que la pisan" (Isaías XLII, 5). Y al Hijo: "Yo soy el Señor Dios, que te he llamado en justicia, y sostendré tu mano, y te fortaleceré: y te he dado como pacto de mi pueblo, como luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de las cadenas a los atados" (Ibid. 6, 7). Por lo tanto, cuando el Hijo fue enviado y dado, también el Espíritu fue enviado y dado; ciertamente tienen la unidad de la divinidad, que tienen la unidad de la obra.

CAPÍTULO III.

También se conoce la misma unidad porque el Espíritu es llamado dedo, y el Hijo la diestra; porque la costumbre del lenguaje humano ayuda a la comprensión de las cosas divinas. Estas

tablas de la ley fueron escritas con el dedo, que luego fueron rotas, y ¿por qué razón? Finalmente, Cristo escribió con el mismo dedo: sin embargo, no se debe admitir ninguna inferioridad de la comparación corporal en el Espíritu.

11. De donde también el Espíritu es llamado dedo de Dios, porque hay una comunión indivisible e inseparable entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Porque así como la Escritura llama al Hijo de Dios la diestra de Dios, como leímos: "Tu diestra, Señor, se ha glorificado en poder, tu diestra, Señor, ha destrozado a los enemigos" (Éxodo XV, 6); así el Espíritu Santo es llamado dedo de Dios, como el mismo Señor dice: "Pero si yo expulso demonios con el dedo de Dios" (Lucas XI, 20). Porque en otro libro del Evangelio, en el mismo lugar, lo llamó Espíritu de Dios, como tienes: "Pero si yo expulso demonios con el Espíritu de Dios" (Marcos XII, 28).

12. ¿Qué podría decirse más claramente para significar la unidad de la divinidad o de la operación, que es según la divinidad del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo, que entender que mucho más que nuestro cuerpo, la plenitud eterna de la divinidad parecería ser dividida, si alguien separa la unidad de la sustancia, multiplica los poderes; cuando una es la eternidad de la misma divinidad?

13. Porque a menudo conviene estimar las cosas que están por encima de nosotros a partir de nuestros discursos: y porque no podemos ver aquellas cosas, recojamos de las que podemos ver: "Porque las cosas invisibles de él", dice el Apóstol, "desde la creación del mundo, siendo entendidas, se ven por medio de las cosas hechas" (Romanos I, 20). Y añadió: "También su eterna virtud y divinidad" (Ibid.). De las cuales parece que una se dice del Hijo, otra del Espíritu Santo; para que así como la eterna virtud del Padre se dice el Hijo, así también el Espíritu, porque es divino, se crea que es la eterna divinidad. Porque también el Hijo, porque siempre vive, es vida eterna. Este dedo de Dios, por lo tanto, es eterno y divino. Porque ¿qué es propio de Dios, que no sea eterno y divino?

13. Con este dedo, como leemos, Dios inscribió aquellas tablas de piedra, que Moisés recibió (Éxodo XXXI, 18). Porque no con un dedo carnal Dios formó los ápices y elementos de estas letras que leemos: sino que dio la Ley con su Espíritu. Y por eso el Apóstol dijo: "Porque la Ley es espiritual, que ciertamente no está inscrita con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo: no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón" (II Corintios III, 3). Porque si la epístola del Apóstol se escribe en el Espíritu, ¿qué impide que también creamos que la ley de Dios no está escrita con tinta, sino con el Espíritu de Dios: que ciertamente no mancha los secretos de nuestro corazón y mente, sino que los ilumina?

14. Está escrita en tablas de piedra (Éxodo XXXII, 19), porque está escrita en figura: pero las tablas fueron rotas primero y arrojadas de las manos de Moisés; porque los judíos cayeron de las obras proféticas. Y bien que las tablas fueron rotas, no la escritura borrada. Y tú cuida que no se rompa tu tabla, que no se divida tu mente y tu alma. ¿Acaso está dividido Cristo? No está dividido, sino que es uno con el Padre: y que nadie te separe de Él. Si la fe falla, la tabla de tu corazón se rompe. Se debilita la firmeza del alma, si no crees en la unidad de la divinidad en la Trinidad. Está escrita tu fe, está escrita tu culpa, como dijo Jeremías: Tu culpa, Judá, está escrita con un buril de hierro y con una uña de diamante. Y está escrita, dice, en tu pecho y en tu corazón (Jeremías XVII, 1). Allí, pues, está la culpa, donde está la gracia: pero la culpa se escribe con un buril, la gracia se designa con el Espíritu.

15. Este misterio también el Señor Jesús, inclinando la cabeza, escribía en la tierra, cuando los judíos le presentaron a la adúltera (Juan VIII, 6): significando por figura, que cuando juzgamos los pecados de otro, debemos recordar nuestro propio pecado.

16. Y para que no creamos que porque Dios escribió la Ley con su Espíritu, el ministerio del Espíritu es algo inferior, o que por la estimación de nuestro cuerpo consideremos al Espíritu de Dios como una porción pequeña, dice el Apóstol en otro lugar (II Cor. II, 13) que no habla con palabras de sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, comparando lo espiritual con lo espiritual: pero el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; pues sabía que quien comparara lo divino con lo carnal, debía contarse entre los animales, no entre los hombres espirituales: Porque es necedad para él, dice (Ibid. 14). Y por eso, sabiendo que estas serían las cuestiones de los hombres animales, presagiando el futuro, dice: ¿Quién conoció la mente del Señor, para que le instruya? (Ibid. 16). Nosotros, en cambio, tenemos la mente de Cristo.

CAPÍTULO IV.

A los que argumentan que el Espíritu es menor porque se le llama dedo, les responde que esto también se convierte en una injuria al Hijo, que se llama la diestra. Por tanto, estos nombres deben referirse únicamente a la unidad de la divinidad; de donde Moisés cantó que toda la Trinidad operó en el paso del Mar Rojo. No es de extrañar que allí estuviera la operación del Espíritu, donde hubo una figura del bautismo; ya que la Escritura enseña que en esto las tres personas operan por igual y santifican.

17. [Alias cap. III.] Pero si alguien aún se aferra a ambigüedades carnales y vacila con ejemplos corporales, considere que no puede tener un buen concepto del Hijo quien puede tener un mal concepto del Espíritu. Pues si por eso consideran que el Espíritu de Dios es una porción pequeña, porque se le llama dedo de Dios; los mismos ciertamente dirán que el Hijo de Dios es una porción pequeña, porque se le llama la diestra de Dios.

18. Pero el Hijo es llamado tanto diestra como virtud: así que si ponderamos nuestras palabras, no puede haber perfección sin virtud; y por eso deben tener cuidado de no pensar, lo cual es un sacrilegio decir, que el Padre, semiperfecto en su sustancia, recibió la perfección a través del Hijo, y deben dejar de negar que el Hijo es coeterno con el Padre. ¿Cuándo no fue la virtud de Dios? Si alguna vez piensan que no fue la virtud de Dios, alguna vez negarán que hubo plenitud en Dios Padre, a quien piensan que alguna vez le faltó virtud.

19. Pero estas cosas, como dije, están escritas para que las refiramos a la unidad de la divinidad, y creamos lo que dijo el Apóstol (Colosenses II, 9), que la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Cristo, y habita en el Padre, y habita en el Espíritu Santo: y que así como hay unidad de divinidad, también hay unidad de operación.

20. Lo cual también se puede deducir del Cántico de Moisés; pues él, cuando hizo pasar al pueblo judío por el mar, confesó la operación tanto del Padre como del Hijo y del Espíritu, diciendo: Tu diestra, Señor, se ha glorificado en poder: tu diestra, Señor, ha destrozado a los enemigos (Éxodo XV, 6). Tienes que confesó tanto al Hijo como al Padre, cuya es la diestra. Y más adelante, para no pasar por alto al Espíritu Santo, añadió: Enviaste tu Espíritu, y el mar los cubrió: y con el soplo de tu ira se dividieron las aguas (Ibid. 10). Lo cual significa la unidad de la divinidad, no la desigualdad de la Trinidad.

21. [Alias cap. IV.] Ves, pues, que el Espíritu Santo cooperó con el Padre y el Hijo, para que, como si las olas se congelaran en medio del mar, un muro de aguas se levantara para el paso de los judíos, y nuevamente el pueblo de los egipcios fuera cubierto por el Espíritu al refluir (Éxodo XIV, 22). De ahí que muchos piensen que la columna de nube precedió al pueblo judío durante el día, y la columna de fuego durante la noche, para proteger a su pueblo con la gracia espiritual (Éxodo XIII, 21).

670 22. Pero el Apóstol también declaró que esta operación de Dios, que con razón admira todo el mundo, no fue sin la obra del Espíritu Santo, diciendo que en esa figura se anticipó la verdad del misterio espiritual; pues así lo tienes: Porque todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar: y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual (I Cor. X, 1 y ss.).

23. Pues, ¿cómo pudo haber sido el tipo del sacramento sin la operación del Espíritu Santo, cuya verdad toda está en el Espíritu? Lo cual también enseñó el Apóstol diciendo: Pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios (I Cor. VI, 11).

24. Ves, pues, que el Padre opera en el Hijo, y el Hijo opera en el Espíritu. Y por eso, según la serie de las Escrituras, no dudes que en figura fue lo que en verdad la misma verdad declaró ser. Pues, ¿quién negará su operación en el lavacro, en el cual su operación, séptima y gracia?

25. [Alias cap. V.] Pues así como el Padre santifica, así también santifica el Hijo, y santifica el Espíritu Santo. Santifica el Padre, según está escrito: Que el Dios de paz os santifique, para que vuestro espíritu, alma y cuerpo se conserven íntegros e irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo (I Tes. V, 23). Y en otro lugar el Hijo dice: Padre, santificalos en la verdad (Juan XVII, 17).

26. Del Hijo, el mismo Apóstol dijo: Que se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención (I Cor. I, 30). Ves que se ha hecho santificación. Pero se ha hecho para nosotros; no para que Él cambiara lo que era, sino para que nos santificara en la carne.

27. El Apóstol también enseña que el Espíritu Santo santifica. Pues así dice: Debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos amados por el Señor; porque Dios os eligió como primicias para la salvación, en la santificación del Espíritu, y en la fe de la verdad (II Tes. II, 12).

28. Por tanto, santifica el Padre, santifica el Hijo, santifica el Espíritu Santo: pero una es la santificación, porque uno es el bautismo, y una es la gracia del sacramento (Efes. IV, 5).

CAPÍTULO V.

Recoge el argumento comenzado, y confirma que la unidad se significa por el dedo y la diestra, porque las mismas obras de Dios son las de las manos; y las de las manos, las mismas también son de los dedos: y finalmente que la mano conviene tanto al Hijo como al Espíritu, así como el dedo al Espíritu y al Hijo.

29. [Alias cap. VI.] Pero, ¿qué maravilla si santifica a cada uno, Él mismo no necesitando santificación, sino rebosando; cuando hemos recibido tal majestad de Él, que como el dedo del cuerpo, así el Espíritu Santo parece inseparable de Dios Padre?

30. Pero si alguien piensa que esto debe referirse a la disminución, no a la unidad de poder, ciertamente caerá en tal locura, que parecerá formar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como en una sola forma de cuerpo, y figurará ciertas distinciones de miembros.

31. Pero deben aceptar, como he dicho muchas veces, que no se señala desigualdad, sino unidad de poder con este testimonio; ya que las obras de Dios son las mismas que las obras de las manos, y también hemos leído que son las obras de los dedos. Pues está escrito: Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Salmo XVIII, 1); y en otro lugar: Al principio fundaste la tierra, Señor, y los cielos son obra de tus manos (Salmo CI, 26). Por tanto, las obras de las manos son las mismas que las obras de Dios. No hay, pues, alguna distinción de operación por la cualidad de los miembros corporales, sino que hay unidad de poder.

32. Y las obras de las manos son las mismas obras de los dedos; porque igualmente está escrito: Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste (Salmo VIII, 4). ¿Qué, pues, hicieron menos los dedos que las manos; cuando los dedos hicieron lo mismo que las manos; como está escrito: Porque me has alegrado, Señor, con tu obra, y me deleitaré en las obras de tus manos (Salmo XCI, 5).

33. Y sin embargo, porque leemos que la mano es el Hijo (pues está escrito: ¿No hizo mi mano todas estas cosas? (Isaías LXVI, 2); y en otro lugar: Te pondré en la hendidura de la roca, y cubriré con mi mano sobre ti. Puse mi mano bajo el refugio de la roca (Éxodo XXXIII, 22); lo cual se refiere al misterio de la encarnación, porque la virtud eterna de Dios asumió el refugio del cuerpo) ciertamente está claro que la Escritura habla de la mano tanto del Hijo de Dios como del Espíritu Santo.

34. Y nuevamente, porque leemos que el dedo de Dios es el Espíritu (Lucas XI, 20), por eso consideramos que se les llama dedos, para señalar al Hijo y al Espíritu. Finalmente, para recordar que tiene la santificación tanto del Hijo como del Espíritu Santo, dice un santo: Tus manos me hicieron y me formaron (Job X, 8).

CAPÍTULO VI.

El Espíritu, al igual que el Padre y el Hijo, no puede juzgar; más bien, los jueces no pueden juzgar sin Él, como se muestra en los juicios de Salomón y Daniel, que se explican brevemente. Tampoco fue otro que el Espíritu Santo quien inspiró a Daniel.

35. [Alias cap. VII.] ¿Por qué rechazamos la similitud de palabras, donde afirmamos la unidad de poder; cuando la unidad de poder es tal, que el Espíritu también reprende, como reprende el Padre, y reprende el Hijo? Pues está escrito: Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor (Salmo VI, 1). Luego, en el salmo cuadragésimo noveno, dice el Señor: Te reprenderé, y pondré tus pecados delante de tu rostro (Salmo XLIX, 21); así también del Espíritu Santo dijo el Hijo: Pero cuando me haya ido, enviaré al Paráclito a vosotros: y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan XVI, 7, 8).

36. Pero, ¿a dónde nos lleva la locura de los hombres infieles, para que parezca que afirmamos de manera ambigua que el Espíritu Santo reprende; cuando los mismos jueces no

pueden juzgar sin el Espíritu? De hecho, aquel noble juicio de Salomón, que entre las disputas de los litigantes; cuando una, habiendo perdido a su hijo, quería reclamar al ajeno, y la otra defendía a su propio hijo; y descubrió el fraude en los pensamientos ocultos, y la piedad en las entrañas maternas, ciertamente brilló por el don del Espíritu Santo (III Reyes III, 16). Pues ninguna otra cosa que la espada del Espíritu Santo, de la cual dice el Señor: No vine a traer paz, sino espada (Mateo X, 34); porque no con hierro, sino con el Espíritu se penetra la mente interna: Porque el Espíritu de inteligencia es santo, único, múltiple, sutil, móvil (Sabiduría VII, 22); y más adelante: Todo lo ve (Ibid., 23).

37. Mira lo que dice el profeta, que todo lo ve. Y por eso también Salomón vio, para que ordenara traer aquella espada (III Reyes III, 24); porque simulando que quería dividir al niño, consideró que la verdadera madre se preocuparía más por el hijo que por el consuelo; y preferiría la gracia al derecho, no los derechos a la gracia. Pero aquella que simulaba el afecto de madre, ciega por el deseo de ganar, consideraría de poca importancia su muerte, en la que no conocía la pérdida de la piedad. Así que aquel hombre espiritual, que juzgaba todas las cosas (pues el espiritual (I Cor. II, 15) juzga todas las cosas) buscó la naturaleza en los afectos, que estaba oculta en las voces: y preguntó a la piedad, para que revelara la verdad. Así que la madre venció con el afecto de la caridad, que es fruto del Espíritu.

38. Juzga en el profeta, porque por el Espíritu se da la palabra de sabiduría: ¿cómo, pues, se niega que el Espíritu Santo pueda reprender al mundo de juicio, quien quita la ambigüedad del juicio, otorga el resultado?

39 y 40. Daniel tampoco podría haber descubierto el adulterio de la lujuria, la mentira del fraude, si no hubiera recibido el Espíritu de Dios. Pues cuando Susana, acosada por la conjuración de los ancianos, vio la mente del pueblo inclinada por la consideración de los ancianos; y desprovista de todos los auxilios, sola entre los hombres, consciente de su propia castidad, invocó a Dios como juez: El Señor escuchó, dice, su voz, cuando era llevada para perecer: y el Señor despertó el Espíritu Santo del joven, cuyo nombre era Daniel (Daniel XIII, 44, 45). Así que, según la gracia del Espíritu Santo recibido, descubrió los testimonios vacilantes de los infieles; pues no fue otra cosa que la operación del poder divino, que su voz los delatara, cuyo afecto estaba oculto.

41. Percibid, pues, el sagrado y celestial milagro del Espíritu Santo. Aquella que prefirió ser casta para sí misma, que para el pueblo: aquella que prefirió enfrentar el peligro de la inocencia, que el del pudor: que cuando era acusada, callaba: cuando era condenada, guardaba silencio, contenta con el juicio de su propia conciencia: que reservaba la reverencia del pudor incluso en los peligros; para que no pareciera que la petulancia había extorsionado, quienes no pudieron extorsionar la castidad: cuando invocó al Señor, mereció el Espíritu que reveló la conciencia oculta de los ancianos.

42. Aprendan las castas a no temer la calumnia. Pues aquella que prefirió la castidad de la vida, no sufrió la pérdida de la vida, y obtuvo la gloria de la castidad. Así también Abraham, una vez ordenado a ir a tierras extranjeras, no fue disuadido por el peligro de la castidad conyugal, ni por el terror de la muerte propuesta, y conservó tanto su vida como la castidad de su esposa. Ninguno, pues, se arrepintió de haber confiado en Dios: y la castidad acumuló devoción en Sara, y la devoción castidad.

43. Y para que nadie piense que, porque la Escritura dice: Despertó Dios el Espíritu Santo del joven (Daniel IV, 21), piense que era el espíritu del hombre en él, no el Espíritu Santo; lea en los posteriores, y encontrará que Daniel recibió el Espíritu Santo, y por eso profetizó. De

hecho, el rey también lo prefirió, porque tenía la gracia espiritual. Pues así dice: Tú, Daniel, puedes; porque el Espíritu Santo de Dios está en ti. Y más adelante la Escritura dice: Y Daniel fue puesto sobre ellos; porque el Espíritu era superior en él (Daniel VI, 3). Pero también el Espíritu de Moisés fue dividido entre los que iban a juzgar (Números XI, 25).

CAPÍTULO VII.

El Hijo mismo no juzga ni vindica sin el Espíritu; de donde el mismo Espíritu es llamado espada del Verbo. Pero como el Verbo es llamado espada del Espíritu, de ahí se conoce la suma unidad de poder en ambos.

44. Pero, ¿por qué hablar de los demás? hemos recibido que el mismo Señor Jesús no solo juzga en el Espíritu, sino que también vindica. Pues no vindicaría contra el Anticristo, si antes no juzgara sus méritos, a quien (como leemos) el Señor Jesús matará con el Espíritu de su boca (II Tes. II, 8). [Alias cap. VIII]. Pero aquí no es una gracia adquirida, sino que permanece la unidad indivisible; porque ni Cristo sin el Espíritu, ni el Espíritu puede estar sin Cristo. Pues no puede separarse la unidad de la naturaleza divina.

45. Y porque ha surgido el ejemplo de que el Señor Jesús matará con el Espíritu de su boca, se entiende que el Espíritu es una espada del Verbo (Efes. VI, 17). De hecho, en el Evangelio dice el mismo Señor Jesús: No vine a traer paz, sino espada (Mateo X, 34). Vino para dar el Espíritu, y por eso en su boca hay una espada de dos filos, ciertamente la gracia espiritual (Apoc. XIX, 15). Por tanto, el Espíritu es la espada del Verbo.

46. Y para que sepas que no hay desigualdad, sino unidad de naturaleza, el Verbo también es la espada del Espíritu Santo; pues está escrito: Tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos encendidos del maligno, y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (Efes. VI, 16, 17).

47. Por tanto, cuando la espada del Verbo es el Espíritu Santo, y la espada del Espíritu Santo es el Verbo de Dios; ciertamente hay unidad de poder.

674 CAPÍTULO VIII.

La unidad antes mencionada se prueba porque, así como el Padre, también el Hijo se lee que se entristece y es tentado. También el Hijo fue tentado en el desierto, donde se erigió la figura de la cruz en la serpiente de bronce: pero el Apóstol también dice que el Espíritu fue tentado allí. De aquí Ambrosio concluye que los israelitas fueron guiados por el mismo Espíritu a la tierra prometida, y que Él tiene la misma voluntad y poder que el Padre y el Hijo.

48. [Alias cap. IX.] Esta unidad se puede considerar también en otros lugares de las Escrituras. Pues cuando Ezequiel dice al pueblo de los judíos: Y me contristasteis en todas estas cosas, dice el Señor (Ezequiel XVI, 43); Pablo dice al nuevo pueblo en su epístola: No contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados (Efes. IV, 30). Nuevamente, cuando Isaías dice de los mismos judíos: Pero ellos no creyeron, sino que provocaron al Espíritu Santo (Isaías LXIII, 10); David dice de Dios: Y provocaron al Altísimo en la sequedad, y tentaron a Dios en sus corazones (Salmo LXXVII, 17, 18).

49. También recibe que, aunque en otro lugar la Escritura dice que el Espíritu fue tentado, también dice que Dios fue tentado, y que Cristo fue tentado; pues tienes al Apóstol a los Corintios: Ni tentemos a Cristo, como algunos de ellos tentaron, y perecieron por las

serpientes (I Cor. X, 9). Justa venganza, para que sintieran el veneno de los adversarios, quienes no veneraban al autor.

50. Y bien el Señor, al suspender la serpiente de bronce, ordenó curar las heridas de los heridos (Núm. XXI, 9); pues la serpiente de bronce es imagen de la cruz; ya que aunque Cristo fue suspendido en su carne, sin embargo, en él también fue crucificado al mundo, y el mundo fue crucificado a él: "Para mí, el mundo está crucificado, y yo al mundo" (Gál. VI, 14). Por lo tanto, el mundo está crucificado en sus seducciones; y por eso no es una verdadera serpiente, sino una serpiente de bronce suspendida; porque en la verdad del cuerpo, pero sin la verdad del pecado, el Señor asumió la apariencia de pecador; para que, simulando la serpiente a través de la debilidad de la naturaleza humana, al despojarse de las vestiduras de la carne, destruyera la astucia de la verdadera serpiente. Por la cruz del Señor, que acude en ayuda en la venganza de la tentación, reconozco la ofensa en los pérfidos de la Trinidad, quienes recibo la medicina de la Trinidad.

51. Por lo tanto, cuando tienes en el libro de Moisés que el Señor, al ser tentado, envió serpientes al pueblo de los judíos (Núm. XXI, 6), es necesario que confieses la unidad en la majestad divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: o ciertamente, cuando la Escritura apostólica dice que el Espíritu fue tentado, designó al Espíritu en nombre del Señor. El apóstol, escribiendo a los Hebreos, dice que el Espíritu Santo fue tentado; pues así tienes: "Porque dice el Espíritu Santo: Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación según el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres, me probaron y vieron mis obras. Durante cuarenta años estuve cerca de esta generación, y dije: Siempre se equivocan de corazón; pero ellos no conocieron mis caminos, como juré en mi ira, si entrarán en mi descanso" (Hebr. III, 7 y ss.).

675 52. Por lo tanto, según el Apóstol, el Espíritu fue tentado. Si él también fue tentado, y él mismo ciertamente dirigía al pueblo de los judíos a la tierra prometida, como está escrito: "Porque los condujo por el abismo, como un caballo por el desierto, y no se fatigaron, y como ganado por el campo. Descendió el Espíritu del Señor, y los dirigió" (Isaías LXIII, 13, 14). Y él mismo ciertamente ministraba la lluvia serena del alimento celestial, él mismo fecundaba la cosecha diaria, que la tierra no había producido, que el agricultor no había sembrado, con lluvia fértil.

53. Ahora consideremos cada cosa. Dios había prometido descanso a los judíos, ese descanso el Espíritu lo llama suyo (Éxodo XVI, 12). Dios Padre recuerda que fue tentado por los pérfidos, y el Espíritu dice que fue tentado por los mismos; porque hay una sola tentación, por la cual fue tentada la única divinidad de la Trinidad. Dios condena al pueblo de los judíos (Núm. XIV, 8); para que no pueda llegar a la tierra que fluye leche y miel, es decir, al descanso de la resurrección: la misma sentencia condena también el Espíritu diciendo: "Si entrarán en mi descanso" (Salmo XCIV, 11). Por lo tanto, la sentencia de una sola voluntad, la excelencia de un solo poder.

CAPÍTULO IX.

Se confirma que el Espíritu Santo se agravia a partir de las palabras de Pedro; donde se muestra que el Espíritu de Dios y el Espíritu del Señor son uno y el mismo, tanto por otros pasajes como por la sentencia del mismo apóstol sobre Ananías y Safira: de donde se argumenta la unión del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo, o su propia divinidad.

54. Sin embargo, tal vez alguien diría que este ejemplo no puede derivarse a la propiedad del Espíritu Santo, a menos que en otro lugar también el apóstol Pedro nos hubiera enseñado que nuestros pecados también pueden tentar al Espíritu, pues así tienes dicho a la esposa de Ananías: "¿Por qué os habéis puesto de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor?" (Hechos V, 9). Porque el Espíritu del Señor es el mismo Espíritu de Dios; porque hay un solo Espíritu Santo, como también enseñó el apóstol Pablo diciendo: "Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu; si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Rom. VIII, 9). Primero mencionó el Espíritu de Dios, y de inmediato añadió que es el mismo Espíritu de Cristo. Y cuando habló del Espíritu, para que entendiéramos que donde está el Espíritu Santo, allí está Cristo, añadió: "Pero si Cristo está en vosotros" (Ibid., 10).

55. Luego, así como aquí entendemos que donde está el Espíritu, allí también está Cristo; así también en otro lugar muestra que donde está Cristo, allí también está el Espíritu Santo. Pues cuando dijo: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?" (II Cor. XIII, 3); en otro lugar dice: "Creo que también yo tengo el Espíritu de Dios" (I Cor. VII, 40). Por lo tanto, la unidad es inseparable, porque donde se menciona al Padre, a Cristo o al Espíritu, testificando la Escritura, allí está toda la plenitud de la Trinidad.

56. [Alias cap. X] Pero el mismo Pedro en el ejemplo que propusimos, primero mencionó al Espíritu Santo, y luego dijo el Espíritu del Señor; pues así tienes: "Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo, y retener parte del precio del campo? ¿Acaso no permanecía tuyo mientras estaba sin vender, y vendido, no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste en tu corazón este engaño? No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hechos V, 3 y ss.). Y más abajo dice a su esposa: "¿Por qué os habéis puesto de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor?" (Ibid., 9).

57. Primero entendemos que llamó al Espíritu Santo el Espíritu del Señor. Luego, cuando mencionó al Espíritu Santo, y añadió: "No has mentido a los hombres, sino a Dios"; es necesario que en el Espíritu Santo entiendas la unidad de la divinidad; porque cuando el Espíritu es tentado, Dios es engañado: o si intentas excluir la unidad de la divinidad, según las palabras de la Escritura, ciertamente crees que el Espíritu es Dios.

58. Pues si entendemos que se expresa tanto del Espíritu como del Padre, advertimos la unidad de la verdad y el conocimiento en Dios Padre y el Espíritu Santo; porque de manera similar, la mentira es descubierta tanto por el Espíritu Santo como por Dios Padre. Si tomamos ambos del Espíritu, ¿por qué, pérfido, intentas negar lo que lees? Por lo tanto, confiesa la unidad de la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, o la divinidad del Espíritu Santo. Cualquiera que digas, en Dios has dicho ambos; porque la unidad afirma la divinidad, y la divinidad la unidad.

CAPÍTULO X.

La divinidad del Espíritu Santo se afirma a partir del pasaje de Juan. Aunque este fue eliminado por los herejes, fue en vano; ya que de allí se puede demostrar más fácilmente su perfidia. Para mostrar que este mismo pasaje se refiere al Espíritu, se examina la serie del contexto. Se muestra que quien renace del mismo Espíritu, del cual se cree que Cristo mismo nació y renació, nace del Espíritu Santo. Nuevamente, a partir de dos testimonios de Juan, se recoge la divinidad del Espíritu, y finalmente se expone cómo el Espíritu, el agua y la sangre son llamados testigos.

59. [Alias cap. XI.] No solo en este lugar la Escritura testimonia claramente la θεότητα, es decir, la deidad del Espíritu Santo; sino que el mismo Señor dijo en el Evangelio: "Porque Dios es Espíritu" (Juan III, 6). Este pasaje, arrianos, lo testificáis tan expresamente que es sobre el Espíritu, que lo elimináis de vuestros códices: ¡y ojalá lo eliminarais de los vuestros, y no también de los códices de la Iglesia! Pues en el tiempo en que Auxencio, de impía infidelidad, había ocupado la Iglesia de Milán con armas y ejército, o la Iglesia de Sirmio era asaltada por Valente y Ursacio, con sus sacerdotes vacilantes, se descubrió este falso y sacrílego acto vuestro en los códices eclesiásticos. Y tal vez también lo hicisteis en Oriente.

60. Y pudisteis borrar las letras, pero no pudisteis quitar la fe. Esa eliminación os delataba más, esa eliminación os condenaba más; pues no podíais borrar la verdad, sino que esa eliminación borraba vuestros nombres del libro de la vida. ¿Por qué se eliminaba: "Porque Dios es Espíritu", si no se refería al Espíritu? Si queréis que se exprese sobre Dios Padre, entonces también negáis a Dios Padre, al pensar que debe eliminarse. Elegid lo que queráis: en ambos casos, el lazo de vuestra impiedad os atrapará, si confesáis ser gentiles al negar a Dios Padre o al Espíritu. Por lo tanto, vuestra confesión es retenida, al eliminar el oráculo, mientras teméis el ejemplo.

61. Eliminasteis en vuestros corazones y mentes: sin embargo, el oráculo divino no se borra, el Espíritu Santo no se borra, sino que se aparta de las mentes impías: la gracia no se borra, sino la iniquidad; porque está escrito: "Yo soy, yo soy, quien borra tus iniquidades" (Isaías XLIII, 25). Finalmente, Moisés, pidiendo por el pueblo: "Borra", dice, "mi nombre de tu libro, si no perdonas a este pueblo" (Éxodo XXXII, 32). Sin embargo, no fue borrado; porque no tenía iniquidad, sino que la gracia fluía.

62. Por lo tanto, estáis convictos por vuestra propia confesión, que no podéis decir que fue hecho sabiamente, sino astutamente. Astutamente reconocisteis que sois convictos por el testimonio de este pasaje, y que vuestros argumentos no pueden coincidir con ese testimonio. ¿A qué otro entendimiento puede derivarse este pasaje, cuando toda la serie de la lectura es sobre el Espíritu?

63. Nicodemo pregunta sobre la regeneración, el Señor responde: "En verdad, en verdad te digo, a menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III, 5). Y para mostrar que hay un nacimiento según la carne y otro según el Espíritu, añadió: "Lo que nace de la carne es carne; porque nació de la carne; y lo que nace del Espíritu, es Espíritu; porque Dios es Espíritu" (Ibid., 6). Sigue, por lo tanto, toda la serie de la lectura, y encontrarás que el Señor ha excluido vuestra impiedad con la plenitud de la afirmación. No te maravilles, dice, porque te dije: Es necesario que nazcáis de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz: pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo el que nace del Espíritu (Ibid., VII, 8).

64. ¿Quién es el que nace del Espíritu, y se convierte en Espíritu, sino el que es renovado en el Espíritu de su mente? Este es ciertamente el que es regenerado por el agua y el Espíritu Santo; porque por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, obtenemos la esperanza de la vida eterna. Y en otro lugar, el apóstol Pedro dice: "Pero seréis bautizados con el Espíritu Santo" (Hechos XI, 16). ¿Quién es el que es bautizado con el Espíritu Santo, sino el que renace por el agua y el Espíritu Santo? Por lo tanto, el Señor dijo sobre el Espíritu Santo: "En verdad, en verdad te digo, a menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios". Y por eso nos definió que nacemos de él, por quien nos habló de renacer en los pasajes anteriores. Esta es la sentencia del Señor: me apoyo en la escritura, no en el argumento.

65. Sin embargo, pregunto por qué si no se duda que renacemos por el Espíritu Santo, se duda que nazcamos del Espíritu Santo; cuando el mismo Señor Jesús nació y renació del Espíritu Santo. Si confesáis que nació del Espíritu Santo (Mateo I, 20), porque no podéis negarlo: pero negáis que renació (Mateo III, 16); gran insensatez, al confesar lo que es singular de Dios: negar lo que es común a los hombres. Y por eso bien se os dice lo que se dijo a los judíos: "Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis; ¿cómo creeréis si os digo cosas celestiales?" (Juan III, 12).

66. Sin embargo, encontramos ambos pasajes escritos en griego, no como "por el Espíritu", sino "del Espíritu". Finalmente, así está: Ἀμην, ἀμην, λέγω σοι, ἐὰν μή τις γεννήθῃ ἐξ ὕδατος καὶ Πνεύματος, es decir, de agua y Espíritu. Por lo tanto, cuando no debe dudarse que está escrito sobre el Espíritu Santo, "lo que nace del Espíritu"; no hay duda de que Dios es también el Espíritu Santo, según está escrito, porque "Dios es Espíritu".

67. En otro lugar, para revelar que el mismo evangelista escribió esto sobre el Espíritu Santo: "Por agua", dice, "y Espíritu vino Cristo Jesús, no solo en agua sino por agua y sangre. Y el espíritu da testimonio, porque el Espíritu es verdad; porque tres son los que dan testimonio, el Espíritu, el agua, la sangre: y estos tres son uno" (I Juan V, 6 y ss.).

68. Escucha cómo son testigos: el Espíritu renueva la mente, el agua contribuye al lavamiento, la sangre se refiere al precio. Porque el Espíritu nos hizo hijos de Dios por adopción, el agua sagrada nos lava, la sangre del Señor nos redimió. Por lo tanto, obtenemos un testimonio espiritual en el sacramento, uno invisible y otro visible; porque "el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu" (Rom. VIII, 16). Aunque en ambos hay plenitud del sacramento, sin embargo, hay distinción de dones: por lo tanto, donde hay distinción de dones, no hay igualdad de testificación.

679 CAPÍTULO XI.

Se objetaba que las palabras de Juan, a saber, "Dios es Espíritu", debían referirse a Dios Padre; cuando más tarde Cristo predice que Dios debe ser adorado "en Espíritu y en verdad". Se responde primero que la palabra "espíritu" a veces significa gracia espiritual: luego, si quieren que la persona del Espíritu Santo se entienda por las palabras "en espíritu", y por eso niegan que se le deba adoración, se muestra que el argumento también se aplica al Hijo: a quien, sin embargo, innumerables ejemplos prueban que debe ser adorado, de donde se entiende que lo mismo debe aplicarse al Espíritu. ¿Por qué se ordena adorar el escabel de sus pies? Esto designa el cuerpo del Señor, del cual el Espíritu es autor, por lo que se sigue que debe ser adorado, pero no por eso María debe ser adorada. Por lo tanto, no se abroga la adoración del Espíritu, sino que se expresa su unión con el Padre, cuando se dice que el Padre debe ser adorado "en Espíritu": lo cual se confirma con locuciones similares.

69. [Alias cap. XII.] Pero tal vez se refiera que en los pasajes posteriores de ese mismo libro, el Señor nuevamente dijo que Dios es Espíritu, pero pensó en Dios Padre. Pues así tienes en el Evangelio: "Ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad. Porque el Padre busca tales que le adoren. Dios es Espíritu, y los que le adoran, deben adorarle en Espíritu y en verdad" (Juan IV, 23, 24). No solo con este ejemplo queréis negar la divinidad del Espíritu Santo; sino que también deriváis que Dios es adorado en el Espíritu como si fuera una sujeción del Espíritu.

70. A este pasaje responderé brevemente, porque "espíritu" a menudo se pone por gracia espiritual, como también dijo el Apóstol: "Porque el mismo espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom. VIII, 26), es decir, gracia espiritual; a menos que tal vez hayáis podido escuchar los gemidos del Espíritu Santo. Por lo tanto, aquí Dios es adorado, no en la malicia del corazón, sino en la gracia espiritual. Porque "la sabiduría no entra en un alma maliciosa" (Sab. I, 4); porque "nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo" (I Cor. XII, 3). Y de inmediato añadió: "Pero hay diversidad de dones" (Ibid., 4).

71. Por lo tanto, esto no puede referirse a la plenitud, ni a la porción del Espíritu, porque ni la mente humana capta su plenitud, ni se divide en secciones de sí mismo: sino que infunde el don de la gracia espiritual, en el cual Dios es adorado, así como también es adorado en verdad; porque no adora, sino quien bebe la verdad de su divinidad con piadoso afecto. Ni ciertamente comprende a Cristo personalmente, ni al Espíritu Santo personalmente.

72. O si piensas que parece dicho personalmente del Espíritu y de Cristo: entonces Dios es adorado en verdad, así como es adorado en el Espíritu. O, por lo tanto, hay una sujeción similar, lo cual es impío creer; y ni el Hijo es adorado: o, lo que es verdad, hay una gracia de unidad similar, y el Espíritu es adorado.

680 73. Reunamos aquí, por lo tanto, y concluyamos las impías cuestiones de los arrianos. Porque si por eso niegan que el Espíritu debe ser adorado, porque Dios es adorado en el Espíritu; entonces nieguen que la verdad debe ser adorada, porque Dios es adorado en verdad. Pues aunque hay muchas verdades, porque está escrito: "Las verdades han disminuido entre los hijos de los hombres" (Salmo XI, 1); sin embargo, son dadas por la verdad divina, que es Cristo quien dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6). Por lo tanto, si en este lugar entienden la verdad en su uso, también entiendan la gracia espiritual, y no hay ofensa: o si toman la verdad como Cristo, nieguen que debe ser adorado.

74. Pero son refutados por los hechos de los piadosos, por la serie de las Escrituras. Porque María adoró a Cristo, y por eso es enviada como mensajera de la resurrección a los apóstoles, rompiendo el vínculo hereditario, y el inmenso delito del género femenino. Porque esto obró el Señor en el misterio; para que donde abundó el pecado, sobreabundara la gracia (Rom. V, 20). Y con razón se envía a una mujer a los hombres; para que quien primero anunció la culpa al hombre, primero anunciara la gracia del Señor.

75. También adoraron los apóstoles (Mateo XXVIII, 17); y por eso, porque dieron testimonio de fe, recibieron el magisterio de la fe. También adoraron los ángeles, de quienes está escrito: "Y adórenle todos sus ángeles" (Hebr. I, 6).

76. Adoran no solo su divinidad, sino también el escabel de sus pies, como está escrito: "Y adorad el escabel de sus pies; porque es santo" (Salmo XCVIII, 5). O si niegan que en Cristo también deben adorarse los misterios de la encarnación, en los cuales advertimos como ciertas huellas de la divinidad, y ciertos caminos del Verbo celestial; lean que también los apóstoles le adoraban en la gloria de su carne resucitada (Mateo XXVIII, 17).

77. Por lo tanto, si nada desmerece a Cristo, porque Dios es adorado en Cristo; porque también Cristo es adorado: nada ciertamente desmerece al Espíritu, porque Dios es adorado en el Espíritu; porque también el Espíritu es adorado, como dijo el Apóstol: "Servimos al Espíritu de Dios" (Filip. III, 3). Porque quien sirve, también adora, como se dijo anteriormente: "Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás" (Deut. VI, 13).

78. Pero no sea que alguien parezca eludir el ejemplo propuesto, de qué manera parece referirse al misterio de la encarnación del Señor lo que dice el Profeta: Adorad el escabel de sus pies (Sal. XCVIII, 5), consideremos; pues no debemos estimar el escabel según el uso de los hombres. Porque Dios no es corporal, ni no inmenso; para que pensemos que un escabel está sujeto a sus pies como un soporte. Tampoco leemos que se deba adorar algo aparte de Dios; porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás (Deut. VI, 13). ¿Cómo, pues, el Profeta, nutrido bajo la Ley y educado en la Ley, ordenaría algo contra la Ley? No es una cuestión menor, y por eso consideremos con más diligencia qué es el escabel. Leemos en otro lugar: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies (Isa. LXVI, 1). Pero tampoco la tierra debe ser adorada por nosotros, porque es criatura de Dios.

79. Veamos, sin embargo, si el Profeta dice que debe adorarse aquella tierra que el Señor Jesús asumió en la encarnación de la carne. Así, por el escabel se entiende la tierra: por la tierra, sin embargo, la carne de Cristo, que hoy adoramos en los misterios, y que los apóstoles adoraron en el Señor Jesús, como dijimos antes; pues Cristo no está dividido, sino que es uno (I Cor. I, 13): ni cuando es adorado como Hijo de Dios, nacido de la Virgen, se le niega. Por tanto, cuando debe adorarse el misterio de la encarnación, y la encarnación es obra del Espíritu, como está escrito: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; y lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35): sin duda también el Espíritu Santo debe ser adorado; cuando se adora a aquel que según la carne nació del Espíritu Santo.

80. Y para que nadie derive esto hacia María la Virgen: María era el templo de Dios, no el Dios del templo. Y por eso solo debe ser adorado aquel que obraba en el templo.

81. Nada, por tanto, impide que Dios sea adorado en el Espíritu; porque también el Espíritu es adorado. Aunque si consideramos las mismas palabras, ¿qué otra cosa debemos entender en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino la unidad de poder de la misma potestad? ¿Qué significa: Es necesario adorar en Espíritu y en verdad (Juan IV, 24)? si no lo refieres a la gracia espiritual, ni a la verdadera fe de la conciencia: sino, como dijimos, lo tomas personalmente (si es que esta palabra es digna de expresar la majestad divina) de Cristo y del Espíritu.

82. ¿Qué significa entonces que el Padre es adorado en Cristo, sino que el Padre está en Cristo, y habla en Cristo, y permanece en Cristo? No ciertamente como un cuerpo en un cuerpo; pues Dios no es cuerpo: ni como confundido en lo confuso; sino como verdadero en el verdadero, Dios en Dios, luz en luz, como Padre eterno en el Hijo coeterno. No se entiende, por tanto, una inserción de cuerpo, sino una unidad de poder. Por lo tanto, por la unidad de poder, Cristo es coadorado en el Padre, cuando Dios Padre es adorado en Cristo. De manera similar, por la unidad de poder del mismo, el Espíritu es coadorado en Dios, mientras Dios es adorado en el Espíritu.

83. Examinemos aún más cuidadosamente la fuerza de esta palabra y su discurso, y recojamos su propiedad de otros: Todo, dice, lo hiciste en Sabiduría (Sal. CIII, 24). ¿Qué entendemos aquí, entonces, que la Sabiduría esté excluida de las obras? Pero todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3). Y David dice: Por la palabra del Señor fueron firmados los cielos (Sal. XXXII, 6). Por lo tanto, él mismo que dice que el Hijo de Dios es también autor de las cosas celestiales, así ciertamente dijo que todas las cosas fueron hechas en el Hijo, para que en la restauración de las obras no separara al Hijo del Padre, sino que lo uniera al Padre.

84. Pablo también dice: Porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles (Col. I, 16). ¿Acaso cuando dice, en él, negó que fueran hechas por él? No lo negó ciertamente, sino que lo afirmó. Finalmente, en otro lugar dijo: Un Señor, Jesús, por quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 6). Entonces, cuando dice, por él, ¿negó que todas las cosas fueran creadas en él, por quien dice que son todas las cosas? Estas palabras tienen esta fuerza: En él, y con él (Col. I, 16); para que se entienda que en estas cosas hay una y la misma cosa, no lo contrario. Lo cual también manifestó en lo inferior diciendo: Todas las cosas por él, y en él fueron creadas (Ibid.); pues estas tres cosas en Cristo son una: con él, y por él, y en él, como dijimos antes (Lib. II, cap. 8, 9), la Escritura testifica. Tienes, pues, que todas las cosas fueron creadas por él y en él.

85. Toma también que con él estaba el Padre, y él estaba con el Padre; cuando todas las cosas fueron creadas. La Sabiduría dice: Cuando preparaba los cielos, con él estaba; cuando hacía las fuentes de las aguas (Prov. VIII, 27). Y en el Antiguo Testamento, diciendo el Padre, Hagamos (Gen. I, 26), mostró que el Hijo debe ser adorado con él, como creador de todas las cosas. Así como, por tanto, se dice que fueron creadas en el Hijo, de quien se acepta que el Hijo es creador; así también cuando se dice que Dios debe ser adorado en verdad, debe entenderse frecuentemente expresado por la propiedad de la palabra misma, que también el Hijo debe ser adorado. De manera similar, por tanto, el Espíritu es adorado; porque Dios es adorado en el Espíritu. Por lo tanto, el Padre es adorado con el Hijo, y con el Espíritu, porque la Trinidad es adorada.

CAPÍTULO XII.

Por el hecho de que Pablo haya indicado que en la Trinidad de la divinidad está la luz que tres apóstoles adoraron en Cristo, también se declara que el Espíritu debe ser adorado. Se muestra a partir de las mismas palabras que el Apóstol designó al Espíritu. La divinidad del mismo Espíritu se prueba a partir de que tiene un templo, en el cual no habita como sacerdote, sino como Dios: y también se adora con el Padre y el Hijo; de donde se entiende la unidad de naturaleza en ellos.

86. ¿O acaso alguien niega que deba adorarse la divinidad de la Trinidad eterna? cuando las Escrituras divinas expresan la majestad inexplicable de la Trinidad, como dice el Apóstol en otro lugar: Porque Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, ha resplandecido en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (II Cor. IV, 6).

87. Sin duda, esta gloria vieron los apóstoles, cuando el Señor Jesús resplandecía en el monte con la luz de su divinidad: Vieron, dice, los apóstoles, y cayeron sobre sus rostros (Mat. XVII, 6). ¿Crees que ellos, incluso cuando cayeron, adoraron; cuando no podían soportar con sus ojos corporales el resplandor de la luz divina, y el esplendor de la luz eterna cegaba la vista mortal? ¿O qué otra cosa dijeron en ese momento aquellos que veían su gloria, sino: Venid, adoremos, y postrémonos ante él (Sal. XCIV, 6)? Porque Dios ha resplandecido en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (II Cor. IV, 6).

88. ¿Quién es, entonces, el que ha resplandecido, para que conozcamos a Dios en la faz de Cristo Jesús? Porque dijo, Dios ha resplandecido, para que se conozca la gloria de Dios en la faz de Cristo Jesús: ¿a quién más creemos que se ha declarado sino al Espíritu? ¿O quién más aparte del Espíritu Santo, a quien se le confiere el poder de la divinidad? Porque quienes

excluyen al Espíritu, necesariamente deben introducir a otro, que reciba la gloria de la divinidad con el Padre y el Hijo.

89. Por lo tanto, repitamos las mismas palabras: Dios es quien ha resplandecido para iluminación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Tienes a Cristo claramente expresado. ¿De quién, entonces, se dice que la gloria ilumina, sino del Espíritu? Por lo tanto, expresó a Dios mismo, porque dijo la gloria de Dios: si del Padre, queda que quien dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, y ha resplandecido en nuestros corazones, se entienda como el Espíritu Santo; pues no podemos venerar a otro con el Padre y el Hijo. Si, por tanto, entiendes al Espíritu, y el Apóstol lo llamó Dios; es necesario, por tanto, que también vosotros admitáis la deidad del Espíritu, quienes la negáis.

90. Pero, ¿cómo negáis tan descaradamente, cuando habéis leído que el Espíritu Santo tiene un templo? Pues está escrito: Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros (I Cor. III, 16). Por lo tanto, Dios tiene un templo, la criatura no tiene un templo verdadero. Pero el Espíritu tiene un templo, que habita en nosotros. Pues está escrito: Porque vuestros miembros son templo del Espíritu Santo (I Cor. VI, 15).

91. Pero en el templo no habita como sacerdote, ni como ministro, sino como Dios; porque el mismo Señor Jesús dijo: Habitaré en ellos, y andaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Lev. XXVI, 12). Y David dice: El Señor está en su santo templo (Sal. X, 5). Por lo tanto, el Espíritu habita en su santo templo, así como habita el Padre, y habita el Hijo, quien dice: Yo y el Padre vendremos, y haremos morada con él (Juan XIV, 23).

91*. Advertimos, por tanto, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo permanecen en uno y el mismo por la unidad de naturaleza. Por lo tanto, es de potestad divina, quien habita en el templo; pues así como somos templo del Padre y del Hijo, también lo somos del Espíritu Santo: no muchos templos, sino un solo templo; porque es templo de una sola potestad.

92. Pero el Padre permanece en nosotros por el Espíritu, que nos ha dado. ¿Cómo, pues, puede permanecer al mismo tiempo una naturaleza dispar? Ciertamente no puede. Pero el Espíritu Santo permanece con el Padre y el Hijo. Por eso el Apóstol, junto con la gracia de Jesucristo y la caridad de Dios, unió la comunión del Espíritu Santo diciendo: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros (II Cor. XIII, 13).

CAPÍTULO XIII.

A los que objetan a los católicos, mientras atribuyen divinidad al Espíritu, que introducen tres dioses, se les devuelve que por la misma razón introducen dos dioses, a menos que nieguen la divinidad al Hijo. Luego se expone la doctrina ortodoxa.

92*. Pero, ¿por qué teméis, o aquello que soléis vociferar, que no hagáis tres dioses? ¡Lejos de ello! donde se entiende una deidad, se dice un solo Dios. Pues tampoco cuando decimos que el Hijo es Dios, decimos dos dioses. Porque si cuando confesáis la deidad del Espíritu, pensáis que se dicen tres dioses: entonces también cuando decís la deidad del Hijo, porque no podéis negarla, introducís dos dioses. Es necesario, por tanto, según vuestra sentencia, si pensáis que el nombre de Dios es de una sola persona, no de una sola naturaleza, o decís dos dioses, o negáis que el Hijo es Dios.

93. Pero os excusamos por ignorancia, aunque no os excusamos de culpa. Pues según nuestra sentencia, porque un solo Dios, una deidad, y se entiende la unidad de potestad. Así como

decimos un solo Dios, y confesamos al Padre con el verdadero nombre de deidad, sin negar al Hijo; así tampoco excluimos al Espíritu Santo de la unidad de la deidad, y no afirmamos tres dioses, sino que los negamos; porque la pluralidad no la hace la unidad, sino la división de potestad. ¿Cómo, pues, la unidad de la divinidad recibe pluralidad; cuando la pluralidad es número, y la naturaleza divina no recibe número?

CAPÍTULO XIV.

Además de los testimonios anteriores, se pueden aportar otros lugares para probar el imperio de las tres personas. Se aportan dos de las epístolas a los Tesalonicenses y se muestra, mediante la comparación de otros textos de la Escritura, que al Espíritu se le atribuye dominio al igual que a las otras personas. Finalmente, citando otro lugar aún más explícito de la segunda a los Corintios, se concluye que el Espíritu es Señor, y que donde está el Señor, está el Espíritu.

94. Un solo Dios, por tanto, salvaguardando la majestad de la Trinidad eterna, como se declara en el ejemplo propuesto. Sin embargo, no solo en ese lugar vemos expresada la Trinidad con el nombre de divinidad, sino que en muchos lugares, como dijimos antes, especialmente en estas epístolas que el Apóstol escribió a los Tesalonicenses, declaró evidentemente la divinidad y el dominio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pues así tienes: Pero el Señor os multiplique, y os haga abundar en caridad unos con otros y para con todos, como también nosotros para con vosotros, para confirmar vuestros corazones sin reproche en santificación delante de Dios y Padre nuestro en la venida del Señor Jesús (I Tes. III, 12, 13).

95. ¿Quién es, pues, el Señor, que nos multiplique y nos haga abundar delante de Dios y Padre nuestro en la venida del Señor Jesús? Dijo Padre, y dijo Hijo: ¿a quién, entonces, junto con el Padre y el Hijo, unió sino al Espíritu? ¿Quién es el Señor que confirme nuestros corazones en santificación? Pues la santificación es gracia espiritual, como también dijo más adelante: En santificación del Espíritu, y fe de la verdad (II Tes. II, 12).

96. ¿A quién, pues, creéis que aquí se llama Señor, sino al Espíritu mencionado? Ni Dios Padre pudo enseñaros, quien dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo (Juan I, 33). Pues el Espíritu descendió en forma de paloma (Luc. III, 22); para dar testimonio de sabiduría, y cumplir el sacramento del lavacro espiritual, y mostrar que es de una sola operación con el Padre y el Hijo.

97. Y para que no juzguéis que algo se le escapó al Apóstol por imprudencia, sino que, sabio y prudente, infundido por el Espíritu Santo, significó al Señor, a quien sentía como Dios, también en la segunda epístola a los Tesalonicenses repitió lo mismo diciendo: Pero el Señor dirija vuestros corazones en el amor de Dios, y en la paciencia de Cristo (II Tes. III, 5). Si es el amor de Dios, y la paciencia de Cristo, ¿quién es el señor que dirija, si negamos la dirección del Espíritu Santo?

98. Pero no podemos negarlo, pues el Señor dijo de él: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad (Juan XVI, 12, 13). Y David dice de él: Tu buen Espíritu me guiará por el camino recto (Sal. CXLII, 10).

99. Mira lo que la voz del Señor ha proclamado sobre el Espíritu Santo. El Hijo de Dios vino, y porque aún no había infundido el Espíritu, declaró que éramos como niños sin el Espíritu.

Dijo que el Espíritu vendría, que haría de nosotros, que éramos niños, más fuertes, con el crecimiento de la edad espiritual. Lo puso así, no porque antepusiera la virtud del Espíritu, sino para mostrar en el conocimiento de la Trinidad la plenitud de la virtud.

100. Es necesario, por tanto, que o digáis un cuarto, a quien debáis sentir aparte del Espíritu: o ciertamente no juzguéis a otro Señor, sino al Espíritu designado.

101. Pero si exigís una concepción evidente de las palabras con las que la Escritura ha mencionado al Señor Espíritu, tampoco eso pudo ocultárseos; porque está escrito: Pero el Señor es el Espíritu (II Cor. III, 17). Lo cual ciertamente dicho del Espíritu Santo, toda la serie de la lectura lo muestra. Y por eso consideremos las palabras apostólicas: Cuantas veces se lee a Moisés, dice, un velo está puesto sobre sus corazones: pero cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado. Pero el Señor es el Espíritu: y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (Ibid., XV, 16).

102. No solo, por tanto, llamó al Espíritu Señor, sino que también añadió: Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Nosotros, por tanto, todos con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (Ibid., 18), es decir, que nosotros, que nos hemos convertido al Señor para ver con entendimiento espiritual la gloria del Señor como en un espejo de las Escrituras, ahora somos transformados de esta gloria que nos convierte al Señor, en aquella gloria celestial. Por lo tanto, cuando el Señor es aquel a quien nos convertimos, y el Señor es el Espíritu por quien somos transformados, quienes nos hemos convertido al Señor, sin duda el Espíritu Santo es designado Señor; pues él es quien recibe a los convertidos, quien transforma. Pues, ¿cómo transformaría a quienes no había recibido?

103. Aunque, ¿por qué buscamos la expresión de la voz, donde vemos la expresión de la unidad? Pues aunque distingas al Señor y al Espíritu; no puedes negar, sin embargo, que donde está el Señor, allí también está el Espíritu: y quien se haya convertido al Señor, se habrá convertido al Espíritu. Si calumnias la letra, no niegues la unidad: si quieres separar la unidad, confiesas al mismo Espíritu como Señor de potestad.

CAPÍTULO XV.

Aunque el Espíritu sea llamado Señor, no se introducen, sin embargo, tres Señores; ya que del hecho de que el Hijo, al igual que el Padre, sea llamado Señor en varios lugares de la Escritura, no se introducen dos Señores: pues el dominio está en la divinidad, y en el dominio está la divinidad, que convienen indivisiblemente a las tres personas.

104. Pero tal vez digas de nuevo: Si digo que el Espíritu es Señor, declararé tres Señores. ¿Acaso cuando dices que el Hijo es Señor, o niegas al Hijo, o confiesas dos Señores? ¡Lejos de ello! pues el mismo Hijo dijo: No podéis servir a dos señores (Mat. VI, 24). Pero ciertamente no negó ni a sí mismo ni al Padre como Señor; pues también llamó al Padre Señor, como tienes: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mat. XI, 25). Y se recordó a sí mismo como Señor, como leemos en el Evangelio: Me llamáis Señor y Maestro, y bien decís; porque lo soy (Juan XIII, 13). Pero no dijo dos Señores; más bien mostró que no dijo dos Señores, cuando advierte: No podéis servir a dos señores. Pues no hay dos señores, donde hay un solo dominio; porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre; y por eso un solo Señor.

105. Así también la Ley enseñó: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Señor (Deut. VI, 4): esto es, inmutable, siempre permaneciendo en la unidad de potestad, siempre el mismo, no se cambia por ninguna adición, ninguna disminución. Por lo tanto, Moisés dijo uno, y sin embargo recordó que el Señor llovió del Señor (Gen. XIX, 14). También el Apóstol: Que el Señor conceda encontrar misericordia del Señor (II Tim. I, 18). El Señor llovió del Señor, el Señor da misericordia del Señor: el Señor no se distingue allí, donde llueve del Señor; ni aquí se separa, donde se compadece del Señor, sino que en ambos lugares se expresa la unidad del dominio.

106. En los salmos también tienes: "Dijo el Señor a mi Señor" (Sal. CIX, 1). No por eso negó que su Padre fuera su Señor, al recordar que su Hijo era su Señor; sino que llamó a su Hijo su Señor para que no creyeras que el Hijo era un profeta, sino el Señor: lo cual el mismo Señor manifestó en el Evangelio diciendo: "Si David en espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su Hijo?" (Mat. XXII, 43). David llama Señor en espíritu, no el Espíritu lo dice. O si de aquí se calumnian, porque el Espíritu lo llamó Señor, es necesario que con igual sacrilegio parezca que afirman que el Hijo de Dios es también Hijo del Espíritu Santo.

107. Por tanto, así como no decimos dos Señores cuando designamos al Padre y al Hijo, tampoco decimos tres Señores cuando confesamos al Espíritu como Señor. Pues así como es sacrilegio decir tres Señores o Dioses, también es pleno de sacrilegio decir dos Señores o Dioses; porque hay un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu Santo: y quien es Dios, es Señor: y quien es Señor, es Dios: porque tanto en el dominio hay divinidad, como en la divinidad hay dominio.

108. Finalmente, has leído que el Padre es Señor y Dios: "Señor Dios mío, clamaré a ti, escúchame" (Sal. CXL, 1). Y tienes al Hijo como Señor y Dios, como has leído en el Evangelio, que cuando Tomás tocó el costado de Cristo, dijo: "Señor mío y Dios mío" (Juan XX, 28). Por tanto, así como el Padre es Dios y el Hijo es Señor, así también el Hijo es Dios y el Padre es Señor. La significación piadosa se alterna, no se alterna la naturaleza divina, sino que la gracia permanece inmutable. No son dones de generosidad, sino placeres de caridad natural, porque la unidad tiene propiedad, y la propiedad tiene unidad.

688 CAPÍTULO XVI.

Que el Padre es santo, y de igual manera el Hijo y el Espíritu, y de aquí que se celebre con el mismo trisagio: y que no podemos proclamar a Dios más dignamente que llamándolo santo; de donde se hace claro que no se debe menospreciar al Espíritu Santo. Que en él están todas las cosas que son de Dios, ya que en el bautismo se le nombra junto con el Padre y el Hijo, y el Padre le ha dado lo que es mayor que todo, y nadie puede arrebatárselo. Por lo tanto, del lugar de Juan de donde los herejes fabricaban calumnias, se demuestra la igualdad y unidad de la Trinidad en la deidad. Finalmente, cuando se expone de qué manera el Hijo recibe del Padre, cómo en el lugar citado se aniquilan varios herejes, se revela.

109. (Alias cap. XVIII.) Por tanto, santo el Padre, santo el Hijo, santo también el Espíritu: pero no tres santos; porque hay un solo Dios santo, un solo Señor. Hay una sola verdadera santidad, así como hay una sola verdadera divinidad, esa única verdadera santidad natural.

110. Por eso todas estas cosas que creemos santas, proclaman solo esa santidad. Los querubines y serafines con voces incansables alaban y dicen: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos" (Isaías VI, 3). No dicen una vez, para que no creas en la singularidad:

no dicen dos veces, para que no excluyas al Espíritu: no dicen santos, para que no pienses en pluralidad: sino que repiten tres veces, y dicen lo mismo, para que también en el himno entiendas la distinción de la Trinidad y la unidad de la divinidad: cuando dicen esto, proclaman a Dios.

111. Nosotros tampoco encontramos nada más precioso con lo que podamos proclamar a Dios, que llamarlo santo. Cualquier otra cosa es inferior a Dios, es inferior al Señor. Por tanto, consideren también si algo debe ser menospreciado al Espíritu Santo, cuyo nombre es alabanza de Dios. Así se alaba al Padre, así se alaba al Hijo, como también se nombra y alaba al Espíritu. Los serafines alaban, todo el coro de los bienaventurados alaba, para decir santo Dios, santo Hijo, santo Espíritu.

112. ¿Cómo, entonces, no tiene todas las cosas que son de Dios, quien con el Padre y el Hijo es nombrado por los sacerdotes en el bautismo y en las ofrendas es invocado con el Padre y el Hijo, es proclamado por los serafines en los cielos, habita con el Padre y el Hijo en los santos, se infunde en los justos, se inspira en los profetas? Por lo cual también en la Escritura divina se dice θεόπνευστος, porque Dios inspira lo que el Espíritu ha hablado (II Tim. III, 16).

113. O si no quieren que el Espíritu Santo tenga todas las cosas que son de Dios, y pueda todas las cosas, digan qué no tiene, o qué no puede. Pues así como el Hijo tiene todas las cosas, y el Padre no envidia que naturalmente le dé todas las cosas al Hijo, quien le dio 689 lo que es mayor que todo, como testifica la Escritura diciendo: "El Padre que me dio, es mayor que todo" (Juan X, 29); así también el Espíritu de Cristo tiene lo que es mayor que todo, porque la justicia no conoce la envidia.

114. Por lo tanto, si observamos diligentemente, también aquí comprendemos la unidad del poder divino. "El Padre", dice, "que me dio, es mayor que todo: y nadie puede arrebatarse de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno" (Ib. 30). Pues si correctamente hemos mostrado antes (Lib. III, cap. 3) que la mano de Dios es el Espíritu Santo, ciertamente la misma mano del Padre es la mano del Hijo; porque el mismo Espíritu del Padre es el Espíritu del Hijo. Por eso, así como no se arrebató al Padre, tampoco se arrebató al Hijo, así tampoco se arrebató al Espíritu, cualquiera de nosotros que en este nombre de la Trinidad ha recibido la vida eterna.

115. Además, de lo que se dice que el Padre dio al Hijo, y que el Espíritu recibió del Hijo; porque está escrito (Juan XVI, 14): "Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo anunciará" (lo cual parece haber dicho más por el don de la dispensación que por el derecho del poder divino, porque los que el Hijo redimió, el Espíritu también los recibió para santificarlos); de estas mismas palabras, digo, de las que instruyen la calumnia, se advierte la unidad de la divinidad, no la indigencia de la generosidad.

116. El Padre dio por generación, no por adopción: dio como lo que era en él por derecho de naturaleza divina, no como gracia de liberalidad, lo que faltaba. Y por eso, porque así adquirió el Hijo a los pueblos como el Padre, así vivifica el Hijo como el Padre, expresó su igualdad con el Padre en la unidad del poder diciendo: "Yo y el Padre somos uno". Pues cuando dice: "Yo y el Padre", se revela la igualdad: cuando dice: "Somos uno", se declara la unidad. La igualdad excluye la confusión, la unidad excluye la separación: la igualdad distingue al Padre y al Hijo, la unidad no separa al Padre y al Hijo.

117. Por tanto, cuando dice, "Yo y el Padre", rechaza al sabelianismo; porque dijo que él es otro, y el Padre es otro: rechaza al fotinianismo, porque se unió con Dios Padre. Rechaza a los superiores, porque dijo, "Yo y el Padre": a los inferiores, a los arrianos, porque dice:

"Somos uno"; sin embargo, tanto en los superiores como en los inferiores, aniquila la saña herética de los sabelianos; porque dijo "somos uno", no "somos uno solo": de los arrianos; porque dijo "yo y el Padre", no "el Padre y yo". Lo cual ciertamente no fue por contumacia, sino por piedad y presciencia; para que no pensáramos que había error en el orden. Pues la unidad no conoce orden, la igualdad no conoce grado: ni cabe en el Hijo de Dios que por contumacia el maestro mismo de la piedad ofendiera la piedad.

690 CAPÍTULO XVII.

Donde Ambrosio muestra con ejemplos que los lugares en los que se dijeron esas palabras ayudan a la comprensión de las palabras del Señor, cita la sentencia de Cristo de Juan, que fue pronunciada en el pórtico de Salomón, por el cual se significa el alma del sabio; pues niega que estas cosas se hayan pronunciado en el corazón de un necio o turbulento, y por qué. Añade que por los mismos que no tienen fe, Cristo es lapidado con las mismas palabras: y así como a Pedro, por haber confesado aquello, se le dieron las llaves del cielo; así Judas Iscariote, por no haber creído en esto mismo, pereció malamente. Por esta ocasión se arremete contra los judíos, que compraron al Hijo de Dios, y vendieron a José. Explica mística y detalladamente los precios de ambos; y con el murmullo del traidor sobre el unguento de Magdalena expuesto de la misma manera, añade que de un modo los herejes compran a Cristo, de otro los católicos, y que aquellos en vano se apropian el nombre de cristianos, si dividen al Espíritu del Padre.

118. Por lo tanto, es importante observar en qué lugar el Señor discutió estas cosas; pues frecuentemente sus oráculos se estiman por las cualidades de los lugares en los que se detuvo. Antes de ayunar, es llevado por el Espíritu, como leemos (Mat. IV, 1), al desierto, para vaciar las tentaciones del diablo. Pues aunque es loable haber vivido en la abundancia de recursos; sin embargo, en las riquezas y amenidades es más frecuente la tentación de la seducción. Finalmente, el tentador para tentar, promete recursos: y el Señor para vencer, nutre el hambre. Ni yo niego que en las riquezas pueda haber continencia: pero aunque quien navega frecuentemente se salva; sin embargo, está más expuesto al peligro que quien no ha querido navegar.

119. Veamos lo demás. Jesús, al prometer el reino de los cielos, sube al monte (Mat. V, 1). En otro lugar lleva a los discípulos por los sembrados (Mat. XII, 1), para sembrar en sus afectos la cosecha celestial de sus preceptos; para que la cosecha de las almas madure fecunda. Al consumir los oficios de la carne asumida, cuando ya veía la perfección en los discípulos, a quienes había fundado con la raíz de sus palabras, entra en el huerto (Juan XVIII, 1), para plantar los retoños de olivo en la casa del Señor, y al justo floreciente como la palma, y la vid fecunda regarla con el arroyo de su sangre (Sal. CXXVII, 3).

120. En este lugar también caminaba en el pórtico de Salomón en el día de la dedicación, como leemos (Juan X, 23), es decir, caminaba Cristo en el pecho del sabio y pacífico, dedicando para sí su afecto. Qué pórtico es este, lo enseña el Profeta diciendo: "Caminaba en la inocencia de mi corazón en medio de tu casa" (Sal. C, 2). Tenemos, por tanto, en nosotros la casa de Dios, tenemos atrios, tenemos pórticos, tenemos plazas; porque está escrito: "Y en tus plazas rebosen tus aguas" (Prov. V, 16). Por tanto, dilata este pórtico de tu corazón al Verbo de Dios, que te dice: "Abre tu boca y la llenaré" (Sal. LX, 11).

121. Por tanto, caminando en el corazón del sabio y pacífico el Verbo de Dios, escuchemos lo que dice: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). No dirá esto en el pecho del perturbador y necio; porque "El hombre natural no percibe las cosas del Espíritu de Dios;

porque para él son locura" (I Cor. II, 14). No captan la magnitud de la fe los estrechos pechos de los impíos. Finalmente, los judíos al oír: "Yo y el Padre somos uno"; tomaron piedras para apedrearlo (Juan X, 31).

122. Quien no puede oír esto, es judío: quien no puede oír esto, apedrea a Cristo con piedras más duras que cualquier roca de su perfidia; y si me creen, hiere a Cristo. Pues aunque él ya no pueda sentir la herida: "Ahora ya no conocemos a Cristo según la carne" (II Cor. V, 16); sin embargo, es lapidado por la impiedad de los arrianos, quien se regocija en la piedad de la Iglesia.

123. Bueno es para mí, Señor, la ley de tu boca (Sal. CXVIII, 72); guardo tu precepto. Tú mismo dijiste que eres uno con el Padre. Porque Pedro creyó esto, recibió las llaves del reino de los cielos (Mat. XVI, 19), y seguro de sí mismo perdonó los pecados; porque Judas no creyó esto, se ahorcó con el lazo de su impiedad (Mat. XXVII, 5). ¡Oh duras piedras de las palabras de los infieles! ¡Oh lazo informe del traidor, pero más deforme el precio de los judíos! ¡Oh dinero infame, con el que se compra para la muerte al justo, o se vende! José vendido (Gen. XXXVII, 28), Jesús Cristo comprado (Mat. XXVI, 15): uno para la servidumbre, otro para la muerte. Detestable herencia, fatal subasta, que o vende al hermano a la injuria, o al Señor lo licita para la destrucción, redentor de la salvación de todos.

124. Por tanto, dos cosas que son las más valiosas de todas, violó Judea, la fe y la piedad; pero en ambos casos a Cristo, autor de la fe y la piedad. Pues tanto en el patriarca José había un tipo de Cristo, como en la verdad de su cuerpo Cristo: "Quien no consideró como robo ser igual a Dios, sino que tomó forma de siervo" (Fil. II, 6, 7); asumiendo la servidumbre por nuestras caídas, y no rehuyendo la pasión.

125. En otro lugar se compra por veinte piezas de oro, en otro por treinta. Pues ¿cómo podría comprenderse el verdadero precio de aquel cuyo mérito no puede definirse? Se yerra en el precio, porque se yerra en el empeño. Se vende por veinte piezas de oro en el Antiguo Testamento, por treinta en el Evangelio; pues la verdad es más preciosa que el tipo, la gracia más generosa que la disciplina: la presencia más rica que la Ley; porque la Ley prometió la venida, la Ley fue cumplida por la venida.

126. Los ismaelitas compran por veinte piezas de oro, los judíos por treinta. Tampoco aquí es menor la figura. Para el sacrilegio, los pérfidos son más generosos que los fieles para la salvación. Sin embargo, conviene considerar la calidad de ambos contratos. Las veinte piezas de oro son el precio de la servidumbre, las treinta piezas de oro son de la cruz. Aunque de manera similar son admirables los misterios de la ascensión y la pasión; sin embargo, la plenitud de la fe está en el sacramento de la pasión. No estimo menos el parto de la santa Virgen: pero tomo con más gratitud el sacramento del cuerpo bendito. ¿Qué más clemente que haberme donado sus injurias? 692 Sin embargo, es más pleno lo que tanto nos ha conferido; que quien no iba a morir, porque era Dios; muriera con nuestra muerte, para que viviéramos con su Espíritu.

127. Finalmente, no sin razón Judas Iscariote valoró aquel unguento en trescientos denarios (Juan XII, 5): lo cual ciertamente por la definición de su precio parecía declarar la cruz del Señor. Por lo cual también el Señor dijo: "Porque al derramar este unguento sobre mi cuerpo, lo hizo para mi sepultura" (Mat. XXVI, 12). ¿Por qué, entonces, Judas valoró esto más caro? Porque a los pecadores les cuesta más la remisión de los pecados, y la indulgencia parece ser más preciosa. Finalmente, tienes escrito: "Porque a quien mucho se le perdona, más ama"

(Luc. VII, 47). Por tanto, también los mismos pecadores confiesan la gracia de la pasión del Señor, que han perdido, y dan testimonio a Cristo, quienes persiguieron a Cristo.

128. O porque "en el alma maliciosa no entra la sabiduría" (Sab. I, 4); también esto hablaba el afecto del traidor, valoraba más caro la pasión del cuerpo del Señor; para que todos se apartaran de la fe por la enormidad del precio. Y por eso el Señor se ofreció gratuitamente, para que la necesidad de la pobreza no apartara a nadie de Cristo. Los patriarcas lo vendieron barato, para que todos lo compraran. Isaías dijo: "Todos los que no tenéis dinero, venid, comprad y bebed: comed sin dinero" (Isa. LV, 1); para que lo adquiriera quien no tenía dinero. ¡Oh Judas traidor, valoras el unguento de su pasión en trescientos denarios, y vendes su pasión por treinta denarios! (Mat. XXVI, 15). Rico en la estimación, vil en el crimen.

129. Por tanto, no todos compran a Cristo al mismo precio. De un modo lo compra Fotino, quien lo compra para la muerte: de otro modo el arriano, quien lo compra para la injuria: de otro modo el católico, quien lo compra para la gloria. Pero lo compra sin dinero, según está escrito: "Quien no tiene dinero, compre sin precio" (Isa. LV, 1).

130. "No todos", dice, "los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos" (Mat. VII, 21). Aunque muchos se llamen cristianos, usurpan el nombre, pero no todos tienen la recompensa. Y "Caín ofreció sacrificio" (Gen. IV, 3), y Judas recibió el beso (Luc. XXII, 48), pero oyó: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" es decir, con el símbolo del amor cumples el crimen, y con el instrumento de la paz siembras odios, y con el oficio de la caridad infliges la muerte.

131. Por tanto, tampoco los arrianos se halaguen con el nombre usurpado, porque dicen ser cristianos. El Señor les responderá: Pretendéis mi nombre, y negáis mi sustancia: pero no reconozco mi nombre, donde no está mi eterna divinidad. No es mi nombre, lo que se divide del Padre, se separa del Espíritu: no reconozco mi nombre, donde no reconozco mi doctrina: no reconozco mi nombre, donde no reconozco mi Espíritu. Pues el Espíritu del Padre no sabe compararse a los servicios que creó. De lo cual ya hemos dicho mucho (Lib. I, cap. 1 y sig.).

693 CAPÍTULO XVIII.

Para confirmar la divinidad del Espíritu Santo a partir de lo que hasta ahora se ha discutido, retoma algunos puntos, a saber, que no tiene pecados, sino que los perdona: que no es criatura, sino creador: y finalmente que no adora, sino que es adorado.

132. [Alias cap. XIX.] En resumen, para que al final lo que se ha dicho dispersamente se recoja más claramente; con lo demás, se comprueba la manifiesta gloria de la divinidad principalmente por estos cuatro: pues Dios se conoce, o porque está sin pecado, o porque perdona pecados: o porque no es criatura, sino creador: o porque no adora, sino que es adorado.

133. Por tanto, nadie está sin pecado, sino solo Dios; porque nadie está sin pecado, sino solo Dios. Tampoco nadie perdona pecados, sino solo Dios; porque igualmente está escrito: "¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?" (Luc. V, 21). Tampoco puede ser creador de todo, sino quien no es criatura: pero quien no es criatura, sin duda es Dios: porque está escrito: "Sirvieron a la criatura antes que al creador, que es Dios bendito por los siglos" (Rom. I, 23). Tampoco Dios adora, sino que es adorado; porque está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás" (Deut. VI, 13).

134. Consideremos, por tanto, si el Espíritu Santo tiene algo de esto, que aporte testimonio de divinidad. Primero, tratemos de él, porque nadie está sin pecado sino solo Dios: y exijamos que enseñen qué pecado tiene el Espíritu Santo.

135. Pero no pueden enseñar, y requieren autoridad, para que enseñemos por lectura, que el Espíritu Santo no pecó, como se ha leído del Hijo, que no cometió pecado (I Pedro II, 22). Y que acepten esto que enseñamos con la autoridad de las Escrituras; pues está escrito: "Porque en la Sabiduría hay un Espíritu de inteligencia, santo, único, múltiple, sutil, bien movible, elocuente, inmaculado" (Sab. VII, 22). La Escritura dice inmaculado: ¿acaso mintió sobre el Hijo, para que creas que mintió sobre el Espíritu? Pues el profeta dijo en el mismo lugar sobre la Sabiduría, que nada manchado se le acerca. Ella es inmaculada, y su Espíritu es inmaculado. Por tanto, si el Espíritu no tiene pecado, es Dios.

136. Pero, ¿cómo puede ser culpable de pecado aquel que perdona los pecados? Por lo tanto, no cometió pecado: y porque está sin pecado, no es una criatura. Pues toda criatura está sujeta a la capacidad de pecar: solo la sempiterna divinidad es inmune e inmaculada de pecado.

137. Ahora veamos si el Espíritu concede el perdón de los pecados. Pero aquí no puede haber duda, ya que el mismo Señor dijo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados (Juan 20, 22). He aquí que por el Espíritu Santo se conceden los pecados. Los hombres, sin embargo, ofrecen su ministerio para el perdón de los pecados, no ejercen el derecho de algún poder. Pues no perdonan en su propio nombre, sino en el del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ellos ruegan, la divinidad concede; pues es un servicio humano, pero la munificencia es del poder supremo.

138. Tampoco hay duda de que los pecados se perdonan por el bautismo: en el bautismo, sin embargo, la operación es del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por lo tanto, si el Espíritu concede el perdón de los pecados, ya que está escrito: ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios? (Marcos 2, 7); ciertamente, quien no puede ser separado de la unidad del nombre natural, tampoco puede ser separado del poder de Dios. Pero si no se separa del poder de Dios, ¿cómo se separa de la denominación de Dios?

139. Veamos ahora si es criatura o creador. Pero como hemos demostrado evidentemente antes (Libro II, cap. 5, 6) que es creador, porque está escrito: El Espíritu divino que me hizo (Job 33, 4): y renovarás la faz de la tierra por el Espíritu (Salmo 103, 30), y se ha declarado que sin el Espíritu todo se marchita; aparece que el Espíritu es creador. Pero, ¿quién duda de esto, cuando, como hemos mostrado antes, ni siquiera la generación del Señor asumida de la Virgen, que es superior a todas las criaturas, está exenta de la operación espiritual?

140. Por lo tanto, el Espíritu no es criatura, sino creador: y quien es creador, ciertamente no es criatura. Y porque no es criatura, sin duda es creador, quien es cooperador de todo con el Padre y el Hijo. Pero si es creador, como dice el Apóstol en condenación del paganismo: Porque sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es Dios bendito por los siglos (Romanos 1, 23): persuadiendo también, como enseñamos antes (Libro II, cap. 5, 6), que se debe servir al Espíritu Santo; y mostró que es creador, y porque es creador, debe ser llamado Dios. Lo cual también se comprende en la carta escrita a los Hebreos, diciendo: Porque quien creó todo es Dios (Hebreos 3, 4). O digan, entonces, qué es lo que ha sido creado sin el Padre, el Hijo y el Espíritu, o admitan que el Espíritu también es de la misma deidad con el Padre y el Hijo.

141. También enseñó que debe ser adorado, a quien llamó Señor y Dios. Pues quien es Dios del universo y Señor, ciertamente debe ser adorado por todos; así está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás (Deuteronomio 6, 13).

142. O digan dónde han leído que el Espíritu adora. Pues se ha dicho del Hijo de Dios: Adórenle todos sus ángeles (Hebreos 1, 6): no se ha leído que el Espíritu adore. ¿Cómo puede adorar, quien no está entre los siervos y ministros, sino que con el Padre y el Hijo tiene los servicios de los justos sujetos; porque está escrito: Servimos al Espíritu de Dios (Filipenses 3, 3). Por lo tanto, debe ser adorado por nosotros, a quien el Apóstol enseñó que debemos servir: a quien servimos, a este también adoramos, según lo que está escrito, para que repitamos lo mismo a menudo: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás.

143. Aunque el Apóstol no omitió esto, sino que también dijo que el Espíritu debe ser adorado. Pues cuando hemos enseñado que el Espíritu está en los profetas, nadie puede dudar de esto, ya que por el Espíritu se da la profecía, ciertamente cuando se adora a quien está en los profetas, el mismo Espíritu es adorado. Así que tienes esto: Si toda la Iglesia se reúne en uno, y todos hablan en lenguas, pero entra un indocto o un infiel, ¿no dirá que estáis locos? Pero si todos profetizan, y entra un indocto o un infiel, es convencido por todos, es juzgado por todos. Los secretos de su corazón se hacen manifiestos; y así, cayendo sobre su rostro, adorará a Dios, proclamando que verdaderamente Dios está entre vosotros (1 Corintios 14, 23 y ss.). Por lo tanto, es Dios quien es adorado, Dios quien permanece, y quien habla en los profetas: pero el Espíritu permanece y habla; por lo tanto, el Espíritu también es adorado.

CAPÍTULO XIX.

De lo que se ha probado antes, que el Espíritu permanece y habla en los profetas, concluye que conoce todas las cosas que son de Dios; y por lo tanto es uno con el Padre y el Hijo. Esto mismo lo confirma de nuevo, ya que tiene todo lo que tiene Dios, a saber, la divinidad, el conocimiento del corazón, la verdad, el nombre sobre todo nombre, el poder de resucitar a los muertos, lo cual le adjudica finalmente de Ezequiel, en el que también prueba que es igual al Hijo.

144. Así como el Padre y el Hijo son uno; porque el Hijo tiene todo lo que el Padre tiene (Juan 16, 15): así también el Espíritu es uno con el Padre y el Hijo; porque Él mismo conoce todas las cosas de Dios (1 Corintios 2, 10). Pues no lo extorsionó, para que no sea una injuria del que pierde: no lo arrebató, para que no sea un daño de aquel a quien parece haber sido arrebatado. Pues ni lo arrebató por necesidad, ni lo extorsionó por la excelencia de una virtud más poderosa, sino que lo posee por la unidad del poder. Por lo tanto, si realiza todas estas cosas, porque el mismo Espíritu realiza todas las cosas (1 Corintios 12, 11); ¿cómo no es Dios, quien tiene todo lo que Dios tiene?

145. O consideremos qué tiene Dios que no tenga el Espíritu Santo. Dios Padre tiene la divinidad, y el Hijo también la tiene, en quien habita la plenitud de la divinidad: y el Espíritu también la tiene; porque está escrito: El Espíritu divino que está en mis narices (Job 17, 3).

146. Dios tiene el poder de escudriñar los corazones y los riñones; porque está escrito: Dios escudriña los corazones y los riñones (Salmo 7, 10). También lo tiene el Hijo, quien decía: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mateo 9, 4). Pues Jesús conocía sus pensamientos. También lo tiene el Espíritu, quien incluso manifiesta a los profetas los secretos del corazón ajeno, como dijimos antes (Libro II, c. 13), porque los secretos de su

corazón se hacen manifiestos. ¿Y qué nos sorprende si escudriña los secretos de los hombres, quien también escudriña las cosas profundas de Dios? (1 Corintios 2, 10).

147. Dios tiene el atributo de ser veraz; porque está escrito: Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso (Romanos 3, 4). Y en otro lugar está escrito: Dios fiel, que no miente (Tito 1, 2). ¿Acaso miente el Espíritu, que es el Espíritu de verdad; más bien, a quien hemos enseñado que se le llama verdad; porque Juan también lo llamó verdad como al Hijo (Juan 16, 13)? Y en el salmo dice David: Envía tu luz y tu verdad; ellas me guiarán, y me llevarán a tu monte santo, y a tus tabernáculos (Salmo 42, 3). Si aquí piensas que la luz es el Hijo, entonces el Espíritu es la verdad: o si piensas que el Hijo es la verdad, entonces el Espíritu es la luz.

148. Dios tiene un nombre sobre todo nombre, y dio al Hijo un nombre; como leemos (Filipenses 2, 9), para que todos doblen la rodilla en el nombre de Jesús. Consideremos si el Espíritu tiene este nombre. Pero también está escrito: Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Marcos 16, 15). Por lo tanto, tiene un nombre sobre todo nombre. Lo que el Padre y el Hijo tienen, también lo tiene el Espíritu por la unidad del nombre natural.

149. [Alias cap. XX.] Dios tiene el poder de resucitar a los muertos: Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere (Juan 5, 21). Pero también el Espíritu resucita, por quien Dios resucita, porque está escrito: Vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Romanos 8, 11). Sin embargo, para que no pienses que es una gracia débil, escucha que también el Espíritu resucita; pues el profeta Ezequiel dice: Ven, Espíritu, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me mandó, y entró en ellos el Espíritu de vida, y vivieron, y se pusieron de pie una multitud muy grande (Ezequiel 37, 9, 10). Y más adelante Dios dice: Sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros; para que saque de los sepulcros a mi pueblo: y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis (Ibid., 13, 14).

150. Ciertamente, cuando dijo su Espíritu, ¿acaso nombró a otro que no sea el Espíritu Santo? Pues no llamaría su espíritu al viento, ni este espíritu podría venir de los cuatro puntos cardinales del mundo; porque el soplo de los vientos que vemos es de una parte, no del todo: y este espíritu por el cual vivimos es de cada uno, no de todos: pero es del Espíritu Santo, para que esté sobre todos y en todos. Por lo tanto, de las palabras proféticas se puede observar cómo los huesos, dispersos en la estructura de miembros descompuestos, vuelven a la forma de un cuerpo revivido, vivificados por el Espíritu; y la ceniza se condensa en sus propios miembros, animada primero por el sentido de reunirse, antes de ser reformada en la apariencia de vivir.

151. ¿No reconocemos en la similitud del hecho la unidad del poder divino? Así resucita el Espíritu, como también el Señor resucitó en su propia pasión; cuando de repente, en un abrir y cerrar de ojos, se abrieron los sepulcros de los difuntos, y los cuerpos revividos se levantaron de las tumbas (Mateo 27, 52), y, eliminando el hedor de la muerte y restaurando el aroma de la vida, las cenizas de los expirantes recuperaron el rostro de los vivientes.

152. Por lo tanto, el Espíritu tiene lo que tiene Cristo: tiene, por lo tanto, lo que tiene Dios; porque todo lo que tiene el Padre, lo tiene también el Hijo; por eso dijo: Todo lo que tiene el Padre, es mío (Juan 16, 15).

CAPÍTULO XX.

En el río que fluye del trono de Dios se encuentra la figura del Espíritu Santo; y por las aguas que David menciona, se designan las virtudes celestiales. El reino de Dios es obra del Espíritu: y no es de extrañar, si este mismo reina con el Hijo, cuando Pablo también nos promete que reinaremos con el Hijo.

153. [Alias cap. XXI.] Tampoco es insignificante que leamos que un río sale del trono de Dios. Así lo tienes, dice el evangelista Juan: Y me mostró un río de agua viva, resplandeciente como cristal, que procedía del trono de Dios y del Cordero: en medio de su plaza, y a ambos lados, el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones (Apocalipsis 22, 1, 2).

154. Este es ciertamente el río que procede del trono de Dios, es decir, el Espíritu Santo, que bebe quien cree en Cristo, como Él mismo dice: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto decía del Espíritu (Juan 7, 37, 38). Por lo tanto, el Espíritu es el río.

155. Este, por lo tanto, está en el trono de Dios; pues el agua no lava el trono de Dios. Finalmente, David no dijo que estaba sobre el trono de Dios, sino sobre los cielos, cualquiera que sea el agua que entiendas; porque está escrito: Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor (Salmo 148, 4). Dijo alaben, no alabe. Pues si hubiera querido referirse al elemento agua, ciertamente habría dicho alabe: pero al hablar en plural, quiso que se estimaran las virtudes.

156. ¿Y qué maravilla, si el Espíritu Santo está en el trono de Dios, cuando el mismo reino de Dios es obra del Espíritu, como está escrito: Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz, y gozo en el Espíritu Santo (Romanos 14, 17)? Y el mismo Salvador cuando dice: Todo reino dividido contra sí mismo será destruido (Mateo 12, 25). Luego, al añadir: Pero si yo expulsé los demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios (Ibid., 28); muestra que el reino de Dios es indivisible con el Espíritu.

157. ¿Y qué más insensato que negar que el Espíritu Santo reina con Cristo; cuando incluso el Apóstol dice que reinaremos con Cristo: Si morimos con Él, también viviremos con Él; si sufrimos, también reinaremos con Él (2 Timoteo 2, 11, 12): pero nosotros por adopción, Él por poder: nosotros por gracia, Él por naturaleza.

158. Por lo tanto, el Espíritu Santo también tiene consorcio en el reino con el Padre y el Hijo, quien es de una misma naturaleza, de una misma dominación, de un mismo poder.

CAPÍTULO XXI.

Isaías fue enviado por el Espíritu, y por lo tanto vio al mismo Espíritu. Qué se debe entender por las ruedas que corren y las diferentes alas, y de qué manera, cuando el Espíritu es proclamado Dios Sabaoth por los Serafines, este nombre no puede ser negado a Él sino por los impíos.

159. [Alias cap. XXIII.] Por lo tanto, teniendo consorcio en el reino, ¿qué impide que entendamos que el Espíritu Santo es quien envió a Isaías? Pues no podemos dudar con Pablo como autor, cuya sentencia Lucas el evangelista probó en los Hechos de los Apóstoles, escribiendo. Finalmente, así lo tienes, dice Pablo: Bien habló el Espíritu Santo por Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo, y di: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis (Hechos 28, 25, 26).

160. Por lo tanto, es el Espíritu quien envió a Isaías. Si el Espíritu envió, ciertamente es el Espíritu a quien, muerto el rey Uzías, vio Isaías, cuando dijo: Vi al Señor Sabaoth sentado sobre un trono alto y elevado, y la casa estaba llena de su majestad: y los Serafines estaban alrededor de Él; seis alas a uno, y seis alas al otro, y con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían sus pies, y con dos volaban; y clamaban el uno al otro, y decían: Santo, santo, santo es el Señor Dios Sabaoth: toda la tierra está llena de su majestad (Isaías 6, 1 y ss.).

161. Si los Serafines estaban de pie, ¿cómo volaban? Si volaban, ¿cómo estaban de pie? Si no podemos comprender esto, ¿cómo queremos comprender a Dios, a quien no vemos?

162. Pero así como el profeta vio una rueda dentro de otra rueda (Ezequiel 1, 16) corriendo (lo cual ciertamente no se refiere a la apariencia corporal de la visión, sino a la gracia de ambos Testamentos; porque la vida de los santos es redonda, y tan coherente consigo misma, que lo posterior responde a lo anterior. Por lo tanto, la rueda dentro de la rueda es la vida bajo la Ley, la vida bajo la gracia; ya que Judea está dentro de la Iglesia, la Ley dentro de la gracia. Pues está dentro de la Iglesia, quien es judío en lo oculto: y la circuncisión del corazón dentro de la Iglesia es un sacramento. Pero esa Judea está dentro de la Iglesia, de la cual está escrito (Salmo 85, 1): Conocido en Judea es Dios: por lo tanto, así como la rueda dentro de la rueda corre, de manera similar las alas estaban de pie, y las alas volaban.

163. De manera similar, los Serafines con dos alas cubrían su rostro, y con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Pues aquí también hay un sacramento de sabiduría espiritual. Los tiempos están de pie, los tiempos vuelan: los pasados están de pie, los futuros vuelan: y como las alas de los Serafines, así cubren el rostro de Dios, o sus pies; porque en Dios, quien no tiene principio ni fin, todo el curso de los tiempos se detiene en este conocimiento de su principio y fin. Por lo tanto, los pasados o futuros están de pie, los presentes vuelan. No busques los secretos de su principio o fin, que no existen. Tienes los presentes: pero alaba, no discutas.

164. Los Serafines alaban con voces incansables, ¿y tú discutes? Lo cual ciertamente cuando hacen, nos muestran que no debemos discutir a Dios en ningún momento, sino que siempre debe ser alabado. Por lo tanto, el Señor Sabaoth es también el Espíritu Santo. [Alias cap. XXIII.] A menos que tal vez a los impíos les desagrade el maestro que Cristo eligió: o pueden negar que el Espíritu Santo es el Señor de las virtudes, quien concede las virtudes que Él mismo quiere.

CAPÍTULO XXII.

Para probar la unidad del reino en las tres personas, se examina el pasaje de Isaías: y en aquellos por quienes se expuso ya sea del Padre, del Hijo o del Espíritu, se declara que no hubo ninguna diversidad de sentido. Además, con la majestad del Espíritu afirmada desde allí, al decirse que el Señor de la majestad fue crucificado, se muestra tal igualdad con el Padre y el Hijo, que los arrianos nunca lo depondrán.

165. Ahora es posible conocer la unidad de la majestad y del reino en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pues muchos dicen que el Padre fue visto por Isaías en ese momento (Isaías 6, 1), Pablo dijo que fue el Espíritu, Lucas lo probó (Hechos 28, 25), Juan el Evangelista lo refirió al Hijo. Pues así está escrito del Hijo (Juan 12, 36): Estas cosas habló Jesús, y se fue, y se ocultó de ellos. Y aunque había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en Él; para que se cumpliera la palabra de Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a

quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías 53, 1). Por eso no podían creer, porque Isaías dijo de nuevo: Ha cegado sus ojos, y endurecido su corazón, para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane (Isaías 6, 10). Estas cosas dijo Isaías, cuando vio su majestad, y habló de Él.

166. Juan dijo que Isaías dijo estas palabras, y reveló evidentemente que la majestad del Hijo se le apareció: pero Pablo recordó que el Espíritu dijo estas cosas. ¿De dónde, entonces, esta diversidad?

167. En efecto, hay diversidad de palabras, no de sentidos. Pues aunque dijeron cosas diferentes, ninguno se equivocó; porque el Padre se ve en el Hijo, quien dijo: Quien me ve, ve también al Padre (Juan XIV, 9). Y el Hijo se ve en el Espíritu; porque así como nadie puede decir "Jesús es el Señor" sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3); así Cristo se ve no con el ojo carnal, sino con la gracia espiritual. Por eso la Escritura dice: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará (Efesios V, 14). Y Pablo, cuando perdió la vista, ¿cómo veía a Cristo sino en el Espíritu (Hechos IX, 8)? Por eso el Señor también dice: Por esto me he aparecido a ti, para constituirte ministro y testigo de lo que has visto de mí, y de lo que verás (Hechos XXVI, 16). Pues también los profetas recibían el Espíritu y veían a Cristo.

168. Una sola visión, una sola percepción, una sola majestad. ¿Acaso negamos que el Espíritu Santo es también el Señor de la majestad (I Cor. II, 12), cuando el Señor de la majestad fue crucificado, quien nació del Espíritu Santo de la Virgen María? Porque no hay otro Cristo, sino uno solo: y antes de los siglos nació del Padre como Hijo de Dios; y en el siglo, como hombre, fue engendrado por la asunción de la carne.

169. ¿Y qué diré, ya que así como el Padre y el Hijo, también el Espíritu es inmaculado y omnipotente (Sab. VII, 22); porque Salomón dijo en griego παντοδύναμον, πανεπίσκοπον, ya que es omnipotente y observador de todo, como se ha demostrado que está escrito en el libro de la Sabiduría (Cap. 18, num. 135)? Por lo tanto, el Espíritu también está en honor y en majestad.

170. Observa ahora, no sea que algo no le convenga: o si te desagrade, arriano, quítalo de la compañía del Padre y del Hijo. Pero si deseas quitarlo, verás que los cielos se vuelven sobre ti; porque toda su fuerza proviene del Espíritu (Salmo XXXII, 6). Si deseas quitarlo, primero debes alzar la mano contra Dios; porque Dios es Espíritu (Juan IV, 24). Pero, ¿cómo lo quitarás, él que escudriña las profundidades de Dios (I Cor. II, 10)?